

El mosaico partido

Ladislau Dowbor

La economía más allá de las ecuaciones

Parte I**Mosaicos del pasado**

«Y el hombre de la universidad supone que debe reprimir la emoción para
producir...»

Milton Santos

La economía ayuda a formar nuestra visión del mundo, pero no puede constituir una visión completa. Porque las dimensiones económicas sólo representan un segmento de lo que somos. La riqueza explicativa, por otro lado, procede de que el poder y la dinámica de transformación de la sociedad se estructuren en torno a intereses económicos. Quienes no entienden los procesos económicos acaban por no entender cosas tan elementales como por qué somos capaces de hazañas colosales como los viajes al espacio, pero somos incapaces de reducir la tragedia de diez millones de niños que mueren al año de hambre y otras causas absurdas, o de refrenar el ritmo de destrucción ambiental del planeta.

La comprensión de la economía es, a su vez y sólo en parte, un proceso técnico en el que se conjugan y combinan principios emocionales, la historia vivida, el medio social, *así como* instrumentos técnicos y aspectos teóricos. Los procesos de elaboración intelectual no flotan en el aire, no existen de forma aislada. Lo interesante de verdad no es el recorrido científico en sí mismo, sino cómo se realiza ese recorrido con los sencillos dilemas a los que se enfrenta cada ser humano. Che Guevara escribió en alguna parte que un político que no sabe pararse a atar el zapato a un niño no ha entendido gran cosa. En el centro mismo de nuestra aventura humana se encuentran los valores, nuestra fragilidad o generosidad individual, nuestra capacidad o impotencia, para organizar una sociedad que funcione.

La visión de la economía que presentamos a continuación aparece como la reconstrucción de una biografía. Sería, digámoslo así, el retrato de una vivencia, de una persona que no optó por ser economista porque le gustara en especial la economía, sino porque entendió que sin comprender la economía no entendería otras cosas, el mundo no económico.

Hacer un tipo de economía autobiográfica puede parecer un ejercicio narcisista. Todos somos un poco propensos a creer que nuestra vida es interesante. En este caso, la verdadera

motivación proviene de la convicción de que la economía vivida puede ser más real que la economía teórica de una sociedad hipotética.

Inicios

Hijo, de padres polacos[^], nací en Francia en 1941 en una casa de juego situada en la frontera española. Quizá para un brasileño sea difícil imaginar cómo podía ser nacer en Europa en 1941, en medio de un conflicto que segó la vida de unos sesenta millones de personas. Se nacía donde se podía. Como España era un país de moralidad elevada, la gente rica acudía a Francia a jugar y a divertirse; así el régimen franquista sembró los Pirineos de casinos. Mis padres, que habían participado en la Primera Guerra Mundial y en la Segunda, ya no se entusiasmaban por los himnos patrióticos; huyeron de los alemanes por el sur de Polonia, fueron a parar a Francia, para seguir huyendo hacia el sur a medida que aquéllos avanzaban. De modo que acabé naciendo en los Pirineos, en la frontera con España, en una casa de juego. Todo tiene sus razones.

Nacer en el extranjero marca, porque ya se nace fuera de sitio, es decir, el niño ya está obligado a tomar conciencia de ello, ya que los niños, que reaccionan con agudeza a cualquier diferencia de ropa, acento o cultura, tienen para dar y tomar con un niño extranjero. Así, durante los primeros años se van confrontando culturas: en realidad nada es espontáneo, natural, evidente, pues en casa todo se ve de una manera y en la calle de otra. En la calle y el colegio existe otra cultura, existen otros valores. Para mí no había un sistema «natural» de valores, sino la posibilidad de diferentes valores para cada cosa. Desde pequeño tuve la necesidad de escoger, que es una dificultad, pero también enriquece. Estamos abarrotados de visiones simplificadas, que aceptamos porque todos los demás lo hacen, pero que al someter a un poco de reflexión, se muestran absurdas. Más adelante recuperaremos este aspecto.

La guerra es otro factor. Todos los europeos quedaron marcados por ella y, en particular, por la profunda convicción de que cualquier hombre, rico o pobre, educado o no, en determinadas circunstancias se convirtió en un héroe o en un ser vil. Cuando se ven las aberraciones de las que es capaz el ser humano en ciertas circunstancias, se pierde la visión del «hombre bueno» y el «hombre malo» como determinantes del comportamiento. Tenemos la posibilidad de decidir y, de hecho, sería más fácil o simplemente más cómodo que no hacerlo. Podemos creer que en el conflicto palestino los israelíes son los buenos y los árabes los malos. O podemos tomar partido en contra o

a favor de los serbios en la antigua Yugoslavia. Visto de este modo, y por más que utilicemos argumentos científicos, el mundo acaba siendo una versión sofisticada de las películas de buenos y malos. En realidad no se trata de buenos y malos. Según se dice, la persona es sus circunstancias. Más importante que glorificar al bueno por perseguir al malo es pensar en las circunstancias, en el contexto que construye o destruye las relaciones sociales. Presenciar la guerra desde pequeño y vivir sus consecuencias marca profundamente.

En 1951 llegamos a Brasil, ya que mi padre, ingeniero metalúrgico, había conseguido un contrato con la Belgo-Mineira en João Monlevade. Nos instalamos en la *Vila dos Engenheiros*, lo cual me causó una gran impresión, la primera que tuve en Brasil, al ver un mundo tan dividido entre los de arriba y los de abajo, entre la *Vila dos Engenheiros* y la *Vila Tanque*, donde vivían los trabajadores. La gran impresión de quien llega de Europa es en realidad que la división entre la casa grande y la *senzala* (la casa de los esclavos de una plantación) sigue intacta por más tecnología moderna que se introduzca. En cierta manera se sedimentaba otra idea – de la cual tomaría conciencia más adelante – que la modernidad es una forma digna de relaciones humanas y no una abundancia de máquinas o automóviles. Puede que a los residentes de Alfaville, un condominio distinguido de São Paulo, les guste vivir en su isla. Unos creen que llegarán a alguna parte, otros son conscientes de lo absurdo. Los que viven en los alrededores del condominio ya se hacen llamar «Alfavela». ¿Conduce a alguna parte esta clase de modernización?

A mi padre nunca le gustó el autoritarismo de los propietarios luxemburgueses de la inmensa fábrica metalúrgica de Monlevade. Una vez me habló de un plan sencillo para mejorar la productividad de la laminación mediante la corrección de un error estructural de la fábrica. Le pregunté qué le había parecido a la directiva: me miró espantado, ya que jamás se lo comunicaría, pues no les interesaba. Aquella actitud me marcó mucho, porque para mí era evidente que si una persona conocía un modo de mejorar algo, debía tomar medidas para hacerlo. Obviamente, para mi padre, la fábrica eran «ellos», el otro lado de la valla, otro mundo. De esta manera, el ingeniero de una empresa estaba a la vez dentro y fuera, cumplía con su obligación y recibía su salario, pero no iba más allá. Cada parte se limitaba a cumplir con su obligación. Un día se solidarizó con un trabajador contra un ingeniero alemán. Poco después ya estaba buscando empleo en São Paulo. La fábrica también dividía el mundo entre «nosotros» y «ellos». No fue Karl Max quien inventó las divisiones.

Mientras mi padre se hacía un hueco en São Paulo, nos instalamos en Belo Horizonte, en el barrio de la Cameleira, y me puse a estudiar en el Colegio Loyola. Mi madre era médico. En plena avenida de Afonso Pena, una mendiga con un niño claramente mal nutrido en brazos se le acercó un día a pedir limosna. Al ver al niño, mi madre montó un escándalo; no se calmaría hasta que no llamaran a un médico, una ambulancia, o al mismo diablo. Yo, que entonces tenía once años, tiraba del brazo de mi madre, muerto de vergüenza. Pero ella era así, no toleraba lo intolerable y no tenía miedo al escándalo. Hay cosas que simplemente no pueden aceptarse. Aún hoy, cuando ya han pasado veinte años de su muerte, siento que he heredado parte de esa entereza. Cierto que para formarse en la medicina en los años veinte, una mujer tenía que ser alguien de armas tomar.

Sin embargo, la entereza de mi madre no bastó para que se adaptara a la vida cotidiana de Brasil. O tal vez su capacidad de indignación era excesiva. A la muerte de Stalin decidió regresar a Polonia y, desde allí, preparar el regreso del resto de la familia. Pero el regreso nunca se daría. Como efecto indirecto de la guerra, mientras el segmento brasileño de la familia se adaptaba a la realidad local, ella era reabsorbida cada vez más por la familia polaca. Como mi padre trabajaba en empresas del interior, mi hermano y yo, ambos adolescentes, pasamos a vivir la amplia libertad que proporcionaban las pensiones de la ciudad, disfrutando intensamente de esquinas, bares y partidos de fútbol en las explanadas, toda una riqueza de convivencia que compensaba de sobra la pérdida de una vida familiar organizada. Era la riqueza cultural brasileña que digería deprisa la herencia europea, como habían hecho ya tantas generaciones de inmigrantes. Y las personas son simplemente personas, sea cual sea su origen.

Las emociones toman caminos desconocidos. Me enamoré desesperadamente de una muchacha judía de origen polaco, como yo. Cuando el padre descubrió que su hija andaba con un *goi*, la mandó sin más a Israel para que conociera a jóvenes de bien. Europa y sus odios seguían activos en Brasil, y a Pauline y a mí nos alcanzaban con toda su fuerza. El padre había perdido a su familia en Polonia y no perdonaba a su hija que no heredara sus odios. Trabajé un año entero, 1963, con la intención de juntar cuanto dinero pudiera para ir a verla a Israel en una época en que viajar a Europa era todo un acontecimiento. Como mi padre trabajaba entonces en la siderúrgica Açonorte de Pernambuco, yo fui a trabajar a Recife, donde me hice reportero para el *Diário da Noite* y el *Jornal do Comércio*.

Escribía bien y, al poco tiempo, el periódico me nombró para acompañar a la sección de los patronos de las fábricas. Cuando me presenté para recoger material, la asociación de patronos me ofreció el doble del dinero que ganaba con el periódico. Me explicaron que era lo normal, que el periódico me había hecho un favor y que los periodistas que cubrían la sección recibían tal ayuda. Rechacé la ayuda, y el jefe de redacción comentó riendo que un día en la prensa brasileña aún habría lugar para esta clase de renunciadas. En realidad no era sólo la corrupción institucionalizada lo que me chocaba. El impacto de la miseria en Recife era violento, y la agitación de las ideas del gobierno de Miguel Arraes generó en la ciudad una nueva dinámica cultural. Pese a mi temprana edad, como reportero me encontraba con Paulo Freire, Celso Furtado, Gilberto Freire, Ariano Suassuna y otros personajes que, de diversas formas, alimentaban reflexiones sobre la realidad del nordeste de Brasil. En el Movimiento de Cultura Popular hallé gente de mi edad mucho más politizada con una intensa dedicación a las transformaciones sociales. Mis reflexiones empezaron a girar como un caleidoscopio, apareció un conjunto de nuevos puntos de referencia, y mi gusto por la filosofía y por la lingüística fue sustituido por el de la economía. Quería entender las cosas, los porqués, los mecanismos, y ya estaba convencido de que en las dinámicas económicas radicaban los problemas sociales.

Una noche mi padre, que vivía junto a Açonorte, fue a Recife y me invitó a cenar. Fuimos a comer langosta. En la puerta del restaurante había un niño claramente famélico. Cené por no molestar a mi padre, pero el dilema ético se volvió para mí meridiano: una persona que cena langosta y deja a un niño con hambre sólo puede tomar dos caminos, o bien cambia sus valores y considera normal consumir lujo frente al hambre de un niño, o intenta cambiar la situación que genera estos absurdos. Con el tiempo conocería complejos montajes teóricos que tratan de demostrar que una persona que consume dinamiza la economía, juegos de magia que permiten transformar el egoísmo en altruismo y limpiar la conciencia. Pero en aquella época no conocía estas teorías, y la juventud tiene la hipocresía social poco desarrollada. Y aun así, no siempre.

Poco después de este episodio leí un libro sencillo y bueno en el que se demostraba que la caridad de una moneda en la calle es buena, pero que es mejor crear organizaciones que apoyen a los pobres, y mejor todavía crear instituciones justas que impidan que surja la pobreza. Son diferentes tipos de caridad. Sin haber leído nada de Marx, mi «norte» ético ya estaba definido con las sencillas raíces católicas y los

valores heredados de mi madre: la pobreza es el mayor de los escándalos, y las medidas individuales no bastan.

Convivir con la dura realidad del nordeste brasileño también me hizo ver claro otro hecho: a partir de cierto nivel de destitución, los pobres pierden la autonomía de autoconstrucción de su espacio en la sociedad, quedan excluidos. De este modo surge una inmensa masa de población privada de sus propios instrumentos para reducir su miseria y, en consecuencia, la libre iniciativa y la libertad de mercado pierden todo sentido. Es comprensible que haya personas que tengan mayor o menor éxito en la vida.

Pero para participar en el juego hay que tener al menos una ficha, o capital inicial, con forma de salud, educación, dinero y demás. No se trata de caridad. Se trata del simple derecho, como ser humano, a participar del juego social, a acceder al punto de partida. La economía trata sobre los mecanismos que rigen el comportamiento de los agentes económicos. ¿Y quién no es un agente económico? En la época, claro está, esta visión era confusa. No obstante, poco a poco, maduraría la comprensión de que un economista en su gabinete pondera sobre cómo una persona puede optimizar su dinero, escoger entre la bolsa o el dólar, anteponiendo así sus teorías a la situación particular de dos millones de destituidos que no tienen donde elegir, y que no por ello dejan de ser personas.

Estudios

A finales de 1963 viajé a Israel. Con 230 dólares, en el vuelo de la Tap que ofrecía descuentos a los periodistas; llegué a Lisboa y seguí de gorra hasta Nápoles, desde donde un barco viejo y tradicional emprendía ruta a Haifa. El barco estaba atestado de judíos que iban a visitar su nueva patria, y por las noches resonaban cantos hebreos. Dos días después del viaje gratis, estaba en Eilat, en el golfo de Akaba, con Pauline. La vida no es una novela. Como dos ciegos, tanteamos encontrarnos el uno al otro, pues ambos habíamos madurado – para un adolescente, un año es una eternidad, éramos dos personas que debían reconstruir su relación. En un año de separación, Pauline no había recibido ninguna carta mía que no hubiera sido abierta antes; su padre había ordenado que le retiraran el pasaporte para que no pudiera salir del país. Ella no podía salir y yo no podía quedarme porque era un turista no judío con un visado de tres meses. Descubríamos la dura realidad: la sociedad está organizada en

torno a documentos, no en torno a personas. ¿Y qué es una organización social cuyo centro fundamental no es la persona?

A través de amigos, en una red de solidaridad clandestina que existía en la época, fuimos a trabajar a una plantación a orillas del mar Muerto, en Neot-Hakikar. Trabajando con excelentes agrónomos, aprendí a cultivar tomates, tamaras y otros productos; a emplear la irrigación por goteo y otras ..tecnologías incipientes en la época. Bajo el tremendo calor de la región, situada a 400 metros bajo el nivel del mar, nadie pedía documentos y pagaban bien.

Allí oímos en la radio el relato del golpe de Estado de 1964 en Brasil, que reforzaría la indignación, la voluntad de cambios. Aumentar el salario mínimo y conceder a los trabajadores rurales tierras para trabajar, dos propuestas evidentes y muy poco subversivas habían bastado para llevar a la clase dirigente a promover un golpe. Entonces vi con toda claridad el puente entre la economía y la política: si uno acepta la miseria de la mayoría y, por tanto, se muestra como un pueblo que procede bien, no habrá problemas para mantener la democracia. Pero si gravita la amenaza de utilizar la democracia para redistribuir la renta, se impone una dictadura. Dicho de otro modo, para tener acceso a la renta, el pueblo necesita democracia. Pero para tener derecho a la democracia, no puede reivindicar la renta. Así surge este curioso monstruo que hoy conocemos, un sistema democrático de exclusión económica y social.

Los israelíes discutían con nosotros la tragedia de esta nueva dictadura militar latinoamericana, y volvíamos a trabajar en la cosecha de tomates. Alrededor de mí y de Pauline, dos jóvenes perdidos en este universo, había otras personas perdidas, los beduinos, a los que utilizaban en la cosecha sin poder participar de la vida política y social. Los israelíes sentían pena por nosotros, ciudadanos sometidos a una dictadura. Pero no veían la viga en el propio ojo. Siempre es el otro el que se equivoca.

Aprendí hebreo y me emocionaba vivir la Biblia en primera persona al subir el paso del Escorpión en el desierto o al beber agua fresca de Engadí, al tiempo que recordaba las palabras de la sulamita en el Cantar de los Cantares: «Es mi amado para mí bolsita de mirra que descansa entre mis pechos. Es mi amado para mí racimito de alheña de las viñas de Engadí». En la bíblica ciudad de Beersheba frecuentábamos un bar en los límites del desierto de Negev; era bastante decadente y siempre albergaba a algún que otro desorientado y a las cuatro últimas prostitutas de la región. El nombre del bar era elocuente: *The Last Chance*.

No nos quejábamos. Estar dentro del sistema, inquietarse y ganar dinero puede ser

interesante. Estar y vivir fuera del sistema también puede ser interesante, además de romántico. ¿Y no sería más interesante casar ambas maneras? ¿Tiene lógica haber de escoger entre lo uno o lo otro? Pasarían décadas para entender que no se trataba de devaneos adolescentes: casar las necesidades de la economía con nuestra dimensión humana continúa siendo un desafío fundamental del mundo que construimos. La eficiencia es una estupidez si no construye un mundo agradable en términos de lo cotidiano concreto de nuestra vida. Genera competentes tecnócratas ricos, solitarios y frustrados.

Siempre me han gustado las lenguas. Aprendí polaco en casa y luego francés. El portugués vino de manera natural con el traslado a Brasil. Por simple gusto aprendí inglés en el colegio y, más tarde, aprendería e español, italiano y ruso. El hebreo bíblico me llegó por una situación absurda. Pauline y yo intentamos casarnos, no porque diéramos tanta importancia al acto, sino para que ella pudiera tener derecho al pasaporte brasileño (yo ya estaba naturalizado) y salir así del país. Con el objeto de evitar mezclas inconvenientes, Israel no permite matrimonios que no sean religiosos, ni entre religiones diferentes. El resultado práctico fue que ella empezó a tomar clases de catecismo y yo a frecuentar a un rabino de una escuela religiosa, y nuestra ingenua visión era que nos casaríamos por la religión que saliera primero. Consideramos incluso la posibilidad de convertirnos al islamismo, pero no teníamos contactos en esta área.

Al mismo tiempo recorríamos consulados y embajadas tratando de encontrar a alguien que colocara un visado en el documento provisional que Pauline había recibido. Al fin, un admirable cónsul danés, conmovido por la situación de Pauline, que se sentía enjaulada en Israel, le dio un visado de tres meses en condiciones bastante irregulares. Con esto pudimos obtener un visado para ir a Italia. Pauline tomó odio a Israel por el permanente control que allí sufrió y estaba desesperada por salir del país, sentirse libre, dueña de sí misma. Cambiando de taxis según la mejor tradición de películas policíacas, pero huyendo de algo tan prosaico como el control familiar, embarcamos en Haifa.

Es verdad que esta historia tiene cierta dimensión novelesca. Pero visto con cierta distancia es impresionante ver cómo se puede despojar a una persona de sus derechos simplemente por no tener los documentos adecuados; cómo personas perseguidas pueden volverse implacables perseguidores; cómo víctimas del racismo pueden pasar

a vivir del racismo. Al ver cómo los judíos europeos discriminan en Israel a los judíos de origen africano – a los que llaman «negros» pese a ser blancos como ellos– o cómo inculcan a sus hijos una visión racista de los árabes, empecé a entender hasta qué punto son poderosas las raíces emocionales e irracionales de la política. Y me quedó clara una verdad sociológica: los derechos que no están organizados, no se materializan, no existen, aunque sean entidades.

Seis meses después, la familia de Pauline decidió darse por vencida y enviarme un pasaporte, con lo que se volvió libre; podía viajar, cruzar una frontera. Nos instalamos en la ciudad suiza de Lausana. Salimos del mar Muerto para acabar en el lago de Lemán, donde había cisnes educados y graciosos, y una universidad que aceptaba alumnos con la naturalidad del derecho adquirido, sin la necesidad de luchar con uñas y dientes por una vacante. La Escuela de Lausana, reconocida en el mundo de la economía, formaba buenos banqueros según la mejor tradición de Walras y Pareto. Una buena escuela neoclásica con mucha historia, derecho, matemáticas y teoría. No sé qué es más rico, si la cultura que se aprende en un nuevo país o los estudios. De todas formas, hoy entiendo que conocer diversos países es fundamental, incluso para que el propio estudio teórico tenga experiencias concretas sobre las que pueda desarrollarse. Y estas experiencias son distintas, dependen de culturas y tradiciones. En buena parte, la tendencia de aplicar esquemas simplificados en términos de teoría económica seguramente está vinculada al conocimiento insuficiente de la diversidad social por parte de los teóricos. Intentar entender la economía sin entender la sociedad no da muchos resultados.

Me aprendí el esquema, me licencié en economía política. Empezaba a entender las cosas, y cuanto más las entendía, más me irritaba. Son cosas simples. El tratado de Versalles, por ejemplo, al finalizar la Primera Guerra Mundial, dividía Oriente Medio en pueblos con capacidad política y otros con la necesidad de ser tutelados por Inglaterra o otras potencias. Las reservas conocidas de petróleo coincidían rigurosamente con los pueblos que debían ser tutelados. Es el cinismo institucionalizado, presentado siempre con rebuscados argumentos científicos y extensas justificaciones humanistas. Una historia del Vaticano eliminó cualquier ilusión que yo pudiera tener sobre las santidades. La máquina militar de Hitler recibió un apoyo sólido de empresas como la General Motors, al tiempo que buena parte de los grandes bancos suizos y franceses entre otros se apropiaban de algunos bienes de los desaparecidos. No es sólo un cinismo del pasado. Hubo que esperar hasta 1999

para que, bajo presión, los bancos suizos empezaran a resarcir a sus clientes expoliados, y hasta el año 2000 para que la Caisse de Dépôts et Consignations de Francia empezara a devolver los bienes robados, también bajo la presión de diversas denuncias. En la década de 1990, la General Motors recibiría discretamente una indemnización de cientos de millones de dólares porque su fábrica alemana había sido bombardeada por los aliados. En esta fábrica se producían durante la guerra motores para los vehículos militares alemanes. *Just business...*

No hay nada como conocer bien las cosas. La historia es un instrumento poderoso que permite observar la verdadera dimensión de la teoría económica separando los argumentos teóricos válidos de la retórica racionalizada, que sólo busca justificar los intereses de los más fuertes.

Paralelamente, abrí una ventana en el área de la educación. Tuve la suerte de conocer a Piaget, quizás uno de los gigantes de la teoría del conocimiento. Para su último curso, Piaget, ya mayor, invitó a matemáticos, biólogos, economistas y estudiosos de otros campos a fin de discutir metodologías científicas. Yo me contaba entre los felices invitados, en parte gracias a Pauline, que estudiaba con él en Ginebra. Era impresionante ver la correspondencia entre los procedimientos de Marx en un área, y los de Piaget en otra. En vez de medir la inteligencia con las pruebas cuantitativas en la línea del coeficiente intelectual norteamericano, Piaget se concentró en el proceso evolutivo de ésta. En vez de considerar la inteligencia como una acumulación de conocimientos, entendió que resultaba de un proceso dialéctico de interacción entre el individuo y el mundo que lo rodea. En vez de concebir una*evolución lineal, demostraba cómo acumulaciones puntuales conducían a cambios cualitativos, a saltos de inteligencia que delimitaban fases. Era fascinante, pues Piaget enlazaba diversas áreas científicas. Fue un momento privilegiado que enlazó mis estudios de economía con un universo científico más amplio. Aprendí la importancia del método y entendí que la economía es importante, pero no lo suficiente.

Leía a Marx, los nuevos libros que publicaba la editorial Maspero, y bullía la indignación de todos por la guerra de Vietnam. No es que ésta fuera peor que otras, pero la colosal dosis de hipocresía descarada de los americanos redoblada la indignación. En cierto modo, la dimensión de las mentiras barrió del mapa la credibilidad americana, la fachada simpática de las multinacionales, hasta hacernos perder incluso la percepción de los aspectos positivos que pudieran tener. Los

americanos tenían su propio demonio, Moscú; nosotros teníamos el nuestro, los americanos. Así fue cómo nos volvimos en cierta manera comunistas, no por quererlo así, ni siquiera por entender lo que ocurría en estos países, sino por el hecho de que la polarización ideológica impelía, a quien no estuviera de un lado, hacia el otro. Si había tantas mentiras, y eran evidentes en el caso de Vietnam, ¿qué habría de verdadero en el caso de las denuncias contra el comunismo? Cierta lectura histórica señalaba el apoyo que los gobiernos americanos habían dado siempre a las dictaduras sangrientas de Batista, Somoza, Papa Doc, Mobutu, Suharto, Pahlevi y tantas otras. Estamos hablando de millones de muertos, de miles de millones de dólares en fortunas personales de dictadores, de rapiña generalizada de riquezas nacionales a través de alianzas de dictadores locales con empresas transnacionales y la máquina de gobierno de Estados Unidos y otros países ricos. Erigirse en defensores de la libertad y de los derechos humanos, francamente...

A mi parecer, la dimensión ética siempre fue subestimada. Buena parte de la juventud que se agitaba tanto en Europa como en otros continentes recibía de sus padres una gran cantidad de electrodomésticos y una herencia moral por debajo del nivel del mar. Los padres creían haberse sacrificado, que sus hijos se quejaban de vicio, pero el lado más generoso de esta juventud quería otra cosa. Y en la línea de las simplificaciones que dominaron el siglo xx, quien se quejaba en el Este era lacayo del capitalismo y quien se rebelaba en Occidente era agente de Moscú. La política se resumía en la elección de un tipo o otro de bandidaje político. Y las teorías económicas correspondientes – la planificación por un lado y el liberalismo por otro – se presentaban como un barniz teórico que, en realidad, sólo recubría la truculencia existente: rápidamente, el liberalismo se transformó en el poder centralizado de las grandes empresas transnacionales; el socialismo real reproducía simétricamente la centralización del poder económico a través del Estado.

Me hallaba en París cuando Francia se detuvo en mayo de 1968. Era impresionante ver al pueblo en la calle, ver que los barrios se organizaban para gestionar de forma directa sus intereses. Es difícil reconstruir un sentimiento abstracto pero poderoso, casi palpable en la época, de gente ayudándose unos a otros, de una mezcla de libertad y solidaridad. El sentimiento se extendió por todo el planeta, de París a Woodstock, y hasta llegó a abrir algún claro de luz en la dictadura que entonces había en Brasil. Era como si descubriéramos que era legítimo tener

sentimientos que fueran más allá de la búsqueda organizada y disciplinada de algunos porcentajes de aumento del PIB.

Las producciones artísticas se exponían directamente en la calle, se hablaba de todo y de nada con desconocidos. Se había destapado una inmensa caja de afectividad contenida y, con ello, se había liberado un universo de convivencia, revelando así el frustrante desierto de vidas centradas más en el dinero que en la vida.

De Gaulle, asustado con el cambio que alcanzaba incluso a la policía y al ejército, acudió a Estrasburgo para discutir un eventual apoyo del ejército alemán. Entre la patria y la defensa de la propiedad no cabía ninguna duda: de repente ya no había distancias entre los dos ejércitos.

En todo el mundo fueron muchas las manifestaciones que apuntaban al fallo moral del sistema. De repente, quedó a la vista aquella mezcla de fuerza y fragilidad a la que nos enfrentábamos.

En cierto modo sabíamos dónde estaba el mal, pero no sabíamos dónde estaba el bien. Por polarización natural apoyábamos el comunismo, pero era por una nivelación artificial del antiamericanismo. Cuba fue en este sentido un inmenso polo de atracción, una experiencia transparente, al fin una ética en la política, un objetivo social claramente definido. No era, como tanto acreditaban los órganos de seguridad de Brasil, sólo propaganda comunista. Se trataba de la única opción decente en la que apoyarse frente a las injusticias, la corrupción, el bandidaje político de los regímenes sudamericanos. Injusticias, corrupción y bandidaje que, además, siguen estando en buena parte intactos.

Al igual que tantas otras tentativas de transformación social del siglo xx, Cuba sería víctima de la guerra fría: fue empujada a conciencia por los norteamericanos hacia un extremismo que no pretendía, fue hábilmente atada a los intereses soviéticos por la necesidad de supervivencia. No había cabida para un término medio, el mundo tenía que estar a favor de EEUU o de la URSS. Al no ser pro americana, Cuba tenía que ser pro soviética. Como tal, fue declarada enemiga mortal. Una isla relativamente pequeña, aislada del mundo, políticamente endurecida por las propias agresiones y asfixiada por el bloqueo no podría funcionar. El proceso es interesante: la experiencia se hace inviable y, como se demuestra que así es, se pone en evidencia que el modelo no funciona. Y al empujar a la isla a los brazos de la Unión Soviética, se estaba demostrando que el comunismo no funciona. Batista, Somoza y Mobutu serían amigos

de la democracia. Cuba sería antidemocrática. El pueblo cubano se convirtió en una simple peonza: lo importante era ganar puntos en la gran estrategia mundial. Pobre Cuba: *Tan lejos de Dios...* y tan cerca de Estados Unidos.

Tiempo de lucha

Un grupo de estudiantes y profesores brasileños se reunió en París. Yo, que financiaba mis estudios trabajando en los trenes nocturnos internacionales, aprovechaba las escalas en París para participar en las reuniones. La opción «lucha armada» no parecía presentar ningún misterio, estaba en el aire, todos conocían bien la resistencia vietnamita, la revolución cubana, las guerrillas de Angola, de Mozambique, de Bissau... Formaba parte de las opciones. Personalmente, no me creía capaz de definir gran cosa debido a mi edad y a una cultura política insuficiente, y cuando aquellos con quienes convivía en París, que tenían otro grado de experiencia, me llamaron, hice las maletas y fui.

A los dos meses ya me habían detenido. Era terrorista y comunista. Supe que la policía política me buscaba desde el golpe: yo había estudiado ruso en el instituto Brasil-URSS de Recife, prueba suficiente de subversión, y las listas de personas que habían estudiado ruso se publicaban en los periódicos para demostrar que sobre Brasil se cernía la amenaza de ser invadido por las fuerzas ocultas. De nada sirvió demostrar que en aquella misma época estudiaba inglés en el instituto Roosevelt, e italiano en el Circolo Italiano por la simple afición a los idiomas. Me di por satisfecho con un tiempo de *pau de arara* (técnica que consiste en atar de manos y pies al detenido y aplicarle electricidad en varias partes del cuerpo), descargas eléctricas y una costilla dislocada. Me inventé que recibía mensajes de terroristas en un escondrijo del muro del viaducto Santa Efigênia. Me lancé por encima del pasamanos, pero la cuerda con que me habían atado los brazos se enganchó en los herrajes y me quedé colgado. Recibí más descargas eléctricas.

En el tercer piso del entonces Deic (*Departamento de Investigações Criminais*) pasaban figuras folclóricas. En mi celda, un joven que había pegado dos tiros al dueño de un coche no entendía cómo una persona que tiene una 38 apuntándole en la cabeza no obedece. Él era el indignado. En la celda de al lado había una muchacha. De vez en cuando aparecía un policía que le ordenaba arrimarse a los barrotes para manosearla y propararse con ella. Algunos justificaban estos actos: es una puta. Eran

las fuerzas del orden. A los tres minutos de encarcelarme se habían repartido mi reloj, mi dinero y mis zapatos.

Me presentaron a todo el equipo de guardia. Un agente me explicó: se vigila al delincuente y luego, cuando todo el equipo ya lo conoce, se le suelta con la recomendación de que en todo momento deberá tener dinero disponible por si se encuentra con alguno de ellos. Si no tiene dinero, volverá al Deic y pasará otra noche de *pau de arara* y descargas eléctricas. De este modo, el delincuente empieza a trabajar para ellos, el aficionado se vuelve profesional y adquiere un título correspondiente a su nueva función: se vuelve un «administrado». Hasta que llegará un momento en que el sistema se habrá modernizado. Forma parte del milagro económico.

A la semana estaba solo, era antes del AI-15 (o acto institucional número 15), los demás órganos no sabían nada del encarcelamiento, y el delegado había recibido de mis compañeros de lucha un sólido peculio. Eran las fuerzas del orden. Esta vez fui a la lucha para ayudar. En cierta manera, las mismas torturas justificaban nuestra lucha armada, como los policías y los militares justificarían la tortura con el argumento de que estábamos armados. En los procesos de polarización, el culpable siempre es el otro. Y era interesante tomar conciencia de la inmensa máquina intermediaria de policías, abogados, periodistas, contables y demás profesionales que hacen que funcione el sistema de corrupción y violencia de los poderosos. Son las ratas de bodega de cualquier sistema opresivo.

Unas líneas sobre los interrogatorios. Quede tranquilo el lector, pues no tengo intención de describir las técnicas para proporcionar dolor, que, además de ser harto conocidas, han sido objeto de amplias y bien financiadas investigaciones científicas. Más bien pretendo desmitificar las necedades que existen sobre el asunto. Los interrogatorios violentos se muestran y hanalizan a diario en las películas de aventuras que ven nuestros hijos, como uno de los subproductos de la llamada industria del entretenimiento. Hay mucha gente que cree que es normal ganar dinero con el sexo, el miedo y la violencia. Los fragmentos de la violencia que existe de verdad y que aparecen, a veces en los telediarios con fotos de las prisiones de Irak, no hacen más que aumentar nuestra angustia y lograr que nos quedemos pensando en lo que está ocurriendo en Guantánamo o el Mossad.

La cuestión que queremos plantear es que no se trata de «errores lamentables», de comportamientos anormales de subnormales que no han entendido las reglas. Se trata

de políticas decididas y organizadas por personas con un elevado nivel de entrenamiento que aman a sus familias. El torturador de las películas es claramente un perverso, y podemos identificarlo de inmediato por su cara malvada y enfermiza. Pero las cosas no son así.

Durante uno de mis interrogatorios en la policía política (DOPS, *Departamento de Ordem Política y Social*, como se llamaba en la época), apareció un compañero de clase del colegio Loyola de Belo Horizonte, donde yo había estudiado cuando era niño. Joven y bien vestido, un ciudadano de clase media de unos treinta años, me explicó que ya lo habían ascendido dos veces, y que su carrera en la policía dependía de su eficacia en los interrogatorios. Estaba claramente enfadado porque yo no contribuyera demasiado a sus ascensos.

Los jefes rara vez participan directamente. Una vez vi en una mesa, entre interrogatorio e interrogatorio, una nota de uno de los oficiales que dirigían la OBAN (Operación Bandeirantes, cuyo centro de tortura estaba en la calle Tutóia, en São Paulo), dando instrucciones a mis interrogadores para que me «presionaran» sobre un determinado asunto que les interesaba. Ellos, en otro piso, sólo veían papeles, transcripciones de los interrogatorios. Sugerían que me pusieran bajo mayor «presión». Si la presión hubiera sido excesiva habría muerto, lo que tampoco convenía. En los periódicos, al día siguiente aparecería una nota diciendo que se había encontrado un cuerpo, que por supuesto era otra víctima de la guerra de las mafias de la droga. O, si la persona era muy conocida, escribirían que la habían matado al intentar escapar, ó que se había suicidado. Si la presión no era suficiente, no obtendrían la información deseada o, peor todavía, el equipo de interrogación del día siguiente conseguiría la información utilizando más presión, lo que desmoralizaría al primer equipo. Los resultados cuentan, la competencia es fuerte.

Se trata de buscar los mejores resultados, proporcionando el máximo dolor dejando el menor rastro de marcas y, a ser posible, sin causar daños permanentes que disminuyan la productividad del equipo al día siguiente.

Es la sostenibilidad del proceso, por así decirlo. El resto resultaría naturalmente de la competición, en la que cada equipo sabe hasta dónde ha llegado el equipo anterior y avanzaría un poco más. Y el posible sentimiento de culpa al presenciar la escena desaparece rápidamente por el simple hábito y con la reina de las disculpas: «Lo hace todo el mundo».

El equipo es moderno. Los cables eléctricos se cubren con algodón mojado para no

dejar marcas en el lugar de contacto con el cuerpo. Las cuerdas se atan por encima de las tiras de la manta para no provocar hematomas. En uno de mis desmayos me llevaron a una sala médica junto a la de interrogatorios, con varios equipos para que los médicos pudieran valorar los interrogatorios que podría soportar todavía.

Una cuestión importante es la tortura de inocentes. La manera de llegar a las personas que se buscan es interrogar a los miembros de su familia, a compañeros de trabajo, a cualquiera que pueda conocer el paradero de la persona a la que se busca. El resultado es que se somete a un gran número de personas a interrogatorio sin que tengan ningún vínculo con el proceso. No tiene nada que ver con el cine, con la investigación de huellas dactilares, la investigación científica o cosas de ese tipo. ¿Cuánta violencia es necesario ejercer sobre una persona para confirmar que realmente no sabe lo que dice no saber? A un joven con el que compartía celda lo detuvieron cuando pintaba una pancarta en la que anunciaba: «La revolución llega al campo», prueba cabal de que estaba preparando una actividad subversiva. En realidad, la pancarta era para una exposición de tractores que significaban una revolución tecnológica. Le interrogaron violentamente durante varios días y lo soltaron con los habituales avisos de olvidar lo que había ocurrido. Me pregunto a quién se le ocurriría ir contando por ahí que lo ha interrogado la policía.

En la época, la revista *Newsweek* publicó un artículo sobre la tortura en Brasil. Describía los métodos, la generalización de las prácticas, y concluía que la tortura continuaría por una razón muy sencilla: *it works*, funciona. En el momento en que escribo estas líneas, la tortura en Brasil ya no se emplea con las personas que luchan para conseguir un cambio político. Somos una democracia. Pero se utiliza a gran escala con la población de las favelas, con los pobres, con los jóvenes de «apariencia sospechosa». Los grupos dominantes del país, que siguen siendo los mismos de la época de la dictadura, han descubierto que el coste político de intimidar a los pobres es bajo, mientras que tocar los cuadros de la clase media genera protestas inmediatamente. La violencia no ha desaparecido, ni siquiera ha amainado: su objeto ahora son las personas que no tienen acceso a la prensa, ni a abogados, ni a los derechos humanos.

Además, la tecnología avanza. Hoy tenemos sistemas de electrochoque que funcionan a distancia y sistemas que permiten al interrogador controlar el dolor con un mando a distancia desde otra sala para evitar que sufra el estrés de ver al torturado. Muchos de los nuevos sistemas tienen partidarios que cuentan que éstos evitan la

muerte prematura del detenido y permiten una dosificación más eficaz. El avance tecnológico es asombroso.

En el momento en que me liberaron, estando todavía en el DOPS, un general vino a inspeccionar mi estado. Cuando vio las quemaduras de mi tobillo, comentó irritado: «¡Vaya chapuza que han hecho!». Evidentemente, nadie me preguntó lo que yo pensaba. Él era el que estaba irritado.

La lucha era dramáticamente desigual. No es que se tratara de pequeños grupos de estudiantes, como se ha dicho. En la época llegó a haber más de diez mil personas en las cárceles, y diez mil personas dispuestas a arriesgar su vida para cambiar las cosas es algo inmenso. En general, cuando la población percibe un clima peligroso, busca abrigo. Y es natural. ¿Quién no siente esta permanente contradicción de querer asegurar el propio bienestar, construir la propia vida, y la impresión de ver a un niño pobre en la calle? Ambos sentimientos son legítimos. No es cuestión de escoger, sino de organizar sistemáticamente una sociedad en la que todos tengan un lugar.

En los años siguientes nos defendíamos más, ya que la misma represión nos obligaba a buscar recursos, a salvar a gente que se estaba muriendo en los interrogatorios, a proteger las redes de solidaridad. Y toda la máquina de comunicación estaba, naturalmente, en manos de la represión y de los grandes grupos económicos que la apoyaban. Con el tiempo, los grandes medios de comunicación justificarían su actuación presentándose como víctimas de la censura. Es interesante leer hoy, treinta años después, la declaración del periodista brasileño Mino Carta, uno de los pocos entendidos en este tema: «La gran imprenta es una de las vergüenzas brasileñas. Defendió el golpe de 1964, y el golpe dentro del golpe que fue el de 1968 [A-15]. La gran imprenta, salvo el periódico *O Estadão*, nunca fue censurada. Como tampoco lo fueron *A Folha*, ni *O Globo*, ni *JB*. El *Estadão* fue censurado porque sencillamente era una disidencia entre los golpistas. No es que fuera adversario ni enemigo del golpe (...) El rasgo más importante de esta elite brasileña es la prepotencia y la cobardía, sin contar con la ignorancia y la presunción».

El elemento determinante en las relaciones de fuerza fue la capacidad del régimen para generar una nueva clase media que tuvo acceso a la universidad, a una casa propia, al mercado de capitales recién creado. Corría 1969, era el milagro. Entre el momento del golpe y el surgimiento de la lucha armada habían pasado cuatro años, el tiempo en que la indignación se transformó en acción mínimamente organizada. En cuatro años, el movimiento concentrador de riqueza había proporcionado una nueva

lógica al sistema y había generado un crecimiento temporal, pero fuerte, que redujo de manera radical la base política del movimiento. El resto sería una resistencia lenta e histórica. Llegué a ser dirigente, lo cual no era un gran mérito, porque a medida que unos compañeros caían, otros tenían que asumir el mando.

Nunca me pareció una labor inútil. Años más tarde, ya en el exilio, un grupo de jóvenes brasileños me buscó en París para decirme lo importante que había sido para ellos en aquellos *anos de chumbo* (los años más duros de represión política en Brasil), saber que había gente que luchaba y moría pero no bajaba la cabeza. Un periodista me preguntó un día si estaba arrepentido porque «no había salido bien», porque no habíamos tomado el poder. Considero que el problema no reside en los objetivos, sino en las causas que conducen a un rechazo. Frantz Fanón definió bien algo a lo que él llamó el «hombre sublevado». Ciertas cosas simplemente no se aceptan, es una cuestión de dignidad, no de resultados.

Tras ser encarcelado por segunda vez, fui intercambiado por el embajador alemán, y una madrugada de junio de 1970 desembarqué en el grupo de 40 prisioneros políticos en el aeropuerto de Dar al-Baida en Argel. Salí tal cual me sacaron de la prisión, sin zapatos, sin documentos, con quemaduras de las descargas eléctricas que serían filmadas por innumerables emisoras del planeta. Ese mismo día embarcó en visita oficial el rey Faysal de Arabia Saudita. El periódico nacional *El Moudjahid* ostentaba en la primera página ambos titulares: el referente a los 40 prisioneros brasileños y el referente al Rey. El pueblo como tal resumió la cuestión: eran Ali Babá y los cuarenta ladrones.

Fuimos recibidos con un inmenso cariño espontáneo de la población tras superar años de lucha reciente contra el ocupante francés. No pagábamos los taxis y las familias nos recibían. Raras eran las que no tenían miembros que hubieran sido torturados o a los que hubieran matado. La tecnología del *pau de arara* y de la descarga eléctrica combinados había nacido allí. Se identificaban plenamente con nosotros. Las circunstancias son determinantes para los valores. Allí a nadie se le habría ocurrido llamarnos terroristas ni estudiantes ilusos. Los representantes del frente de liberación de Angola nos explicaban sus formas de lucha, los combatientes del Vietcong nos sugerían estrategias, el movimiento palestino nos contaba sus dramas, el Black Panther de Estados Unidos quería saber acerca del movimiento negro de Brasil, Makatini discutía con nosotros maneras de sacar a Mándela de prisión. Con

tres cuartas partes de la riqueza mundial en manos de un grupo de países ricos y con dramáticas luchas para huir del colonialismo y del subdesarrollo, luchar no era una cuestión de extremismo: era una cuestión de decencia. La voluntad parecía generalizada.

La necesidad de cambio era también bastante obvia. ¿Qué estaba haciendo Portugal, el país más pobre de Europa, tratando de controlar a países diez veces mayores en otros continentes? ¿Qué estaban haciendo los americanos en Vietnam? ¿Cómo podían las organizaciones internacionales y los países ricos apoyar como si nada las dictaduras más sanguinarias, considerarlas «amigas»? ¿Cómo es posible justificar en pleno final de milenio el tráfico de armas presentando la capacidad de destruir seres humanos como *business*? ¿Cómo podía presentarse al partido único en Cuba como una dictadura, y al partido único de México como una democracia, sin mencionar otras decenas de dictaduras apoyadas por los países ricos? ¿Con qué derecho algunas empresas multinacionales financiaban golpes de Estado? Había, claro está, una maravillosa justificación para todo, y era el peligro comunista.

Si algo tenía yo claro era una cosa: una barbaridad no puede justificar otra, el mismo concepto de que el fin justifica los medios, tan utilizado en los países comunistas, era una barbaridad. Sigaud justificaba la tortura en Brasil diciendo que «no se arranca información con caramelos». La dictadura impuso una constitución sin consultar y un jurista salió con esta perla: «la revolución crea su propia legalidad». La CIA financiaba sus operaciones con cocaína y heroína arguyendo que era necesario tener fondos secretos. La realidad es que los medios corrompen los fines y los deforman.

En el centro de nuestros dilemas – refugiados ahora en Argelia – estaban la aguda conciencia y la indignación frente a la lógica de las cosas, y nuestra limitada capacidad para cambiarlas. Al mismo tiempo, entendíamos que la inmensa masa de personas que luchaba por el progreso social, de la cual formábamos parte, constituía una aportación decisiva a los adelantos. No habían sido en vano las muertes de Martin Luther King, Marighela, Lumumba, Allende, Amílcar Cabral, Gandhi y tantos otros, pues esta parte de la humanidad, con capacidad para indignarse a veces, había conducido a retrocesos temporales, pero en conjunto había permitido adelantos históricos como el fin de la esclavitud, el progreso social para los negros de Estados Unidos, el fin de las colonias, la presencia de la mujer o la organización de los trabajadores. El camino que para nosotros se cerraba no era la lucha y sus objetivos, sino la visión de que el progreso social se consigue con atajos, una suerte *defast tracks*

que permitirían obtener victorias políticas sin los correspondientes fundamentos en la cultura social y política de las poblaciones. Estábamos entrando en 1972. En el gran encuentro para la reflexión en Santiago, propuse disolver la organización y reorganizarnos con vistas a un nuevo tipo de contribución más extensa de lucha para poner fin a la dictadura. Las fuerzas se equilibraron, pero la propuesta se perdió. Para mí fue evidente que muchos votaron más con la emoción que con la razón, colocando sobre todo en la balanza el peso del sentimiento de culpa por estar protegidos en el extranjero mientras otros morían en Brasil. Por tanto, no condeno a nadie, pues nadie es razón pura. No obstante, para mi formación fue importante comprender que un grupo político – y más tarde vería que también sucede así con grupos religiosos, y hasta científicos – puede crear un tipo de realidad virtual hablando con un vocabulario distinto y perder el contacto con las cosas.

La lucha continuaba. Pauline, que había venido a encontrarse conmigo en Argelia, fue enviada a Recife para intentar salvar a compañeros amenazados. Murió con ellos. Ella entró en la lucha cuando yo salía de ésta, y ya nos habíamos distanciado. No por nuestros sentimientos, sino por la locura y la tensión propias de la época.

Polonia

Buena parte de mí era polaca, pero no había nacido en Polonia ni la conocía. La atracción era grande y siempre me pareció importante hacer las paces con el pasado, conocer mis raíces. Tras años de clandestinidad y desarraigo social, sentía una intensa necesidad de llevar una vida normal, de ver la realidad por el prisma del ciudadano común. Además, sentía una inmensa curiosidad por la organización política y económica, por el socialismo «realmente existente».

Así reconstruí mi mundo desde la normalidad. En Polonia volvía a estar con mi madre, a la que encontré viejecita, si bien despierta y replicona como siempre. A ella le parecía que la histeria consumista de los países ricos era patológica y decía que el comunismo era idóneo porque protegía a Polonia del progreso económico. Las autoridades sonreían, confusas. Allí también encontré a mi hermano Mario, que había regresado para estudiar en la escuela politécnica; se casó con una polaca y acabó quedándose.

Yo me casé con Fátima, hija de un matrimonio de refugiados, Paulo y Elza Freire; estaba tan perdida como yo en el espacio, así como por sucesivos exilios, pero tenía

una capacidad fascinante para mantener los pies en el suelo. En ella encontré mi ancla.

Fátima formaba parte de la generación anterior de exiliados. Paulo Freire, que había osado alfabetizar a sus compatriotas nordestinos, lo cual era en aquella época prueba suficiente de fuertes tendencias comunistas, fue encarcelado por ello y luego exiliado. Para Fátima, salir de Brasil en 1964 significaba abandonar, con quince años, a amistades, una extensa familia, los galanteos (requisito para encontrar marido) y el colegio. En Chile, Paulo Freire ayudó a desarrollar programas de formación de adultos y al poco lo invitaron a dar clases en Harvard (Estados Unidos). Luego fue a Ginebra, siempre como exiliado sin pasaporte brasileño siquiera, para trabajar en el Consejo Mundial de Iglesias, ayudando a muchos gobiernos con sus programas de alfabetización. En cada nuevo país era necesario reconstruir las amistades, la convivencia y un mundo afectivo destruido varias veces. No es nada fácil.

Los perdidos se reconocen. En nuestro caso el reconocimiento fue espontáneo e inmediato. Nos unimos.

Polonia me proporcionó un pasaporte, siempre y cuando no le diera un uso subversivo. Y me dio una beca, que complementaría enseñando lenguas en diversos institutos. El caleidoscopio había vuelto a girar, yo volvía a estar estudiando, tratando de comprender los procesos sociales, de reconstruir mi visión del mundo. En Lausana había estudiado una perspectiva neoclásica. Ahora, en la línea de Oskar Lange, Kalecki y otros, veía el mundo a través de otro prisma. Como hablaba la lengua del país, no tuve dificultades.

Realicé el curso superior de planificación nacional, que reunía a polacos, africanos y personas de otras nacionalidades para discutir sobre sistemas de organización económica. Se debatía mucho sobre las condiciones específicas del desarrollo con oferta limitada de mano de obra, las opciones de tecnologías punta o alternativas, la experiencia de Polonia, de la India, de los países árabes y otros. Los trabajos de Kalecki aportaban el eje teórico. Como ya había estudiado la óptica neoclásica, me llamaba la atención que las distintas perspectivas fueran más complementarias que contradictorias. Es diferente regular la coyuntura y el corto plazo de una economía madura, como es el caso de los países desarrollados, y estructurar las opciones de largo plazo de una economía en construcción

Releyendo a los clásicos reparé en que Adam Smith es mucho más progresista que la

caricatura simplificada y absurda que hizo de ella el liberalismo, y que Marx ofrecía alternativas mucho más prudentes de lo que proclamaba el comunismo. No era cuestión de que «en la práctica la teoría no funciona». Pawel Sulmicki dio una mejor y nueva dimensión a esta solemne tontería: «No hay nada más práctico que una buena teoría». La relectura que muchos hacían en la época formaba parte del confuso sentir de que los propios fundamentos teóricos se habían vuelto un tanto escurridizos. Todos buscaban reformulaciones aunque el *establishment* académico limitara con firmeza cuanto pudiera remover los paradigmas. Era como en los tiempos del poder cristiano: se podían aportar ideas, siempre y cuando fueran aristotélicas. Esta dificultad sigue existiendo hoy en día: parece una traición discrepar de autores que nos dieron la legitimidad ideológica en un principio. El resultado es la repetición incansable de eslóganes cada vez más surrealistas, tanto de la izquierda como de la derecha, cuando la realidad exige nuevos enfoques.

Me asombró la riqueza de la biblioteca de la Escuela Central de Planificación y Estadística de Varsovia en la que estudiaba. En ella encontré todos los trabajos de Celso Furtado, Caio Prado Júnior, Roberto Simonsen y tantos otros, aparte de obras antiguas como la de Antonil. Años más tarde me encontraría a Orlando Valverde en la PUC (Pontificia Universidade de São Paulo) y le comentaría el placer que había tenido al leer sus obras en Varsovia. Conmovidó, se volvió a su esposa y le dijo: «Mira, allí leen obras brasileñas. ¿Y cuándo se abrirán a esto nuestras universidades?».

Decidí trabajar de manera sistemática en la historia económica de Brasil, conocer los hechos. De este trabajo/esultó mi tesis doctoral, *A formação do capitalismo dependente do Brasil* (La formación del capitalismo dependiente de Brasil). Se trata de un trabajo esencialmente metodológico, una reordenación de hechos investigados y analizados por los clásicos, pero en el cuadro referencial teórico de las teorías de Samir Amin, Christian Palloix, André Gunder Fran y de los autores sudamericanos ligados a la teoría de la dependencia. Más tarde me publicaron la tesis en Polonia, Francia, Portugal y Brasil. En esencia, al elaborarla comprendí que tenemos que huir de las grandes simplificaciones que presentan a Brasil ya como una pobre víctima pasiva del imperialismo, ya como un gigante independiente. El problema teórico principal es la compleja interacción de las economías subdesarrolladas con las economías dominantes. Hoy, la problemática de la inserción subalterna en el sistema mundial vuelve con inmensa actualidad frente al proceso de globalización que vivimos.

Ciertos problemas parecían no dejarme en paz. La embajada de Brasil dejó a Fátima sin pasaporte, y sin documentos no podía salir de Polonia, ni siquiera para visitar a la familia de Ginebra. Al mismo tiempo, informaron al gobierno polaco de que ella no era refugiada, y que le darían el pasaporte; sólo había que esperar a los trámites. Después de dos años y medio de trámites sin pasaporte, el Gobierno polaco se convenció de que, en la práctica, Fátima era refugiada política, y gracias a que nos casamos y tuvimos un hijo con nacionalidad polaca, Alexandre, que nació en Varsovia, le concedió la ciudadanía polaca. Volvíamos a ser ciudadanos. Y yo, como doctor en economía, ya no era subversivo, sino una persona con ideales avanzados.

Los tres años en Polonia habían sido muy enriquecedores. Tanto por los estudios teóricos y de historia económica de Brasil que me permitieron realizar, como por el conocimiento práctico del gigantesco embrollo burocrático que era esta versión del socialismo. Al mismo tiempo, había descubierto numerosas soluciones sumamente interesantes. Las cooperativas de servicios, donde se ponía a disposición de pequeños agricultores formas extremadamente descentralizadas y flexibles de crédito, asistencia técnica, comercialización primaria, capacidad de almacenamiento y maquinaria alquilada, eran funcionales por estar gestionadas por los propios campesinos, y constituían un factor de productividad impresionante que contradecía todas las versiones de la economía de escala. En compensación, la estatalización de la agricultura era un desastre.

Al nacer nuestro hijo, recibimos la visita de una enfermera para ayudar en los primeros días a los padres primerizos: cuántos gastos posteriores en enfermedades no se evitan con esta simple medida. Cada barrio tiene centros de salud preventiva separados de los lugares adonde acuden personas enfermas. Esto permite detectar a tiempo los más diversos problemas y evitar contagios. Para subsanar el exceso de urbanización, generalizaron la instalación de centros culturales y científicos en las pequeñas ciudades de interior con lo que se llamó «desruralización del campo»: se redujo el éxodo rural, equilibrando de este modo la ocupación de espacio en el país. Entonces vi con claridad que existen innumerables alternativas funcionales tanto al burocratismo centralizado, como al salvajismo liberal: lo fundamental era pensar en las condiciones institucionales capaces de abrirlas. También confirmé hasta qué punto el poder tecnócrata de los administradores de empresas estatales podía ser tan amplio como el poder tecnócrata de empresas privadas: la propiedad de los medios de

producción podía dejar de ser el elemento esencial.

Fue asimismo importante aparejar el debate con el cambio de la constitución, que permitió en 1973 la fusión de numerosos municipios para que fueran mayores. La medida, que en apariencia era secundaria y administrativa, cambió de manera radical las relaciones de fuerza al descentralizar la política. Por tanto, así como antes un micromunicipio (*gmina*) tenía que recurrir al ministerio respectivo para comprar una ambulancia o para contratar a un agente de la policía, ahora los municipios podrían resolver sus problemas desde el ámbito local. Así pues, decisiones que eran sectorizadas y burocratizadas pasaron a ser resueltas con una mayor participación de los ciudadanos interesados y de un modo integrado, con mucha más flexibilidad y eficiencia. El poder había sufrido una horizontalización radical, que más tarde abriría mucho espacio al movimiento de democratización.

En el plano teórico entendí algo importante: Marx apuntaba a la socialización de los medios de producción como forma de transformar las relaciones políticas, de permitir una sociedad sin división de clases. Se trataba, pues, de una transformación de relaciones de producción (infraestructura) que permitiría una transformación política (superestructura) en el sentido de una sociedad democrática y con un Estado menos opresor, pues no tendría que asegurar la dominación de una clase sobre otra. Las sociedades del socialismo «realmente existente», empezando por la Unión Soviética, habían realizado transformaciones económicas sin las transformaciones políticas correspondientes. Los *soviets* (en ruso significa «consejo») se quedaron en la teoría. Socializar la economía sin democratizar la política es un contrasentido. Sería un capitalismo de Estado con un cambio de las formas de llegar a los privilegios, no un cambio de los privilegios.

Fuera como fuere, yo empezaba a ver claro que el problema no residía en los términos de alternativas comunismo-capitalismo, privatización-estatalización, Estado mínimo-Estado máximo, sino en la búsqueda de articulaciones capaces de asegurar tanto el dinamismo económico como los adelantos sociales. En realidad, ningún régimen estaba respondiendo a este prosaico e inmenso desafío, que sigue dominando nuestra actualidad en estos albores del milenio.

Rumbo al sur

En 1975, con el derrocamiento del fascismo en Portugal, se buscaban cuadros para

reformular la enseñanza de la economía, pues sufría un atraso desesperante. Acepté una invitación de la Universidad de Coimbra. Además de economía de desarrollo, enseñaría finanzas públicas en la Facultad de Derecho. El último titular de la cátedra había sido un tal Francisco Salazar. Le sucedí del mejor modo que supe. El área de derecho mantenía unos formalismos impresionantes. Presenté una serie de libros al ayudante que me asignaron y le sugerí que los leyera para luego hablar de ellos. «¿A hablar, doctor? A escucharle, vendré.» El valiente candidato a doctor me miraba, satisfecho de su frase como si hubiera puesto un huevo. Son impresionantes los caminos que puede adoptar nuestra incierta búsqueda de aprobación. Me vino a la mente una simpática recomendación de mi padre: «Nunca pierdas el sentido del ridículo, la capacidad de reírte de ti mismo».

Estamos en un planeta donde los recursos básicos están siendo destruidos, donde mueren diez millones de niños al año por causas ridículas, donde tres mil millones de personas sobreviven con menos de dos dólares al día, donde se desarrollan cerca de cincuenta conflictos armados, y una persona culta que tuvo el privilegio de acceder a buenos estudios, y además de derecho, no encuentra nada mejor que jactarse de su importancia.

No estoy tirando la primera piedra. Todos estamos sujetos a tener accesos de jactancia. Pero tenemos la obligación de no perder la conciencia ni el realismo. Y no resulta fácil, cuando los anuncios en la televisión, los carteles en la calle, los mensajes con que se nos bombardea a diario muestran imágenes de éxito, de superioridad, de modélicos especímenes masculinos o femeninos. Años más tarde, un alumno a quien pedí que opinara me respondió con pomposidad: «Nosotros, en la Esso, creemos que...». Triste argumento de autoridad, y tanto más triste porque valora a quien no puede jactarse de tener autoridad y porque no permite que la persona se conceda el debido valor como simple ser humano. Volveremos a esto, pues es una epidemia que se extiende en el planeta, a medida que los medios de comunicación se vuelven más omnipresentes y dominantes.

Hice dos grandes amigos, ambos ministros de Economía en distintas épocas del nuevo régimen: Mario Murteira y Francisco Pereira de Moura. Con las largas discusiones sobre el proceso de estatalización emprendido entonces sobre la búsqueda de alternativas de gestión, me convencí de que atrás quedaba la época de soluciones simples. Esto habíamos comprobado al final del gobierno de Allende: ¿de qué sirve socializar la propiedad de las empresas si de todas maneras éstas deben formar parte

de la lógica de la dependencia internacional? Una empresa estatalizada en Chile necesita mantener sus contratos de abastecimiento con Estados Unidos, sus mercados con Asia y así sucesivamente. Una empresa ya no es una unidad independiente, y es el eslabón de un sistema. Y quien está integrado en el sistema sigue las reglas. Y las reglas son muy estrictas, como pudieron apreciar tantos gobiernos progresistas que acabaron aplicando políticas conservadoras.

En poco más de un año, los rumbos que tomaba Portugal estaban definidos. La opción principal era integrarse en la Unión Europea (entonces el Mercado Común), y esta opción determinaría lo demás. Evidentemente, el primo pobre no dictaría las reglas. Los portugueses bromeaban diciendo: tendremos casas tipo *maison* con ventanas tipo *fenêtre*. Eligieron a Mário Soares, un hombre con suficiente credibilidad en la izquierda como para aplicar un programa de centro-derecha. Fue bastante criticado por la izquierda, pero lo esencial estaba prescrito en las relaciones exteriores, y otro probablemente habría seguido el mismo camino. En aquella época ya estaba claro hasta qué punto era más significativa la forma de acceder a la economía global que las opciones propiamente internas. Y el abanico de opciones internas, las posibilidades de que el país escogiera su propio camino, era cada vez menor.

En Argelia habíamos sido todos refugiados, guerrilleros de varias partes del mundo. Con el fin del colonialismo portugués, los amigos de la época de Argelia eran ahora ministros o embajadores. Una persona amiga y políticamente de confianza y con un doctorado en planificación y estadística era bienvenida en los nuevos países independientes. Visité al ministro de Planificación de Angola en Luanda, pero acabé aceptando la invitación de Vasco Cabral de Guinea-Bissau. Le pregunté cuánto iba a ganar, pues como refugiados íbamos con una mano delante y otra detrás. Me dijo que ganaría más que él, lo cual era una forma de decir que ganaría muy poco. Pero fuimos de buena gana. Fueron cuatro años en África descubriendo otras culturas, otros valores, una riqueza de relaciones humanas de las que nada sabíamos.

En Luanda me quedó una impresión muy nítida de las limitaciones del gobierno centralizado. Todos los departamentos de mayor peso en el gobierno vivían en una incesante carrera para resolver problemas en reuniones casi permanentes. Sólo que en reuniones con ellos mismos. El grueso de la población quedaba a la deriva, a la espera de que se hiciera algo. Como no se les llamaba para participar de la gestión, tampoco se sentían responsables. Llama la atención que un gobierno con intenciones

indiscutiblemente positivas gire en un círculo cerrado y se hunda en un aislamiento creciente por la ausencia de estructuras de gestión pública descentralizadas.

No es cuestión de culpar a nadie. La descolonización coincidía con el auge de la guerra fría. El proceso de independencia había adquirido legitimidad, pero cualquier veleidad de llevar a efecto reformas sociales sería denunciada de inmediato como comunismo. Así, los gobiernos africanos accedían al poder sin la posibilidad de llevar a término las reformas que los legitimarían frente a la población. Al responder a la inmensa ansia de educación, salud, empleo o redistribución de la renta tendrían que movilizar a la población, desarrollar la máquina del Estado, delimitar los intereses coloniales que permanecían activos, propuestas en las que Occidente siempre veía la mano de Moscú. Quienes presentaron propuestas políticas de descolonización efectiva con transformaciones sociales fueron asesinados de manera sistemática. Angola y Mozambique, como si no les bastara la inmensa miseria heredada del colonialismo, tendrían que afrontar las guerras y sabotajes que Occidente les crearía a través de Sudáfrica. Así fue cómo la inmensa oportunidad de proceder a las reformas sociales, que podría surgir con la fuerza y con la capacidad de movilización que tiene la Independencia, fue arrojada por la borda. África, que poco tenía que ver con la guerra fría, sería su primera víctima.

Guinea-Bissau optó por seguir un camino moderado. Me hice coordinador técnico del Ministerio de Planificación; Vasco Cabral, entonces ministro de Planificación y más tarde vicepresidente me daba todo su apoyo, con el cual yo no sabía muy bien qué hacer. De repente, me vi obligado a olvidarme de todos los modelos matemáticos macroeconómicos que había aprendido durante años y a buscar propuestas que pudieran funcionar. Cuando el Banco Mundial presentó propuestas para la política educativa, recomendé que se rechazaran, ya que sería mejor concentrar este tipo de inversiones en infraestructuras y reservar una mayor libertad en el área educativa. El ministro dijo que no había problema, pero que yo tendría que elaborar una justificación convincente, pues esto significaría que se construirían menos escuelas. Con la ideología en una mano y los modelos técnicos en otra me sentía poco preparado para la economía realmente existente. Gestionar la economía es sólo en parte un ejercicio económico.

Fueron cuatro años apasionantes, y cada cosa que salía bien proporcionaba una inmensa felicidad porque significaba ver algo concreto en funcionamiento. Coordiné la elaboración técnica del primer plan nacional de desarrollo, aprendiendo a combinar

sistemas de crédito con políticas regionales, a articular políticas sectoriales, a tener en cuenta las resistencias políticas, los intereses o vanidades personales, una serie de elementos sin los cuales no existe ninguna propuesta, por fundamental que sea en términos técnicos. La economía es la sangre de una sociedad, y en ella todo influye. No hay matemática que sustituya en este caso el buen sentido, una cultura extensa y de múltiples facetas, la capacidad de entender, de oír, de aprender sin cesar. Y sobre todo la capacidad de disfrutar, de interesarse.

Yo hablaba muchas lenguas, tenía un buen doctorado técnico, buenas relaciones políticas (aunque sólo en la izquierda) y no tenía miedo a enfrentarme a regiones muy pobres. Abdulrahim Farah, subsecretario de la ONU, a quien había ayudado a elaborar algunos informes para Kurt Waldheim, me invitó a ocupar en Nueva York el cargo de economista del secretario general en sustitución del economista inglés James Ilett, que se jubilaba. Vasco me pidió que me quedara, y me quedé. Posiblemente me habría convertido en un buen burócrata de alto nivel, pero mi gusto por mi trabajo también se habría vuelto improductivo. Llegamos a un compromiso, ya que Vasco me asignó la dirección del programa de planificación de la ONU en Bissau. Me quedé haciendo lo mismo, pero con un salario internacional. Durante una visita a Farah en Nueva York, en la sede de las Naciones Unidas me presentó a unos amigos de la siguiente manera: he aquí a la persona que declinó trabajar con nosotros porque tenía un compromiso en Bissau. Las sonrisas respetuosas dejaron claro que se me consideraba un caso curioso.

El salario también era algo curioso. Mis funciones seguían siendo las mismas, seguía teniendo los mismos diplomas, pero el sueldo se había multiplicado por diez. Antes me pagaban como técnico nacional, ahora era un experto internacional. Era lo que llamaban mercado de trabajo. En realidad, son subsistemas salariales distintos, fundamentalmente estancados, apoyados en sólidos esquemas corporativos. Dicho mercado de trabajo, según descubriría yo, es una ficción. ¿Qué lógica de mercado determina que un profesor en Brasil gane lo que gana?

Después de cuatro años había perdido parte del hígado por hepatitis buena parte de la capacidad auditiva por la cloroquina para combatir los accesos de malaria y, con el golpe de Estado, había perdido a varios amigos. Consideré que ya había aportado mi parte y acepté otro puesto en Nueva York, en esta ocasión una labor de asesoría en el ámbito de problemas políticos especiales, que en realidad trataban de países con un estado de pobreza crítica. Corría el año 1980, y Reagan había acabado de asumir la

presidencia del país y había nombrado a una fanática con erudición libresca, pero de cultura limitada, Jane Kirkpatrick, representante americana en las Naciones Unidas. Desembarqué en el aeropuerto John Kennedy con pasaporte de la ONU, visado americano y una invitación formal de Kurt Waldheim para ocupar mi cargo. No me dejaron entrar. Pasé tres días en el poco conocido zaguán reservado del aeropuerto, una inmensa sala donde se dejan los casos indeterminados. Tampoco permitieron que me pusiera en contacto con la ONU ni que embarcara en un vuelo de regreso a Portugal, por donde había venido. El que entonces era embajador de Brasil en la ONU, que en la actualidad está acusado de tráfico de dólares, había pasado una extensa ficha a Jane Kirkpatrick sobre mí en la que decía, ni más ni menos, que yo era un asesino y que mis diplomas estaban falsificados, sin mencionar todo el despliegue montado en los informes del entonces SNI.

Tres días después, autorizaron que embarcara rumbo a Europa. Al salir, pude ver a Fátima, que ya se había mudado a Nueva York para asumir un nuevo puesto de trabajo y acababa de tener a nuestro segundo hijo, André. Pudimos intercambiar algunas palabras y le pasé en una bolsita de plástico, entre dos guardas, la parte que me correspondía elaborar del informe de Kurt Waldheim para la Asamblea General de aquel año, y que ella entregó al subsecretario general al día siguiente. Un día después, por teléfono y ya desde Europa, Gordon Goundrey, canadiense y secretario general adjunto, me explicó: no entendemos nada, Kirkpatrick está amenazando a todos, están diciendo que van a cortar los fondos, que la Organización de las Naciones Unidas es un antro de elementos subversivos; lo lamentamos...

Seguí el consejo de Paulo Freire, que me sugirió que era hora de regresar a Brasil. Fátima, desde Nueva York, y yo, desde Europa, embarcamos rumbo a São Paulo, para instalarnos en el apartamento de Paulo junto a la PUC. Abrí un proceso administrativo a las Naciones Unidas; gané: confirmaron que las acusaciones eran falsas y me reincorporaron. Por teléfono, el mismo Gordon Goundrey me informó de que la condición extraoficial era que no solicitara ningún puesto en la ONU que implicara entrar en Estados Unidos, ya que esto supondría pedir un visado, con todos los problemas que comportaba.

Es importante tener presente la dimensión del problema: cuando Estados Unidos solicitó, después de la guerra, que la sede de las Naciones Unidas permaneciera en Nueva York, se comprometieron a respetar los derechos de las Naciones Unidas de recibir a quienes quisieran. En la práctica, obligan a cualquier funcionario de éstas a

someterse a las mismas condiciones de cualquier candidato a entrar en el país, aunque sea un ministro que venga para una reunión de la Asamblea General de la ONU. Las relaciones de fuerza son de este nivel, y las Naciones Unidas se someten a ellas, aun cuando el «acuerdo-sede» de su constitución les garantiza legalmente autonomía. La razón del más fuerte es, realmente, más fuerte.

El problema ético es igual de significativo. Cuando una persona bajo el ropaje de la USAID, la UNESCO o otra agencia de ayuda al desarrollo trabaja para los órganos de información militar de Estados Unidos, se está desmoralizando a miles de personas en el mundo que realizan labores humanitarias de gran importancia y pasan a ser miradas con sospecha. Hoy no me cabe la menor duda de que Estados Unidos conocía el pasado nazi de Kurt Waldheim y con esto lo tenían maniatado. Esto puede parecer un movimiento taimado. En realidad, así es como se construyen las relaciones internacionales basadas en el cinismo y se elimina el paciente trabajo de construcción de la solidaridad internacional que tantos agentes sociales desarrollan.

En cuanto a mí, me pareció que había aprendido todo lo que podía aprender en el marco de una organización internacional; agradecí la propuesta y fui a trabajar a la PUC de São Paulo. El caleidoscopio volvía a girar.

El regreso

Creo que el regreso a Brasil no fue fácil para nadie. Cierto que al volver todo eran flores, pero no sólo de esto vive el hombre. Hay que reconstruir todo el camino, paso a paso, en un medio y una cultura para los que somos algo extraños. Miraba hacia la inmensidad de São Paulo y pensaba en la inmensidad que tenía que reaprender. La nueva generación de economistas brasileños no me conocía, y yo tampoco a ellos. Por recomendación del SNI, el Ministerio de Educación tardaría siete años en autorizar que la USP reconociera mi diploma. En términos formales, seguirían considerando que tenía un nivel de estudios secundarios pese a tener varios diplomas universitarios. A Fátima tampoco le reconocieron ninguno de los años que había estudiado en el instituto Piaget de Ginebra, la Universidad de Varsovia y la de Coimbra: tuvo que estudiar desde el primer año, solamente la eximieron de realizar el examen de acceso.

La PUC me recibió bien. La antropóloga Carmen Junqueira me ayudó a abrirme camino. Paul Singer emitió un juicio positivo sobre mi tesis, Joel Martins se entusiasmó con mi participación en el curso de postgrado y me admitieron como

profesor sin la necesidad de esperar la aprobación de ningún ministerio. Yo, preocupado, miraba las pocas certezas teóricas que me quedaban y me planteaba qué enseñaría. Entré en el programa de postgrado en administración y poco después me presenté a concurso para el Departamento de Economía. Me fui adaptando y fui haciendo amigos. Descubrí con fascinación que el conocimiento de la situación internacional que había adquirido se complementaba con la desesperante falta de esta clase de información entre los alumnos, herencia del aislamiento de Brasil en la época de los militares. Carencia que, curiosamente, sigue existiendo en la actualidad: en plena época de la globalización, en Brasil no existe un solo instrumento decente de información internacional.

Dividía mis clases en exposiciones de los alumnos y exposiciones propias. Enseñaba a utilizar los informes internacionales, el desarrollo económico comparado y la economía de las multinacionales. Mis alumnos me enseñaron que en Brasil uno «forma parte del rodillo compresor o forma parte de la carretera»; que en el mercado de capitales «o se está dentro y se gana mucho dinero, o se está fuera y se es desvalijado»; que «en Brasil es muy sencillo vender a plazos, porque el consumidor no sabe nada de matemática financiera», etcétera. Por segunda vez, Brasil me reabsorbía y digería en su riqueza cultural, en su humor, en su ironía y en su desesperación. En Suiza, uno lucha desesperadamente para encajar; en Brasil, para no ser engullido.

Una de las personas que me ayudaron desde el principio fue Caio Graco, de la Brasileña. Yo había tenido una buena relación con su padre, Caio Prado Júnior, en París. Curiosamente, los militares sabían trabar buenas amistades. Caio editó mi libro sobre la historia económica de Brasil bajo el título *Formação do capitalismo dependente no Brasil* (formación del capitalismo dependiente en Brasil), que ya había sido editado en otros países; y luego publicó un libro teórico que yo había escrito en Portugal y que Samir Amin utilizaba en sus cursos: *Introdução teórica à crise: salários e lucros na divisão internacional de trabalho* (introducción teórica a la crisis: salarios y beneficios en la división internacional del trabajo).

Marx abordó el capitalismo de su época tomando como unidad de análisis la nación, en este caso, Inglaterra. Para los países en vías de desarrollo, esta perspectiva deformaba el análisis, ya que las determinaciones externas predominaban en la formación de las estructuras económicas y de las relaciones de producción. En cierto modo, al estar dominadas por las economías desarrolladas, las economías pobres se globalizaban antes

de tiempo. Analizar estas economías aplicando los esquemas de reproducción del capital a la *nación* para *luego* aumentar los intercambios externos, supondría un error teórico. Por tanto, a partir de una serie de formas de presentación de los esquemas de reproducción del capital, volví a calcular cómo serían las ecuaciones si los intercambios internacionales fueran incluidos en esos esquemas. La lógica quedó clara: por ejemplo, Brasil podía mantener la esclavitud a finales del siglo xix y mantener a los trabajadores sumidos en la miseria, porque los necesitaba como productores, no como consumidores, en la medida en que el ciclo de comercialización se daba a través del intercambio de productos ingleses. Como lo que Brasil importaba a cambio de sus exportaciones eran productos de lujo y bienes de producción – ambos bienes de consumo de la clase dominante – prescindiendo así de la capacidad de consumo popular, se mantenía la coherencia de un sistema bastante productivo a la vez que concentrador de renta.

De esta manera, no era necesario inventar ningún medio de producción colonial o de otra clase para explicar lo que, sencillamente, era un subsistema diferente de acumulación capitalista, cuya lógica no se agotaba en el ámbito nacional, sino que se mantenía debido a su complementariedad con el sistema dominante. El mecanismo de reproducción del capital sustentaba lo que sería denominado «teoría de la dependencia». Por mi parte, el estudio era una prolongación de mi tesis doctoral y me permitía avanzar en el campo teórico de la internacionalización del capital, imprescindible para comprender el proceso de globalización en gestación.

El libro no suscitó demasiado entusiasmo. Frente a esta labor relativamente compleja, Caio Graco me dijo que si yo no conseguía expresar en cincuenta páginas lo que quería decir, era mejor olvidarlo. Por entonces estaba publicando la colección «Primeros Pasos», que tanto éxito tendría. Acepté el desafío y empecé a traducir al portugués lo que había escrito en *economês* (lenguaje técnico, pesado y extraño de algunos economistas). Descubrí que no era una gran complicación. Decir que Brasil tiene un coeficiente de Gini del 0,63%, cosa que nadie entiende aparte de media cantando las alabanzas a los mecanismos de mercado y seguirá diciendo que los males vienen del Estado.

Guinea-Bissau podría negarse: pero es difícil rechazar un presente que generará empleo, sobre todo cuando grupos internos, por interés propio, declaran que es interesante. ¿Es suficiente presentar cálculos de costes y beneficios en reuniones políticas? En este caso, la operación fue suspendida porque el Ministerio de Relaciones

Exteriores de Holanda lo mandó investigar y, con el apoyo de Vasco Cabral, abortó la operación. Pero decenas de otras funcionaron, algunas con intermediarios brasileños, desarticulando así la economía del país. Como en el caso de otros países pobres, se compra aquello que los ricos están dispuestos a financiar, y no aquello que el país necesita. La dependencia genera dependencia, la pobreza genera pobreza.

Nicaragua, Nicaraguíta

En 1986, el Gobierno de Nicaragua me invitó a asumir un proyecto de las Naciones Unidas semejante al que había dirigido en Guinea-Bissau, sólo que más amplio, de apoyo a la estructuración de mecanismos de planificación y regulación económica. Así, regresaba a las Naciones Unidas, pero en un contexto que me gustaba más. Volvimos a hacer maletas. Aparte de un Alexandre adolescente, iban con nosotros André, Bruno y Sofia. Salvo Alexandre, que era un poco más moreno, todos eran desesperadamente rubios.

Quien haya estado en Nicaragua sabe qué es un choque cultural. Pueblo alegre, valeroso, innovador, agitado, surrealista, no hay adjetivo intenso que no encaje con él. Mientras esperaba una maleta perdida en el aeropuerto, un niño hablaba conmigo de Brasil, lleno de curiosidad. Cuanto yo decía lo dejaba espantado: «*Ala...*», exclamaba. Me llevó pocos días entender que no se trataba de una expresión religiosa, sino una abreviación del comentario preferido por los «nिकास» ante cualquier cosa sorprendente: «A la gran puta...».

La Secretaría de Planificación y Presupuesto estaba vinculada a la presidencia, y me concentré en lo más útil que sabe hacer un asesor en planificación: organizar información y formar personal. Ambos dan resultados permanentes, ya que mejoran la capacidad propia de decisión de los cuadros locales. Tuve que hacer una profunda inmersión en la informática, ya que no era cosa de mi época. Sentirse analfabeto es una sensación extraña cuando se roza la cincuentena. Me espantaba el potencial de las nuevas herramientas, que para un economista iban a ser como un Ferrari para otros. Poder trabajar, acumular, articular e intercambiar cualquier información de las más diversas formas, y casi de manera instantánea, ya era en la época del XT un fenómeno de claras dimensiones revolucionarias. Aunque para mí lo más evidente era la prodigiosa aceleración de la historia que se estaba generalizando, y la emergencia gradual de la sociedad del conocimiento.

Fueron dos años útiles e inútiles. Me entusiasmaba con la electrificación de una región aislada, para ver al día siguiente las mismas instalaciones destruidas por los *contras* que operaban desde Honduras con hombres equipados con los últimos artilugios militares. Vestidos como marcianos, recibían información detallada sobre cada objetivo desde los sofisticadísimos aviones de observación a gran altitud de los norteamericanos y, protegidos en campamentos al otro lado de la frontera, eran difíciles de contener. Además, las bases eran auténticos hipermercados militares, donde no faltaban equipamiento, burdeles, ocio y, evidentemente, salarios que eran financiados – luego se sabría – con tráfico de drogas, como en Vietnam. La democracia del más fuerte siempre es más democrática. El adelanto tecnológico, sin el correspondiente adelanto de la civilización, sólo representa la capacidad de reproducir tragedias de un modo más eficiente, y de hacer tonterías a mayor escala.

Recibí la visita de un grupo de humanistas norteamericanos que estaban indignados con que el Gobierno nicaragüense estuviera rechazando ayuda médica, dadas las grandes necesidades del país y la miseria del pueblo. Los americanos son realmente fantásticos. Bombardean, matan y hieren, y a continuación envían esparadrapo y medicamentos. Y se exasperan cuando los heridos los miran con irritación.

En realidad, era un juego de sombras, una suerte de *Adiós a mi concubina*. Formalmente, los americanos no existían, decían que el Gobierno nicaragüense tenía que reclamar a los *contras*, básicamente antiguos asesinos de Somoza. El Gobierno respondía que no quería hablar con los payasos, sino con el dueño del circo, en este caso: el Gobierno americano. Y así, nadie hablaba con nadie. En este contexto, el esfuerzo del desarrollo económico se volvía algo folclórico, ya que el propio ahorro del que el país fuera capaz, a duras penas, iría a parar al esfuerzo militar. Y una economía es absolutamente indefendible cuando algunos miles de profesionales armados con explosivos y los medios de comunicación más modernos pueden destruir cuanto quieran y cuando quieran, y refugiarse al otro lado de la frontera. Y si el ejército les persiguiera, sería un negocio redondo: los nicaragüenses estarían invadiendo otro país. Había alternativas, como el sistema de desarrollo totalmente descentralizado y sumamente participativo que se instauró en la región de Estelí. El Banco Nacional de Desarrollo, por ejemplo, en vez de conceder créditos a través de burocracias lejanas desde la capital, creó consejos municipales de crédito, donde pequeños y grandes propietarios, diversos actores sociales, decidían sobre la optimización de los recursos. Si un agricultor recibía dinero para comprar ganado y luego lo usaba para especular

con divisas, en la siguiente reunión alguien comentaría: «¿Dónde está el ganado? No lo he visto por el pueblo». EL conocimiento directo de las situaciones constituye un poderoso elemento de gestión simple y flexible, pero exige que las decisiones se tomen cerca de la población interesada, en la esfera de la administración local.

En cierto modo, no basta con estudiar qué decisiones son las más adecuadas. Cada vez es más necesario definir *quién* toma las decisiones. Dando un giro completo, la economía política vista desde esta óptica nos vuelve a remitir a la *economía institucional* que tanto éxito tuvo en la década de 1950 y que luego fue abandonada por una visión simplista empresarial en la que todo vale. Más tarde, durante una visita a China, confirmaría que un sector público relativamente amplio puede gestionarse de manera mucho más descentralizada por parte de los municipios, lo cual permite un control directo de los ciudadanos y una combinación del interés público con la flexibilidad y eficiencia de la gestión, al contrario que el sistema centralizado y burocrático de la Unión Soviética.

En conjunto, los dirigentes sandinistas creían que eran los dueños del poder y, desde arriba, hacían lo que podía ser bueno para el pueblo. Y el pueblo quedaba abajo, naturalmente. No se puede generalizar, y una serie de líderes trabajaban para conseguir una democratización efectiva. Por poner un ejemplo negativo en la agricultura, un tal Jaime Wheelock creía que ésta sólo existe de mil hectáreas para arriba y que los campesinos sólo tenían que obedecer. En realidad, ni siquiera había espacio político para definir una estrategia coherente de desarrollo. La presión constante de la guerra reforzaba la centralización de las decisiones y, en consecuencia, desarticulaba el sistema. Esto permitía a los enemigos declarar que el Gobierno era incompetente. En dos años de paz, tras tomar el poder, los sandinistas habían reducido el analfabetismo de un 60% a un 20%. Todo esto se perdería, los rumbos serían determinados por la guerra fría y por los intereses internacionales, y no por las prosaicas necesidades de la población.

La cuestión de las condiciones políticas e institucionales del desarrollo económico se convirtió en el centro de mis preocupaciones. Las economías de mercado vecinas, como por ejemplo Honduras o Guatemala, eran y siguen siendo un caos. En Nicaragua, el Estado gestionaba salones de belleza, porque habían sido de Somoza, y los bienes de Somoza habían sido estabilizados. ¿Un sistema es más socialista porque los salones de belleza están en manos del Estado? Entendía cada vez más que las

simplificaciones ideológicas no funcionaban y que los subsistemas que conforman la economía se habían diferenciado demasiado para poder aplicar políticas lineales no diferenciadas, ya fueran liberales o estadistas. Atrás quedaba la época en que la sociedad estaba dividida en proletariado, campesinado y burguesía, en que los problemas eran de ámbito nacional, y en que todo se resumía con la lucha de clases. Había que buscar otros modelos.

Antes de salir de Managua visité a una persona amiga, Henry Meyer, representante de las Naciones Unidas en Nicaragua y un holandés humanista y muy culto, hoy fallecido. Mientras conversábamos, estaba hojeando uno de esos bellísimos libros americanos de turismo con muchas fotos de lagos y montañas. Le mostré una foto que ocupaba toda la página: barquitos de velas blancas en medio de un lago, niños que iban pacíficamente en bicicleta por la orilla y la inevitable iglesia al fondo. Y nosotros, en Nicaragua, contabilizábamos a diario los muertos, los enfermos y los dramas políticos. Ambos llegamos a la misma reflexión por el fuerte contraste: ¿Cómo personas que vivían en este ambiente en Estados Unidos podrían entender o imaginar lo que es el subdesarrollo, la favela Rocinha en Río o el barrio de Heliópolis en São Paulo?

Generaciones

Fui a visitar a mi padre a Maranhão. En 1964, mientras yo me peleaba con las embajadas en Israel, él se cansó de las jerarquías desconfiadas del mundo empresarial, mandó a la mierda en público a un director presidente y, con la indemnización, se compró un barquito para dedicarse a viajar durante dos años por los ríos de la Amazonia. Tenía 64 años y descubrió un nuevo mundo. Se compró una casita a orillas del río Tocantins en un pueblo de 30 casas sin electricidad, ni teléfono ni autoridad, al que se accedía a través del agua. La casa le costó 450 dólares. Aquello es otro planeta. Descubrió que las personas morían de cualquier cosa, movilizó a sus viejos amigos de Europa, recibió medicamentos, consiguió una autorización de practicante de medicina y se puso a tratar a sus vecinos. Al poco tiempo, ya había más de mil familias catastradas. Un ingeniero es un ingeniero. Dejó de morir gente en la región. Cada seis meses, los niños recibían un vermífugo polivalente: para qué hacer análisis, decía, si aquí todo el mundo tiene lombrices...

Se entusiasmó con la labor y facilitó la ruta a las empresas interesadas en invertir en la

región. Al poco tiempo llegó una tropa para desarmar a los campesinos para llevarse escopetas y machetes. Los campesinos ya sabían que luego vendrían a expulsarlos. Un vecino mató aun sargento, huyó y jamás volvió a aparecer. Los soldados volvieron, tomaron a su hija, la maltrataron y la mataron. Lo esencial era enseñarles quién mandaba. Mi padre pasó años intentando convencer a la madre de que denunciara el crimen, pero ella simplemente decía que no quería arriesgar la vida de sus otros hijos. Mi viejo padre compró material, cartografió la región, delimitó las posesiones, y acompañó a los habitantes en masa a inscribirse en el registro y salvar así el campo. Mi padre se convirtió definitivamente en el gurú, aunque en un gurú del fin del mundo.

Una noche me llamaron para una reunión de la comunidad local. Una monjita delgada explicaba la Biblia. Uno de los pocos alfabetizados leyó la parte en que José, en Egipto, dio muestra de ser un buen administrador cuando los campesinos perdieron la cosecha y pidieron grano al Faraón; José abrió los graneros, pero a cambio del ganado de los campesinos; el segundo año de mala cosecha hizo lo mismo, pero a cambio de tierras, y el tercer año, a cambio de los propios campesinos. Seguramente me equivoco en el orden y el contenido de los cambios, pero lo fundamental es lo siguiente: los campesinos lo perdieron todo, el Faraón se hizo más rico y José se convirtió en un gran político. Con su voz mansa, la monja contaba que la Biblia era un espejo y que en este espejo del pasado teníamos que aprender a leer el presente. Los campesinos del pueblo no se hicieron de rogar: uno por uno empezaron a hablar de cómo habían sido expulsados de sus tierras, de cómo los hacendados habían quemado sus campos. Al día siguiente, río Tocantins abajo, en medio del silencio y la tranquilidad de la madrugada – había agotado mi tiempo y tenía que volver a São Paulo – pensé para mí: esto no sale en los periódicos y, aun así, miles de personas en el país realizan este trabajo de hormigas, enseñando derechos humanos, dignidad, generando un fondo de conciencia donde el día de mañana puedan brotar cambios más profundos.

Quedé impresionado con mi padre. Primero porque él siempre había tenido posiciones relativamente cuadradas en términos políticos, y había apoyado el golpe militar por creer que iba a acabar con la corrupción. Había dado un claro viraje político: al vivir con personas pobres, había descubierto cómo era el mundo visto desde abajo. Algo sabía ya de este viraje, porque había escrito cartas a mi madre, que estaba en Polonia, explicándole su nueva forma de entender las cosas. Me parece algo admirable que un hombre de 60 años revise a fondo sus valores, reconstruya su visión del mundo. Y esto demuestra hasta qué punto nuestras posturas políticas, que pueden

parecemos tan obvias y racionales, están influidas por el lugar que ocupamos en el mundo.

También me impresionó la capacidad de mandar a hacer puñetas a esta edad las comodidades y distinciones propias de un señor ingeniero para reconstruir una vida útil a partir de cero, una nueva vida que duraría casi treinta años. En la ciudad, habría sido un jubilado en una sala de espera. En Maranhão, ni siquiera conseguía gastarse la escasa pensión; trabajaba, ayudaba, vivía. Y no es que fuera un sacrificio. Al contrario, vivía a orillas de un río maravilloso, pescaba cuando quería, y delante de su casa no pasaban coches ruidosos ni personas irritadas, sino garzas paletas. Más que nunca, tomé conciencia de la idiotez de nuestra carrera desesperada por comprar cosas inútiles, mientras desperdiciamos el único recurso no renovable: el tiempo.

Murió a los 92 años, vivió la vida con sobremesa incluida, aunque fuera sin helado ni televisión. El último año de vida se trasladó a Imperatriz; estaba muy flaco. Era bueno contando historias y se sentaba en un banquito delante de casa a leer el destino de las muchachas en sus manos. No hay mujer que se resista a que alguien le lea el futuro. Y no hay hombres serios, ni siquiera en edad avanzada.

Mi viejo padre falleció, y también falleció mi madre, en Polonia, unos años antes. Me habrá llevado unos cincuenta años descubrir hasta qué punto son profundas nuestras raíces. No es necesario ser oriental ni creer en la reencarnación para entender la fuerza de la continuidad de la vida.

Poder local

Apenas había desembarcado en Nicaragua, la nueva alcaldesa Luisa Erundina me invitó a dirigir las relaciones exteriores de la alcaldía y, luego, de la Secretaría de Negocios Extraordinarios. La impresión dominante es la siguiente: una gigantesca máquina burocrática de más de cien mil funcionarios, heredada de los tiempos de la dictadura, y recuperada para administrar privilegios y corrupción. De repente, una mujer indiscutiblemente digna, honesta y batalladora intentaba invertir el sentido de la máquina para que sirviera a la ciudad. Era más que un desafío. Para mí, fueron cuatro años de aprendizaje sistemático sobre cómo se organiza el drama de los transportes, de la basura, del agua, de la habitación, de la salud, de la educación y demás en un espacio como São Paulo. Porque la gente trabaja, pero no para aprender.

En la actualidad, en São Paulo hay 30 muertos al día, un millón de personas viven en

favelas y más de dos millones en *cortiços* (literalmente «colmenas», viviendas colectivas de las clases pobres en Brasil). La contaminación de las aguas, que un día no serán indispensables, es generalizada. Cerca de doce mil toneladas de basura al día se depositan sin medida ni orden, sin que nadie se preocupe por las filtraciones de grasa en las capas freáticas. Son cerca de cinco millones de automóviles en una ciudad que ha conseguido paralizarse... por un exceso de medios de transporte. El metro, clara solución a largo plazo para ciudades de este calibre, ostenta sus ridículos 40 kilómetros.

Además, existe una gigantesca cuenca de 30 por 50 kilómetros, dos tercios de los cuales están impermeabilizados, porque a nadie se le ha ocurrido asegurar que el suelo sea lo bastante permeable, como hacen otras ciudades del mundo. Diez millones de personas miran con pasividad durante cada verano las casi constantes crecientes, sentadas con paciencia en los coches parados; coches que, por otra parte, están hechos para correr a más de 150 kilómetros por hora. Así es el mayor centro económico de América Latina, administrado por el eterno triángulo de concesionarias de obras públicas, especuladores inmobiliarios y políticos corruptos en un negocio inmobiliario que permite financiar ampliamente las campañas políticas que reproducen el sistema. El discurso, naturalmente, rebosa democracia y progreso.

La gente apenas se percataba de lo importantes que son las relaciones internacionales para una ciudad. Shanghai, donde estuve para discutir estrategias para tratar grandes metrópolis, tenía en 1992 cerca de 140 técnicos en su departamento de relaciones internacionales. Las ciudades de Osaka en Japón, o Toronto en Canadá, por mencionar algunas, tienen una intensa actividad internacional. No es algo secundario que consista en un intercambio de la «llave de la ciudad» o otras satisfacciones diplomáticas. En la relación directa entre ciudades concretas es donde se teje el sistema de intercambios de nivel horizontal que caracteriza la evolución gradual del mundo de los sistemas verticales de pirámides autoritarias para el sistema de redes horizontales interactivas. Porque existen nuevas tecnologías que han revolucionado las comunicaciones y porque el mundo ha dejado de estar compuesto por poblaciones rurales dispersas para volverse urbano. Hoy, el alcalde de cualquier ciudad tiene equipos técnicos que viajan a diversas partes del mundo para ver quién está resolviendo, y de qué modo, problemas de polución, de criminalidad, de transporte, de organización de la salud, entre muchos otros.

Los desafíos son semejantes, y es preciso aprender a aprender con los demás en vez de reinventar la rueda. La profunda desinformación brasileña sobre políticas municipales modernas da lugar a visiones como que el transporte se resuelve abriendo túneles y construyendo viaductos para automóviles particulares, o que la criminalidad se reduce comprando más armas y medios de transporte. De algún modo, se trata de reconstruir las implicaciones en términos de gestión de políticas económicas y sociales, de las revoluciones tecnológica y demográfica que están cambiando el planeta. Cada vez estaba más convencido de que en esta reconstrucción, el municipio, el poder local, tiene un papel fundamental que desempeñar.

Estaba madurando mi visión de la función estratégica de las políticas y las instituciones situadas a un nivel en el que las poblaciones pueden tener un control efectivo de los procesos. Claro que esto es una posibilidad y no una garantía. Pero los muchos años que había pasado ayudando a organizar sistemas centrales de planificación y regulación económicas en varios países me hicieron entender hasta qué punto las estructuras centrales de gobierno, si no existe un «ancla» de poderes locales sólidamente organizado que presione mediante resultados y exija una adaptación a sus necesidades, pasan a ser dominadas por un absurdo carnaval de presiones de concesionarias de obras públicas, grupos de corrupción organizados, cribas de banqueros, subsidios de los patronos de las fábricas de azúcar y otras consabidas manifestaciones. En cierta manera, el gobierno central no se equilibra desde dentro; necesita un contrapeso externo.

En otros términos, el concepto de división del poder en ejecutivo, legislativo y judicial ya no es suficiente: necesitamos una base política de sociedad civil organizada en torno a espacios locales, que es, al fin y al cabo, donde la población vive y donde puede comprobar si está o no está habiendo un progreso real en la calidad de vida. En una misión a Costa Rica para las Naciones Unidas comprobé que allí los municipios deciden sobre el uso de sólo un 5% de los recursos públicos. Analizando el sistema de administración en Suecia, comprobé que esta proporción es de un 72%. Dicho de otro modo, no es que Suecia tenga menos Estado, sino que éste funciona esencialmente desde la base, con el control directo de la población. Y como las necesidades básicas de la población son de ámbito local, como la escuela, el médico de familia, el transporte, el pan y la leche, la seguridad, entre otras tantas cosas, la cuestión era sencillamente levantar la pirámide en la cual la población tuviera un peso determinante sobre las decisiones económicas.

La experiencia de una gestión progresista en São Paulo me hizo ver de forma mucho más clara el gigantesco potencial de las formas descentralizadas de la administración pública. Pero este tipo de cambios, claro está, no se realizan en cuatro años y sólo en una alcaldía. Hoy, en Brasil, este proceso progresa sistemáticamente, en particular en Rio Grande do Sul, aunque predomine de largo el sistema tradicional de corrupción que constituyen las concesionarias de obras públicas, los políticos desaprensivos, los especuladores inmobiliarios, los medios de comunicación y los segmentos corruptos del poder judicial.

Las alternativas más sólidas de gestión local para recuperar el equilibrio social y la eficiencia en la gestión han surgido, en general, en administraciones de izquierda o centro-izquierda. Esto no es de extrañar. Desde su visión estadista tradicional, la izquierda vio derrumbarse su universo de manera generalizada y está reconstruyendo visiones mucho más avanzadas que la derecha, que sigue estando cautiva en sus esquemas de corrupción y atraso, y sigue repitiendo una fórmula que podría resumirse en la fórmula del antiestatalismo. A menudo, los éxitos en el área progresista han llevado a la derecha a unirse para bloquear las tentativas. Pero esto forma parte del juego. Lo importante es que a través del trabajo paciente de miles de personas, de organizaciones de la sociedad civil y de un número creciente de empresarios que buscan una visión renovada, está emergiendo, de manera gradual, una visión de gestión profundamente renovadora. En la actualidad, ya hay cientos de tentativas de este tipo en curso en Brasil, a pesar de la centralización ampliamente dominante todavía.

La era de la globalización

La perplejidad es creciente. No en los países dominantes, ni mucho menos en las grandes empresas norteamericanas donde impera la gigantesca simplificación de la maximización del lucro y donde la ética de las relaciones internacionales se resume en la expresión que tanto circula hoy en día aunque en privado: *We're the best, fuck the rest.*

Sin embargo, *the rest* existe. Y es la cuarta o quinta parte de la población mundial. Fui invitado a realizar una serie de consultorías en Sudáfrica, que emerge gradualmente de la noche oscurantista en que fue inmersa, no por sectores de la población «atrasados y mal

formados», sino por blancos ricos con toda clase de diplomas. Este hecho es, en sí, importante. Estamos tan cegados por el respeto a la competencia técnica, que nos olvidamos

de los principios a los que debe servir esta competencia. Esta dimensión se salva en que sustenta la inmensa estatura humana de Nelson Mándela! frente a los poderosos millonarios buscadores de oro y diamantes, a los De Beers y a otros vendedores de la riqueza y del trabajo ajenos. No hay competencia que valga si los objetivos son estúpidos.

En la actualidad, Sudáfrica está buscando caminos para rescatar la capacidad de gobierno, frente a dos poderosas corrientes de cambio: interno del *Apartheid* hacia la democracia; y el externo, con la apertura y globalización de la economía. ¿Cómo reconstruir los pactos internos de una sociedad cuando todas las prioridades apuntan a la credibilidad y a la confiabilidad externa? No es fácil decir a la población que espere. Con un 13% de la población blanca que se aproxima al 54% de renta de las familias, la situación es casi idéntica a la de Brasil, donde el 10% de las familias más ricas se apropian del 51% de la renta.

El dilema no es complicado. El pueblo exige condiciones sociales y económicas elementales, empleo, condiciones de supervivencia. Los grandes grupos transnacionales que definen la credibilidad exigen «seriedad», o sea, respeto a los lucros, concentración de la renta, libertad de exportar los capitales. Si no les garantizamos todos los privilegios, se irritan y se marchan, dejando al país en la crisis que surge con el cambio. Y si garantizamos sus privilegios, concentran la renta y agravan la crisis política y social. Si nuestro instrumento de desarrollo, en el caso de la gran empresa es, por una parte, pernicioso y, por la otra, inútil, simplemente necesitamos replantearnos hasta qué punto éste debe ser nuestro instrumento de desarrollo. La visión simplista de atraer capitales para desarrollar un país o una región no se sustenta. La dinámica principal debe ser interna y con miras a los intereses directos de la propia población.

Sudáfrica, con una renta per cápita del orden de 3.000 dólares es, de lejos, el país más rico de la región. Con 41 millones de habitantes y un territorio de 1,2 millones de kilómetros cuadrados, es un país grande según cualquier criterio internacional. Concentra el 40% de las reservas mundiales de oro, el 88% de platino, el 83% de manganeso, cromo y vanadio, aparte de estar entre el segundo y tercer lugar del mundo en yacimientos de carbón, diamantes, amianto, níquel, flúor, titanio, uranio y zinc. El país produce el 50% de la electricidad del continente y dispone del 45% de las calles asfaltadas de éste. Por tanto, el peso económico en la región es inmenso. ¿No constituye esto un triunfo de negociación

internacional?

Protegida durante décadas por el propio *Apartheid*, Sudáfrica creó un parque industrial de grandes dimensiones, bastante parecido al de Brasil, pero con una productividad relativamente baja y basada en salarios bajísimos. Hoy, al tener que hacer frente a los productos asiáticos a bajo precio y a la recuperación de la deuda social de una población no blanca que se ha cansado de esperar y exige salarios y ventajas sociales, el mundo económico de Sudáfrica ha descubierto que no basta con hacer crecer el pastel. El problema se agrava con la dinámica rural, pues sólo un 12% de las tierras están cultivadas, y las grandes propiedades de blancos viven de enormes subsidios, por lo que su viabilidad está amenazada.

El país evita el modelo mágico de la privatización. Según el *White Paper* de la presidencia sobre la reforma de los servicios públicos,

«el Gobierno es más que consciente de que en algunos países [la privatización] tuvo efectos adversos que se reflejaron en un declive de la calidad de los servicios, peores condiciones de empleo para los funcionarios, un desempleo creciente y una marginación creciente de los grupos más frágiles. El movimiento para un servicio público más sobrio y eficiente en costes en Sudáfrica se basará por tanto, no en la privatización, sino en la creación de asociaciones efectivas entre Gobierno, trabajo, empresas y la sociedad civil, y la construcción de elevados niveles de participación de las comunidades en la prestación local de servicios».

La dinámica aparece con claridad en el funcionamiento del principal foro de negociación de consensos, el *National Economic Development and Labor Council*, Nedlac. El Consejo reúne a las personas más importantes del movimiento sindical, de las empresas, de las finanzas y del movimiento comunitario para discutir soluciones concretas a problemas clave del país. Llegados a un acuerdo y a un compromiso formales por parte de los actores que mueven la máquina económica y social del país, las decisiones se envían al congreso para asegurar la legislación correspondiente.

En cierta manera, en vez de hacer política a través de terceros, las decisiones se toman directamente con los interesados, y los políticos, cuya función es legislar, legislan. Esta visión también se adopta para el conjunto de los gobiernos de las nueve

provincias y de los municipios, apuntando a una filosofía de gobierno donde ya se ha superado el tradicional dilema privatizar/estatizar que está en el centro de las discusiones en otros países y, en vez de esto, se han buscado mecanismos flexibles y participativos de negociación en los distintos ámbitos de la administración pública. Lo que el Gobierno está haciendo, en realidad, es enriquecer el tejido de control de la sociedad civil sobre el Estado y la misma zona económica, yendo más allá de la absurda alternativa que se nos ofrece de ser controlados por monopolios públicos o cárteles privados.

¿Es esto un triunfo? En esta área no existen garantías, y, en realidad, lo esencial, incluso para entender las dinámicas de Brasil, es tomar conciencia del margen de maniobra extremadamente estrecho que se da a los países en vías de desarrollo, presionados internamente por las poblaciones expoliadas y cada vez más conscientes, y externamente por las recomendaciones de la llamada comunidad financiera internacional. Venezuela estalló el lado de la presión popular. México se colapso por la insatisfacción de la comunidad financiera, que retiró los capitales y llevó el país a la quiebra. Brasil apunta al fin de la inflación como gran adelanto para la población, que era la más penalizada, y gana tiempo mientras agrava tanto la deuda externa como la interna. Otros van a la deriva por completo, como la mayor parte del África subsahariana, o se refugian en el inmovilismo religioso, como numerosos países islámicos.

En conjunto, entramos en el nuevo milenio sin el único mecanismo serio de apoyo al desarrollo del mundo pobre, de la cuarta o quinta parte de la población del planeta. Las tragedias que se avecinan son evidentes.

Sorprende ver cómo se ha conseguido que Brasil se cierre a lo que ocurre en el resto del mundo. Los dramáticos cambios de Sudáfrica, de suma importancia para el futuro de los países en vías de desarrollo, sencillamente no aparecen en los telediarios, a no ser que se trate de una noticia como el problema de relación entre Mándela y Winnie. Esto sí que es importante.

Cada caso es particular. En una ocasión se me invitó a opinar sobre las transformaciones de la estructura gubernamental de Mongolia. No está cerca de mi país. De Brasil se va hasta Johannesburgo (Sudáfrica), desde allí hay un día más de vuelo hasta Bangkok, en la remota Tailandia, y luego hasta Hong Kong, al sur de China, y por último a Pekín. El siguiente avión pasa por el interior de China, deja atrás la Gran

Muralla, y tras unas horas más, a través de la ventanilla aparecen las inmensas llanuras del desierto del Gobi, un horizonte perfecto de aire limpio como ya no se conoce en Occidente; vastas estepas sembradas de *iurtas*, las típicas y milenarias tiendas de Mongolia.

Las imágenes que acuden a la mente son los inevitables recuerdos de Gengis Khan, de los temibles caballeros que conquistaron uno de los mayores imperios que conoció el mundo. Y a medida que el avión desciende y se hacen más nítidos los rebaños de ovejas, las manadas de caballos, los valles de ríos anchos de aguas someras... se tiene la impresión de que allí se vive en un pasado que poco ha cambiado, algo que luego se confirma al ver los antiguos templos que sobresalen en la antigua capital, Ulaan Bator.

¿Cómo ha podido sobrevivir este espacio limpio, esta inmensidad de campos sin vallas ni placas de propiedad, perdido entre las estepas sin fin de Siberia al norte y los temibles desiertos al oeste de la China? ¿Cómo ha podido mantenerse intacta una nación de poco más de dos millones y medio de habitantes con una lengua, una cultura y unas costumbres únicas en el mundo, incrustada entre dos potencias de tanto peso militar, económico y cultural como Rusia y China?

Mongolia tiene un gobierno recién elegido y quiere descentralizar su sistema de gestión, con vistas a una apertura del país, de mecanismos de mercado. Ante esto me invade una sensación surrealista: hasta aquí ha llegado el formulario occidental, la simplificación que transforma los ideales humanos en una receta polivalente. ¿Cómo será la unión de este lugar del fin del mundo y sus tradiciones con los sistemas especulativos del casino financiero global?

Ulaan Bator refleja todo este surrealismo. Antes de ser sujeta a las simplificaciones de Occidente, la capital fue sujeta a las simplificaciones soviéticas. Las inmensas plazas del centro ostentan edificios colosales, réplicas macizas de los* edificios burocráticos rusos, un estilo pesado y plomizo que contrasta con la preciosa arquitectura de los templos tradicionales de colores variopintos y formas delicadas. A continuación, aparecen los nuevos edificios que simbolizan la entrada de Mongolia en la era global: inmensas construcciones de cadenas hoteleras occidentales, torres de decenas de plantas, tan angustiosas como los edificios burocráticos si bien de otro estilo. La realidad me pareció evidente: la arrogancia del comunismo ruso y del capitalismo global es idéntica, cada uno quiere dejar su huella definitiva sin pensar en adaptarse a las tradiciones, respetar la cultura o, cuando menos, integrarse en la pasmosa belleza natural del país.

Dentro de los hoteles se ve a los ruidosos saltamontes multinacionales con su pelo bien cortado, sus maletines negros de ejecutivo, en busca del lucro en esta nueva frontera: Mongolia es un país rico en oro, tungsteno, zinc, molibdeno y plata, y en él abundan valiosos tipos de maderas. A los gobernantes locales, cada vez más perplejos ante el ritmo de los acontecimientos y ante la invasión de empresas, les cuentan que la libertad de comercializar sus productos significa que el país es libre y, por tanto, democrático y moderno. Los americanos negocian el oro, los coreanos instalan modernos sistemas de telecomunicaciones, los japoneses los obsequian con automóviles lujosos. El grueso de la población, que vive en apartamentos modestos de otra era, o en las *iurtas* que rodean la ciudad, asiste a este cambio como espectador. Cautivos en una extraña mezcla de angustia y fascinación, como la mayoría del resto de habitantes del planeta, desempeñan con gestos inseguros los papeles que se les asignan, en un espectáculo cuyo sentido desconocen.

¿Qué sentido tiene globalizar Mongolia? Los grandes especuladores mundiales se los comerán con patatas fritas. Los bosques que flanquean los ríos cristalinos se convertirán en palillos. Tendrán presencia en nuestros supermercados: *Made in Mongolia*. Los niños dejarán de enfrentarse al frío al cabalgar por las estepas: serán felices, sentados en casa frente a la televisión viendo *Starski y Hutch*. O, si Brasil se impusiera en los acuerdos con Turner y Murdoch, viendo la telenovela *Selva de Pedra*. Y los historiadores mongoles comentarán: qué fácil es enfrentar a China y Rusia.

Canadá constituye realmente otra dimensión. Es innegable que sufre la presión del consumismo obsesivo del país vecino. Cuando mi madre visitó Canadá, en la década de 1960, asistió a la misa de la comunidad polaca de Toronto. Durante la misa, el padre pidió que todos rezasen por los compatriotas que sufrían bajo el comunismo en Polonia. Con la inoportunidad habitual, mi madre, que vivía en Polonia, interrumpió el sermón y explicó que iba a pedir en su parroquia de Varsovia que rezasen por los polacos que vivían en Canadá, que vivían la vida como si ésta se limitara al trayecto entre la entrada y la salida de un supermercado.

Sin embargo, la realidad es que Canadá ha mantenido una personalidad distinta y sumamente interesante. Es un caso en el que la globalización encuentra comunidades sólidamente estructuradas y una voluntad nacional que no permite que el país sea absorbido. Son cosas que pueden parecer nimias. En una visita a un supermercado de Toronto encontré una sala llena de libros. Me explicaron que se trataba de una sección

de la biblioteca municipal que funciona dentro del supermercado. La lógica es simple: cuando una persona va a hacer la compra, aprovecha para coger un libro para la semana y devuelve el de la semana anterior. En términos macroeconómicos, de facturación, no cabe duda de que el supermercado preferiría tener una sección de cremas de belleza. Pero, en términos de calidad de vida y de ciudadanía, tener esa facilidad para acceder a los libros, poder hojearlos con los niños y despertar en ellos el interés por la cultura, aumenta de forma indiscutible la productividad social.

La esencia del enfoque es que no se trata de *elegir* entre el supermercado o el libro, entre el interés económico o el interés social, sino de coordinarlos. Y, en numerosos países, la coordinación de estos intereses ya se ha incorporado a las prácticas habituales de gestión de la sociedad, en torno a conceptos como *asociaciones, fomento, gobierno, responsabilidad*.

En São Paulo, Paulo Maluf canceló el programa de reciclaje, porque no era interesante desde el punto de vista económico. El razonamiento es correcto desde un punto de vista microeconómico y alienta los argumentos de su compañero Roberto Campos: cuesta más el reciclaje doméstico que el valor de venta del producto reciclado. En cambio, en Canadá, una vez se ha extendido la actitud o la cultura de no desperdiciar, se confirmó que la basura orgánica que sobra es muy poca. El ayuntamiento de Toronto suministró contenedores de basura estandarizados y herméticos para este tipo de basuras. Como es poco y está cerrado, no provoca mal olor, lo que permitió pasar de recoger la basura cada día a hacerlo una vez por semana. Esto significa, evidentemente, una reducción radical de los costes de limpieza de la ciudad. El cambio cultural, y el correspondiente cambio en la forma de organización de las actividades, propician, de este modo, una gran mejora de la productividad social.

No hay ningún misterio en el proceso: la empresa privada puede desarrollar actividades que generan un producto vendible, como los zapatos. No obstante, cuando se trata de intereses difusos de la sociedad, de la limpieza de los ríos, de la belleza de las ciudades, de disponer del espacio verde esencial para que los niños jueguen, de organizar el binomio escuela-barrio, de la riqueza de la vida en los ríos y mares, no hay empresa que pueda «venderlo», a no ser, por ejemplo, que se cerque una región para generar monstruosas urbanizaciones, guetos de riqueza que preparen nuevos dramas para el futuro. En términos económicos, la dinámica es poderosa: la idea es reducir la disponibilidad de los bienes libres, reducir la oferta, para transformarlos en

productos vendibles. Ya se trate de agua, de los peces del mar, de la tierra o de las playas, el mecanismo es el mismo: reducir la oferta para aumentar el valor. Es la antieconomía en el sentido más estricto de la palabra.

Una fuerte presencia del interés público y de la sociedad es esencial en este sentido. Es fácil decir que se trata de sociedades ricas, donde hay cultura y espacio para actividades de este tipo. Pero podemos invertir el razonamiento. La sociedad de Canadá es mucho menos rica que la de Estados Unidos, pero su calidad de vida es mucho mayor. Observándolo desde otra perspectiva cabe preguntarse si Canadá consigue fomentar este tipo de iniciativas porque es rico, o si consiguió ser rico al optar por vías más productivas socialmente. Es asombroso ver hasta qué punto la cultura del buen sentido económico y social, lo que podríamos llamar el *capital social*, genera economías y razonamientos en cadena: las escuelas abren por la noche y los fines de semana sus instalaciones deportivas para el vecindario, lo que aumenta la infraestructura de ocio disponible, y esto tiene una repercusión en términos de salud, control de las drogas y en otros muchos aspectos. La disponibilidad de ocio social evita en alguna medida, por ejemplo, el absurdo de que las familias ricas construyan sus propias piscinas, a las que no se da uso el 90% del tiempo y que suponen un gran coste y una productividad casi nula.

No se trata de dar ejemplos de una tendencia que ya se palpa en el plano internacional. Lo que esto implica, en cuanto a la mejora de la gestión social, es que el avance social no significa necesariamente destinar, por ley, una parte mayor de los recursos a la educación. Significa también incorporar en las decisiones empresariales, ministeriales, comunitarias e individuales, las diversas dimensiones y los efectos varios que cada acción puede tener en la calidad de vida. Aparte de ser un ámbito con sectores definidos como la salud la educación, la vivienda, el ocio, la cultura, la información o el deporte, lo social constituye también una forma de industria, una forma de concebir el desarrollo urbano, una forma de tratar los ríos, una forma de organizar el comercio.

En Brasil, se ha dado un primer paso más visible con el acuerdo entre Carrefour y el gobierno de Rio Grande do Sul, según el cual la gran superficie destinó parte de su espacio para pequeños comerciantes con el fin de evitar el consecuente desempleo, y está organizando parte de su abastecimiento con pequeños productores rurales. Esto ya no es una caridad empresarial, sino una buena concepción para conjugar objetivos económicos, ambientales y sociales. La empresa gana simpatía y prestigio, el político gana visibilidad, y la sociedad gana empleos y actividades económicas. Los únicos que

pierden son los posibles ideólogos con su obsesión por los modelos puros.

El concepto microeconómico *de productividad* sólo consigue demostrar su superioridad al aislar la repercusión en el beneficio de una unidad productiva del conjunto de *externalidades*, de la repercusión social generada. Por cada parque que cierra para abrir un supermercado o un aparcamiento obtenemos más beneficios en términos empresariales, y mayores perjuicios en términos económicos, por los costes adicionales generados para la sociedad, además de la pérdida de calidad de vida que ello supone, que, a fin de cuentas, es el principal objetivo.

La opción liberal centrada en el beneficio inmediato de la unidad empresarial no es sólo socialmente injusta, sino que es además económicamente estúpida. Es natural que una sociedad perpleja ante el ritmo de los cambios, asustada por el desempleo, angustiada por la violencia, busque soluciones simplificadas. La gran simplificación ideológica del liberalismo representa, en este sentido, el extremismo ideológico equivalente a las simplificaciones de la izquierda estatista. Con todo el peso de las herencias extremas del siglo xx, tenemos que aprender a construir sistemas más complejos, en los que la palabra clave no sea la opción, sino la organización.

Ciencia, vivencia y conciencia

Esta serie de relatos de vivencias forma parte del entramado de ideas, valores y sentimientos que van creando un mosaico oriental, una visión del mundo. Todos somos fruto de esta composición compleja de pequeñas partes diferenciadas, en las que cada pieza, por pequeña que sea, tiene un valor propio y diferente en la imagen mayor que compone. No hay manera de aislar un elemento de los demás.

La ruptura de esta unidad constituye probablemente lo más eficaz y trágico que hemos heredado del mundo anglosajón. David Korten, en su libro *El mundo postempresarial*, resume bien este dilema:

«Cuando una empresa moderna reúne el poder de la tecnología moderna y el poder de la gran masa de capital, reúne al mismo tiempo al científico, cuya percepción propia de responsabilidad moral se limita a hacer avanzar el conocimiento objetivo instrumental, y al ejecutivo empresarial, cuya percepción propia se limita a que la empresa obtenga el mayor beneficio posible. El resultado es un sistema donde el poder y la competencia técnica aparecen

desvinculados de la responsabilidad moral, en la que los valores instrumentales y financieros pisotean los valores de la vida y en el que lo práctico y lucrativo tiene prioridad sobre lo que es vital y responsable».

Se concede una personalidad jurídica a la empresa, como si fuera una persona de verdad con deseos y derechos, pero se le marca un único objetivo, obtener beneficios, pues esto denota eficacia, competencia, y por tanto valor moral. Hay un proceso mágico, e indiscutiblemente una buena dosis de charlatanería, en esta aproximación que no se resiste a una visión de conjunto. Al aislar artificialmente la técnica de la ética, ya no habrá límites para la actividad empresarial mientras obtenga beneficios, ni a lo que hacen sus gestores, ya que siempre están siguiendo las instrucciones de la empresa. Esta fantástica desvinculación entre la actividad económica y la responsabilidad moral permite hoy, por ejemplo, que una empresa venda armas en todo el planeta con la excusa de que produce buenos mecanismos que, por casualidad, disparan proyectiles. O que una financiera desarticule los ahorros acumulados de un país y explique que lo hacía para defender los intereses de sus inversores, cumpliendo, por tanto, con su obligación.

Naturalmente, en caso de que un país cliente no sea lo bastante consciente de sus necesidades de armamento habrá buenas propinas para convencerlo. Y, en el caso de las finanzas, si hay demasiada calma para obtener flujos acelerados y lucrativos de dinero, siempre habrá una manera de ayudar a crear cierta desestabilización. La ética empresarial adopta la filosofía profunda de la barrera en el fútbol: es esencial no avanzar demasiado y estar alineado con los demás. Esto a su vez permite esgrimir el argumento supremo: *lo hace todo el mundo*. La ética se vuelve difusa, se diluye en la amplitud de lo que se considera socialmente tolerable como conducta generalizada en un determinado medio social. Y a la persona preocupada por la seguridad, la solidaridad, el medio ambiente, se la presenta como una idealista, como una soñadora que no conoce las reglas del *mundo real*. En los mismos medios de comunicación dominantes que transmiten este mensaje, todos los días vemos entrevistas a ejecutivos y políticos que nos contemplan con una mirada de profundos conocedores de la sociedad realmente existente y nos proponen continuar con el bandolerismo.

¿Hasta dónde puede avanzar esta barrera? Se ha creado hasta un concepto para definir los límites: *plausible deniability*. Esto viene a decir que la empresa puede seguir con sus canalladas mientras la negación sea plausible. Es estimulante ver el

rostro angelical de un grupo de jugadores a tres metros de la pelota, mirando al árbitro como inocentes doncellas que no saben de qué va el juego. La diferencia con la economía es que se puede tratar, por ejemplo, de un medicamento cuyo incremento de precio impida que millones de personas accedan a él. La inocencia no existe, todos somos responsables de lo que ocurre.

En la primera parte de este breve libro hemos ido reuniendo vivencias, sugiriendo cómo éstas han ido moldeando una búsqueda de respuestas a través de instrumentos científicos y, cómo ambas, vivencia y ciencia, se han ido transformando en valores, sentimiento de culpa, responsabilidad, o indignación. Como profesores, no sólo somos matemáticos o geógrafos: somos seres humanos con toda su riqueza y todas sus flaquezas.

En la segunda parte, que comenzamos a continuación, intentamos hacer un ejercicio más vulnerable todavía, que consiste en organizar de forma más sistemática la visión del mundo que surge de esta mezcla de trabajo científico, indignación moral y vivencias acumuladas. Las tendencias no están del todo claras. En esta fase histórica de transformaciones dramáticas, el denominador común es probablemente la fragilidad de las previsiones. No obstante, vale la pena definir las macrotendencias que se evidencian e intentar atisbar en la niebla el nuevo mundo que estamos construyendo.

Parte II Mosaicos del futuro

«Nada ayuda tanto a la economía como un buen gobierno»

J.K. Galbraith

Nuevas dinámicas, nuevos conceptos

Hay momentos en que las innumerables facetas de la realidad y las teorías heredadas, realmente, no encajan. Nunca ha habido tanta polarización entre países dominantes y dependientes, una manipulación financiera y comercial tan absurda, y, al mismo tiempo, ya no nos sentimos satisfechos con la mera denuncia del imperialismo. La distancia creciente entre ricos y pobres está presente en todas partes, incluso en los países desarrollados, pero es como si los conceptos tradicionales basados en la lucha de clases se hubieran vuelto irreales. Todavía hablamos de capitalismo y de burguesía, pero cada vez más estudios, entre ellos los informes de la UNCTAD o los ejemplos que nos llegan desde los medios científicos conservadores, apuntan que no sólo los trabajadores, sino también los empresarios realmente productivos, que aportan valores reales a la sociedad, sufren cada vez más el expolio resultante de las dinámicas financieras globalizadas. En cierto modo, los conceptos tradicionales se han vuelto etéreos, no reflejan la realidad, ni arrojan luz sobre nuestra visión de las cosas.

Así, al tiempo que las razones para la preocupación y la denuncia ganan fuerza, los instrumentos para su análisis son cada vez más limitados. Seguramente, la solución no es claudicar, sino revisar los conceptos que deberían facilitarnos la comprensión de las dinámicas. La urgencia se hace aún mayor al ver que millones de personas en el mundo se están organizando de nuevas maneras, cada vez más alejadas de la visión del Estado tradicional o de la herencia liberal.

A mí, me resultó útil, como punto de partida, organizar los grandes ejes del cambio que se está produciendo. Estos cambios, que se reflejan en particular en la revolución tecnológica, en la globalización, en la dramática polarización entre ricos y pobres, en la urbanización generalizada del planeta y en la transformación de las relaciones y la organización del trabajo, plantean nuevos desafíos.

Todas estas tendencias llevan implícitas sus propias contradicciones. La tecnología avanza rápidamente mientras las instituciones correspondientes lo hacen a un ritmo

menor. Esta combinación es explosiva, ya que no conseguimos gestionar de forma responsable las tecnologías de repercusión planetaria que tenemos a nuestra disposición. La economía se globaliza, mientras que los sistemas de gobierno siguen siendo de ámbito nacional, lo que genera una pérdida general de gobernabilidad. La distancia entre pobres y ricos aumenta de forma dramática, mientras el planeta encoge y la urbanización une los polos opuestos de la sociedad, lo que conlleva una convivencia cada vez menos sostenible y violencia e inseguridad generalizada. Esta misma urbanización ha trasladado el espacio de gestión de nuestra vida cotidiana a la esfera local, mientras los sistemas de gobierno mantienen la lógica centralizada de la primera mitad del siglo xx. Finalmente, el mismo sistema que promueve la modernidad genera exclusión social, lo que transforma a la mayoría de la población en espectadores pasivos, cada vez más cansados de las nuevas tecnologías que llevan aparejadas nuevas amenazas, a la vez que se elude aportar soluciones a problemas fundamentales.

La conclusión que sacamos de estos cinco ejes contradictorios es que la humanidad necesita «coger las riendas» de su propio desarrollo y dotarse de instrumentos institucionales que permitan capitalizar realmente los avances científicos, en sí positivos para un desarrollo más humano.

Existe un cansancio generalizado de los «árboles de navidad» ideológicos, que por una parte nos prometen conseguir la tranquilidad social a través del control estatal y la planificación y, por otra, la prosperidad mediante la privatización y una especie de mano invisible. El resultado de la primera es un gigantesco entramado burocrático, mientras que la segunda nos ha llevado a la más dramática acumulación de injusticias sociales que haya conocido la humanidad y a un sentimiento de inseguridad permanente. Ya no hay vencedores ni vencidos, pues es la propia humanidad la derrotada. Se trata de buscar formas de gestión social que nos permitan afrontar realmente los problemas.

Observar con objetividad nuestras formas de organización y gobierno suele ser una cura de humildad. No hay muchas razones para tirar cohetes, ni aquí, ni en China, como dicen, pero tampoco en Rusia ni en Estados Unidos. Estoy convencido de que la nuestra no es una época de certidumbres, sino más bien de dudas, apertura, tolerancia y comprensión. También es fundamental abrir canales de comunicación entre las distintas ciencias sociales, entre las diferentes instituciones y entre los diversos actores sociales organizados. Por decirlo de forma marxista, las infraestructuras se están

transformando a un ritmo prodigioso. Somos nosotros, desde las superestructuras, los que nos estamos quedando atrás.

Decir que estamos confusos es cierto, aunque puede que no del todo. Los caminos son sin duda más complejos, pero los objetivos apuntan cada vez más claramente hacia una sociedad más humana, más solidaria, que no expoliese los pocos recursos naturales del planeta, y menos centrada en idiotizar de forma generalizada; proceso que lleva a las mujeres a rellenarse de silicona y a los hombres a hacerse los importantes con aire de ejecutivo. Una dosis mínima de realismo estimula nuestra humildad, aunque sólo sirva para poder reducir el número de niños que mueren de hambre en el planeta o asegurar una presencia familiar y comunitaria decente a nuestros hijos.

Michael Behe, el excelente autor de *La caja negra de Darwin*, emplea un lenguaje comedido al decir: «nosotros, los seres humanos, tendemos a tener una opinión bastante exaltada de nosotros mismos». En efecto, la modestia no es nuestro fuerte. Además, como individuos, tenemos una fuerte propensión a convencernos de que conocemos la *verace via*, un camino recto que los demás, por maldad o ignorancia, lamentablemente insisten en no reconocer.

Es bueno conocer el camino. Permite mirar al futuro con confianza y caminar ignorando los sacrificios que comporta. Esta confianza está siendo truncada por profundas transformaciones que nos dejan perplejos. Algunos, ante la inseguridad que se ha generado, se aferran más a las verdades eternas. Otros gritan más alto eslóganes antiguos con la esperanza de que se oigan mejor. Pero no escapamos a la necesidad de revisar la vías.

La *verace via* consistía en economías nacionales, centradas en la producción industrial y dirigidas por burguesías que habían agotado su papel histórico, que debían ceder su lugar a la nueva clase trabajadora que adoptaría el lema de la socialización de los medios de producción. La transformación se conseguiría a través del control del Estado. Considerar esta versión de la *diritta via* nos produce el mismo sentimiento que tenemos al mirar las fotos antiguas y amarillentas del álbum familiar. Una comparación fría con el mundo en que vivimos nos permite calibrar la dimensión del cambio de parámetros. La economía nacional es absorbida por el espacio global; la industria está perdiendo peso, día a día, frente a los nuevos tipos de actividades; las burguesías, en el sentido tradicional de propietarios de los medios de producción, son sustituidas por tecnócratas racionales e implacables, cuando no por especuladores completamente

ajenos a la realidad prosaica de productores y consumidores. La clase trabajadora se ha convertido en un universo extremadamente diverso en el marco de la nueva complejidad social y su concepción resiste, cada vez menos, las simplificaciones tradicionales. La socialización de los medios de producción ha cambiado de rumbo, el Estado busca nuevas funciones como organizador, no como sustituto, de las fuerzas sociales. Es necesario señalar que el cambio es cualitativo con toda la repercusión que esto tiene para nuestras visiones teóricas.

Otra *verace via* consistía en la especialización de cada nación en el área en la que tuviese ventajas comparativas y en el libre flujo de decisiones microeconómicas, guiadas por el mero interés personal. ¿Qué queda de las ventajas comparativas cuando 3.500 millones de habitantes de los países de renta baja suman un PIB de un billón de dólares, mientras el grupo de países ricos suma 17 billones, el 78% del PIB mundial, pese a albergar menos del 15% de la población del planeta? Las ventajas comparativas sólo podrían existir si el poder político y económico de los países pudiera equipararse de algún modo. Al mismo tiempo, las ventajas relativas que tienen determinados países son absorbidas de manera selectiva por megaempresas transnacionales que distribuyen su proceso productivo desviando la parte intensiva de mano de obra a países asiáticos, donde se pagan centavos a la hora, y la parte intensiva de ingeniería a Rusia, donde se puede contratar buena capacidad técnica por pocos cientos de dólares al mes, y así sucesivamente. A fin de que todos los países puedan conservar sus ventajas comparativas es necesario que los espacios económicos estén formados por naciones.

La lógica microeconómica no va mucho más allá. La idea consistía en que el panadero pusiera todo su interés en producir buen pan, barato y en cantidad, lo cual permitiría que ganara mucho dinero y la preocupación por sí mismo redundara en una abundancia de pan para todos. Así nació la visión utilitarista, que acabaría convirtiéndose en la única filosofía del llamado liberalismo. La visión del panadero y la creencia en la resolución automática de las tensiones macroeconómicas que resultan de millones de decisiones microeconómicas se vuelven ridículas en un planeta que se enfrenta a la repercusión de los gigantescos grupos transnacionales, a las poderosas redes de comercio de armas, a los monopolios de los medios de comunicación mundial, a la destrucción acelerada de la vida de los mares, al calentamiento global, a la acumulación de lluvias ácidas, a la especulación financiera globalizada, al comercio ilegal de drogas y órganos humanos, a la prostitución infantil y a tantas otras manifestaciones de un proceso económico que no podemos controlar. El capitalismo global realmente existente es una

novedad, y los conceptos para analizarlo todavía están en pañales. Aplicar a éste los antiguos conceptos de Smith o Ricardo y a estas alturas creer en el poder mágico de esa cosa tan compleja y diferenciada a la que abusivamente llamamos «mercado» vuelve a ser como mirar fotografías amarillentas.

No es de extrañar que tengamos dificultades para reflexionar, desde una nueva perspectiva, sobre el universo social. En primer lugar, porque los cambios han sido rápidos en términos históricos, e incluso veriginosos, pero se han producido de forma progresiva sin que haya habido un momento preciso de ruptura. Como consecuencia de esto, en cierto modo hemos ido «estirando» nuestros conceptos para abarcar una realidad cada vez más diferente. El *lumpen-proletariado* adquirió una forma más amplia en el concepto de *exclusión social*; el *proletariado* evolucionó hacia un concepto más general de *clases trabajadoras* y así sucesivamente. Llamar a «mercado» al sistema de poder organizado compuesto por unas quinientas ; empresas transnacionales, o a las operaciones entre empresas a precios administrativos que actualmente constituyen el 35% del comercio mundial es insostenible y da lugar a curiosos remiendos como *élmanaged market*. Cuando un niño crece, se pueden alargar las mangas de la camisa, pero llega un momento en que necesita una camisa nueva.

La dificultad radica también en que los objetivos de una sociedad justa y solidaria en un amplio mareo de libertad individual siguen siendo para nosotros motivaciones prioritarias. Asimismo, dudamos a la hora de emplear nuevos instrumentos de gestión social, cuando los antiguos para bien o para mal constituyen una trinchera razonable de resistencia contra la barbarie económica que, gradualmente, se instala, aunque esto no responda a nuestras necesidades de renovación. Nos aferramos a las soluciones simplificadoras de otras épocas, estatalización páranos, mercado para otros, no tanto por la creencia en el poder ilimitado de estos instrumentos como por la resistencia y temor frente a las transformaciones en curso.

Tal resistencia es natural: ninguna persona con cierta ética y cierto sentido común contempla con tranquilidad este nuevo mundo. La preocupación no es exclusiva de la izquierda. El empresario productivo propiamente] dicho – no el que controla los casinos globales – puede creer que está defendiendo la libertad de iniciativa, pero cada empresa que cierra o es adquirida por un inversor institucional le genera más dudas. Y cuando compara sus \ beneficios, resultado de esfuerzos y riesgos reales, con las fortunas que algunos especuladores ganan con el dinero de otros, incluso con

incentivos í garantizados por el gobierno en sus propios impuestos, comienza a cuestionarse, en su fuero interno, la propia lógica del sistema.

Sin duda, nuestra ambición alimenta aún más nuestras polarizaciones emocionales en torno al gran duelo entre la empresa y el Estado que caracterizó el siglo xx. Pero, en nuestra cabeza, surge cada vez más la idea de que necesitamos revisar nuestra visión. No se trata ya de una polarización izquierda-derecha que aflora en la preocupación y que Ignacio Ramonet también resumía en *Le Monde Diplomatique*: «En los diez próximos años, dos dinámicas contrarias probablemente desempeñarán un papel determinante. Por un lado, los intereses de las grandes empresas multinacionales con motivaciones financieras que se sirven de la tecnociencia exclusivamente con ánimo de lucro. Por otro, la aspiración ética de conseguir la responsabilidad y un desarrollo más justo que tenga en cuenta las exigencias del medio ambiente, indudablemente vitales para el futuro de la humanidad». El desarrollo social, el medio ambiente, la ética, el papel central de la cultura y otros conceptos afloran de manera confusa, pero poderosa, en esta nueva problemática del desarrollo humano. No sólo el voto de izquierda barrió del mapa a la mayoría de gobiernos conservadores de Europa. En este universo extremadamente confuso y amenazador, emerge la búsqueda de una sociedad más humana, de nuevos rumbos que ya no pertenecen a una clase determinada.

El proceso de análisis al que nos enfrentamos es complejo, pues la realidad avanza con extrema rapidez y los desafíos se renuevan cada día. Es un camino precario, repleto de inseguridades. Pero debemos seguirlo, pues nuestros tradicionales e inexpugnables bunkers intelectuales, con los que nos sentimos cómodos apuntalándolos con verdades definitivas, ya no se sostienen. La guerra ha alterado el rumbo o, como dijo Octavio Ianni, la política ha cambiado de sitio.

Por tanto, no se trata de plantear macroteoría alternativa, sino de poner sobre la mesa algunas de las nuevas cartas con las que tenemos que jugar. Se trata, claro está, de una tercera vía. Sin embargo, el concepto de *tercera vía* puede ser engañoso, pues parte de la premisa de que había dos vías. En realidad, el mundo está evolucionando hacia otros derroteros sin preocuparse demasiado por los conceptos simplificadores con los que el siglo xx pretendía contenerlo. Hoy es una tercera vía, mañana será una cuarta. La buena política es un proceso permanente de consulta democrática, llamado a construir realidades nuevas y no el final del recorrido.

Si hubiera un catecismo de la economía sería más sencillo, aunque, para ser sinceros, nunca entendí bien el catecismo al que se me sometió en la infancia. Sugiero al

lector que contemple las notas que siguen, no como reglas simplificadas, sino como puntos de referencia. Francamente, no son tan complicadas vistas así, y forman parte del radio de acción de todos nosotros.

Del gran reloj a la sociedad compleja

Una cosa es esperar que llegue un genio teórico que ponga las cosas en orden; algo distinto es preguntarse si existe un orden en las cosas. En otras palabras, ¿existe realmente un mecanismo globalmente inteligible o somos únicamente este entramado de intereses que se cruzan y se entrecruzarán de manera caótica e imprevisible? En realidad, a partir de un determinado número de variables y dinámicas, la previsibilidad se vuelve limitada. Hace algunos años me preguntaron a dónde creía que se dirigía Nicaragua. Yo, como asesor en el área de planificación, desde el núcleo del Gobierno, debería tener alguna idea al respecto. En realidad, no se trata de disponer de datos y de una teoría adecuada para su interpretación: se trata de que el número de variables implicadas en este caso, desde la corrupción de los *contras* hasta las fechas de las elecciones en los Estados Unidos y las luchas internas de las oligarquías nicaragüenses, además de las posibles erupciones volcánicas, nos obligan a ser extremadamente modestos en términos de análisis y a buscar confirmación científica que sustente la propia comprensibilidad de las situaciones que se plantean. No se trata de declarar por decreto la imprevisibilidad de las cosas y de dar suspiros de impotencia científica. Más bien se trata de la convicción de que, en esta época de transformaciones, necesitamos una cura de modestia interpretativa. Al mismo tiempo, una mínima dosis de realismo e información sobre lo que está ocurriendo en el planeta nos convence de que, con las nuevas tecnologías cada vez más potentes que manejamos, construir { rumbos coherentes se ha convertido en una cuestión de supervivencia.

De la gran visión a las alternativas viables

Esta modestia no implica inacción, sino un cambio de enfoque. De algún modo, no se trata ya de definir la sociedad ideal, la *buena* utopía, ni] de luchar por el espacio político para conseguirla. Como afirma Ximena de la Barra, la humanidad no va a pararse en un momento determinado para; adoptar el sistema que nos guste. Cada vez nos centramos más en buscar j las acciones *evidentemente útiles*, como la distribución de renta, la mejora \ de la educación y otras iniciativas que se corresponden con

valores relativamente obvios de dignidad y calidad de vida. Por otro lado, a medida que identificamos tendencias críticas en la sociedad – el calentamiento global, la destrucción de los mares, la exclusión social de los segmentos más frágiles de la sociedad – buscamos generar tendencias contrarias. De este modo, se ha desarrollado un tipo de pragmatismo de acción política. Puede movilizarse y organizarse a mucha gente en torno al objetivo de conseguir, por ejemplo, que todos los niños estén bien alimentados, tengan zapatos que ponerse y una plaza en las escuelas. Este enfoque no es necesariamente «pequeño». Al contrario, genera posibilidades de acción para todos los ciudadanos a través de iniciativas individuales de grupos, asociaciones de vecinos o de otro tipo para buscar el denominado *bien público*. Además, poner de manifiesto las resistencias al cambio, hace que las opciones políticas y los cambios estructurales sean más claros. Esta condición no es suficiente, pero sí necesaria para construir una política más integral. En cierto modo, se trata de rescatar la dimensión ciudadana de la política, la fuerza de la vida cotidiana del ciudadano común, para superar así el cansancio, que suele cundir entre los que esperan la gran utopía, el partido político ideal o las llamadas condiciones objetivas.

La articulación de los objetivos económicos, sociales y medioambientales

Por otro lado, centrarse en el crecimiento económico y esperar que todo lo demás *suceda* a través del mágico proceso de *trickling down* no es realista y forma parte de la utopía de los equilibrios naturales, que es la versión liberal de las ilusiones sociales. La comprensión del *bien público* ha llegado a ser bastante consensual. La eficiencia económica no genera de forma natural justicia social ni respeto al medio ambiente. Asimismo, Intentar centrarlo todo en la justicia social sin garantizar los recursos económicos para las inversiones sociales tiene poco sentido. Y es obvio que las acciones sociales y las actividades económicas carecerán de sentido si seguimos destruyendo el planeta. Así, el objetivo general se resume en esta fórmula bastante simple que hoy encontramos en los textos de las Naciones Unidas: hace falta un desarrollo económico viable, socialmente justo y sostenible en términos medioambientales. Alcanzar uno de los objetivos sin tener en cuenta los demás, simplemente, no resuelve el problema. Y no basta con decir que el sistema vigente es «menos malo» que los otros: ¿es «menos malo» caerse de un decimoquinto piso que de un vigésimo?

La articulación del Estado, las empresas y la sociedad civil

La articulación de estos objetivos (económico, social y medioambiental) no se producirá milagrosamente por la buena voluntad de las empresas, que hoy se centran en la obtención de beneficios a cualquier coste, ni por una recuperación milagrosa de la capacidad de acción del Estado, como tampoco a través de las organizaciones relativamente frágiles de la sociedad civil. La propia irrupción de la sociedad civil en el espacio político se debe, sin duda, al sentimiento cada vez más generalizado de que ni las macroestructuras del poder estatal ni las macroestructuras del poder privado responden a las necesidades básicas de la sociedad en cuanto a calidad de vida, respeto al medio ambiente generación de un clima de seguridad, conservación del espacio de libertad y creatividad individual y social. En la elegante formulación de Claus Offe, el debate entre los que quieren todo el poder para el Estado, los i que quieren una privatización generalizada con poder ilimitado para las empresas y los que quieren un poético *smallis beautiful* generalizado, repleto de comunidades y tecnologías alternativas, ya ha durado suficiente. Lo primero tuvo como resultado la rémora comunista, lo segundo las tragedias sociales del liberalismo – y la propia base política de la alternativa comunista – y lo tercero será bueno mientras no nos devuelva a un tribalismo opresivo y, en cualquier caso, constituye un elemento necesario, pero no suficiente, para conseguir equilibrios políticos en la sociedad. Es evidente que, en este caso, la clave es la *articulación* de los diversos instrumentos de cambio. Estamos j condenados a articular de manera razonablemente equilibrada los poderes del! Estado, de las empresas privadas y de las organizaciones sociales de la sociedad civil. La visión de las soluciones políticas centradas en la privatización o] en la estatalización conlleva, hoy por hoy, simplificaciones insostenibles.

Objetivos sociales y derechos democráticos: de la asistencia a la] participación

No basta con alcanzar los objetivos sociales así definidos, sino que es] preciso alcanzarlos de manera democrática. En otras palabras, la articulación del Estado, las empresas y la sociedad civil en torno a los grandes! objetivos no constituye meramente una opción de eficiencia técnica. Al] dejar de lado la visión de la utopía acabada y optar por la construcción y reconstrucción permanente de los objetivos sociales, optamos por los medios] democráticos de toma de decisión como elemento central de la construcción de objetivos. No basta con que una empresa o el Estado

hagan algo bueno para la población. Se trata de comprender que el derecho a construir un camino propio, y no sólo el derecho a recibir cosas útiles en concepto de favor ya sea del Estado o de empresas, constituye una parte fundamental de nuestros derechos. Ningún actor político o económico tiene derecho a imponerme nada con la excusa de que lo hace por mi bien sin darme los instrumentos institucionales para informarme, manifestar mi opinión, y participar en el proceso de decisión. En este sentido, incluso podría decirse que, en realidad, las formas actuales de toma de decisiones del Estado o de las megaempresas son muy parecidas, porque transforman a los ciudadanos en sujetos pasivos y manipulados. El eje de la ciudadanía destaca como un aspecto esencial de las transformaciones actuales.

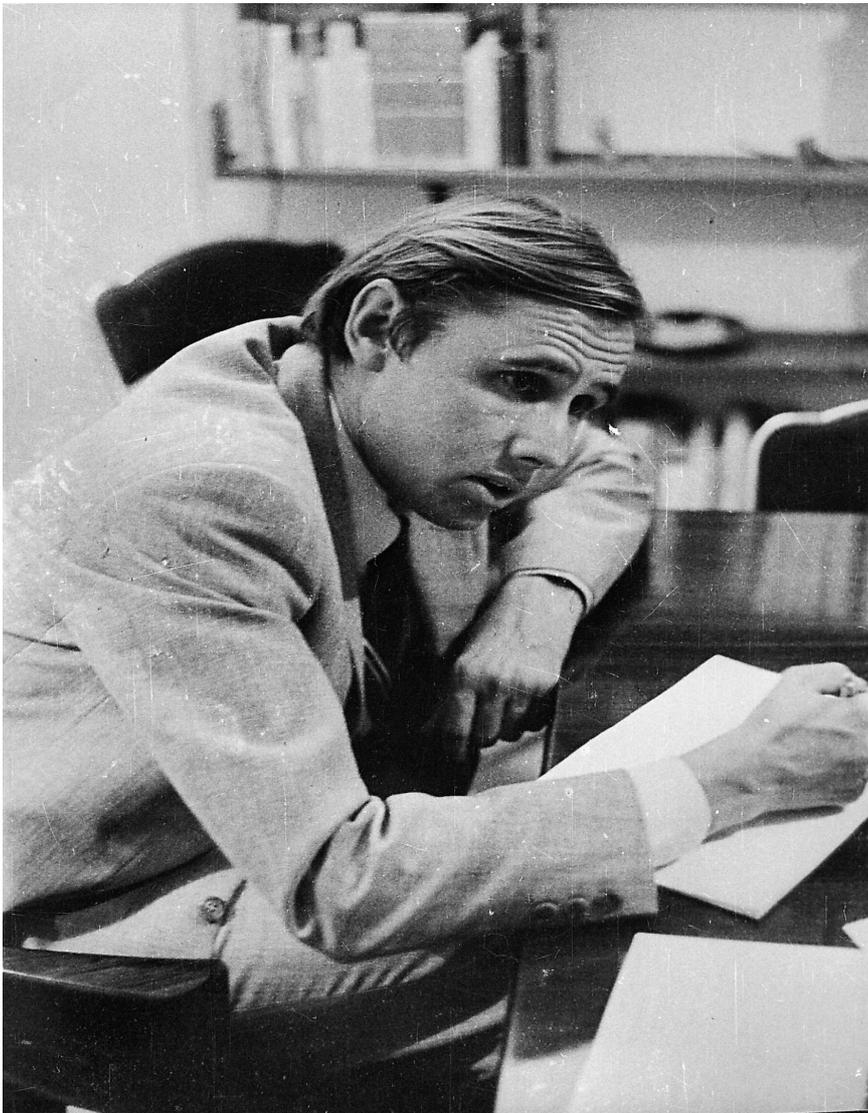
El control empresarial: del poder difuso al poder jerarquizado

En este momento, los intereses megaempresariales, a los que los americanos llaman de forma simple y tan expresiva *Big Business*, tienen un predominio formidable. Éstos constituyen la única fuerza organizada de carácter mundial, se han apropiado de gran parte de los mecanismos de decisión de los Estados nacionales, controlan los medios financieros de representación de la riqueza humana y construye la imagen positiva de sí mismos a través del monopolio que ejercen sobre los sistemas de comunicación. Antes de que existiera la megaempresa mundial, la abundancia de empresas productivas aseguraba que la influencia preponderante del lector privado en las decisiones políticas de la sociedad mantuviese cierta democracia al dispersar el poder. Hoy, algunos megaactores económicos, los Gates, Bertelsmann, Murdoch, Turner, Soros y tantos otros, navegan Como dueños del planeta y generan un tipo de *grupo social transnacional*, por usar la fórmula de León Pomer. Frente a esto, al común de los mortales sólo le queda la frágil ciudadanía, marcada por la impotencia y el desánimo político, o simplemente la exclusión social en el caso de casi 3.500 millones de miserables que componen dos tercios de la población del planeta. Este poder organizado y articulado de los megaempresarios busca presentarse como mero servidor del mercado: las *fuerzas del mercado*, como se les llama, se presentan como fuerzas anónimas, y por tanto democráticas, 0 las que todos estamos sujetos. En realidad, se trata de un megapoder que genera desequilibrios dramáticos en la economía global sin rendir cuentas ante nadie, pues se presenta como si no fuera nadie:

es el «mercado». Y naturalmente, cualquier intento de limitar sus excesos constituye un atentado contra el mercado. Está claro que en la articulación Estado-empresas-sociedad civil, actualmente, hay un segmento que desequilibra por completo el proceso de desarrollo social. Las megaempresas invisten de legitimidad il mercado, pero a estas alturas constituyen poderosos sistemas de articulación mediática, financiera y política.



Foto de Suecia en Uppsala Conferencia de Derechos Humanos, de 1970.



Fotografía sacada en Ginebra, análisis de proyecto internacional de la Cruz Roja de la creación de un código de preso político el derecho internacional (misión con Apolonio de Carvalho)



Foto sacada en 1973 en Polonia, los tiempos de exilio, con Fátima y su hijo Alexandre



Foto de grupo de 40 exiliados, en Argel, el Centro Familiar Ben Aknoun, Ladislau Dowbor es el tercero en la primera fila



Foto sacada en Rio, última antes del envío a Argel, el 40, todavía en el aeropuerto Galeão prisión aeronáutica. Ladislau Dowbor está al lado de Gabeira. La chica de la silla no podía soportar, de tanto *pau de arara*

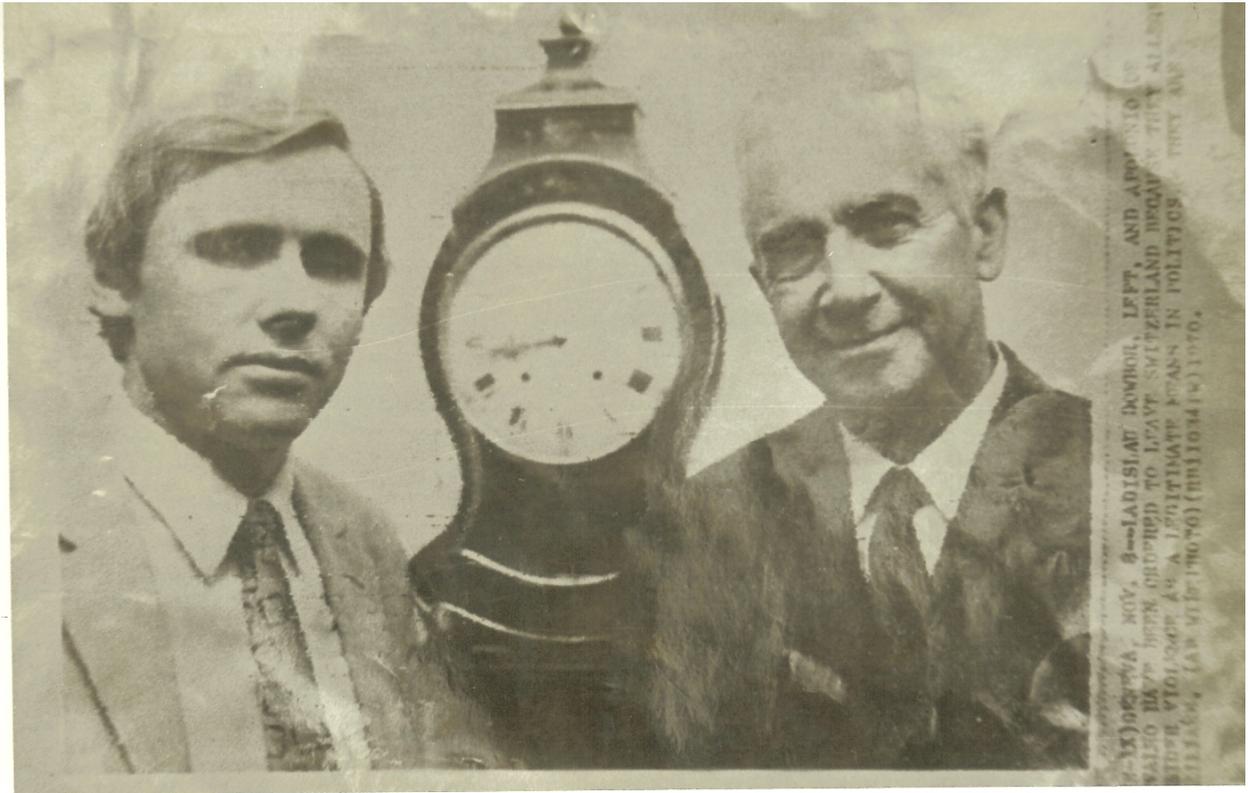


Foto de jornal da UPI, sobre as negociações com a Cruz Vermelha Internacional em Genebra, com Apolonio de Carvalho. Gerou grande celeuma na imprensa por o Brasil ter pedido a nossa expulsão da Suíça, pedido não acatado pelo cantão de Genebra. “São nossos convidados.”

El debilitamiento del Estado

En estas condiciones no sorprende el rápido desgaste de las formas tradicionales de política a los ojos de la población. En Estados Unidos, un presidente se elige con menos de un cuarto de los votos del país, buena parte de los cuales se obtienen a través de la financiación millonaria otorgada por empresas privadas a través del mercado. El tan poco subversivo *Business Week* comenta que el apoyo de Murdoch fue «instrumental» para mantener a los conservadores en el poder durante dos décadas en Inglaterra. ¿Acaso Murdoch ha sido elegido? El propio hecho de que la mayor parte de los procesos económicos se hayan trasladado al ámbito internacional, en el marco de la llamada *globalización*, hace que el Estado se haya vuelto impotente en gran medida frente a los grandes movimientos mundiales de especulación financiera, concentración de renta y destrucción ambiental. Además, lo esencial para la supervivencia de un gobierno electo es estar bien con los grandes grupos económicos. Y para esto, debe seguir el juego a estos grupos, so pena de verse privado de inversiones o convertirse en blanco de *ataques* financieros especulativos y de los medios de comunicación de todo el mundo. Una fusión reciente entre bancos dio í lugar al nacimiento de un grupo financiero de 700.000 millones de dólares de capital. Las transferencias especulativas superan los 1,8 billones de dólares diarios. Sólo media docena de grandes países en el mundo consigue superar el billón de dólares de producción de bienes y servicios *al año*. Evocando la curiosa expresión de Kurtzman, hoy la cola mueve al perro. Así, el Estado se ve superado y pierde su capacidad para ejercer como *contrapeso* político y su capacidad de equilibrar los objetivos económicos, sociales y medioambientales. Con la euforia del postcomunismo, las grandes empresas generaron un gran movimiento privatizador culpando al Estado de todos los males. En la actualidad, esta tendencia se considera peligrosa para el conjunto del proceso de reproducción social, no ya sólo por la izquierda, sino también por un grupo creciente de actores sociales de uní espectro político más amplio. Con la rápida erosión de la gobernabilidad en el planeta, el riesgo ya no es sólo para los excluidos.

El contrapeso de la sociedad civil

Tal vez el cambio más significativo en la visión de los nuevos rumbos! sea la comprensión de la función de la sociedad civil organizada, o de las *organizaciones de la sociedad civil*, como las Naciones Unidas llaman! actualmente a la vasta masa de

ONG (Organizaciones no Gubernamentales), OBC (Organizaciones de Base Comunitaria) y otras similares. Como muchos todavía ven con cierto recelo las organizaciones de la sociedad civil (OSC), quizá sea bueno recordar que, en Estados Unidos, donde se le llama *non-profit sector*, emplea a 15 millones de personas; casi el 80% de los americanos pertenece a algún tipo de asociación y más de cien millones de personas afirmaron haber realizado algún tipo de trabajo voluntario en 1995. En términos estrictamente económicos, estamos hablando de una contribución al PIB americano del orden de 800.000 millones de dólares, sólo en este sector, cuando el PIB total de Brasil es de alrededor de 500.000 millones de dólares. El Gobierno americano contribuye con cerca de 200.000 millones de dólares al año, con lo que garantiza innumerables actividades sociales y contribuye a la solidaridad y coherencia del tejido Social, así como a la productividad económica. En conjunto este sector es relativamente fuerte y está relativamente presente en los países desarrollados, y es débil en los países pobres, donde la política se reduce al tradicional *dueto* de despachos entre la oligarquía privada y la oligarquía estatal. Con las nuevas tecnologías que facilitan la conectividad y la urbanización

que favorece la organización local, se abre un inmenso espacio de modernización y democratización de la gestión política, económica y social, sobre todo a través de sistemas locales participativos. Para nuestro análisis, lo esencial es constatar que las insuficiencias de las megaempresas y de las formas actuales de organización del Estado en términos de capacidad de respuesta a las necesidades fundamentales de la sociedad están llevando cada vez más a la propia sociedad a arremangarse y a articular sus acciones por nuevas vías.

Del trípode estatal al trípode social

Situar la discusión en este plano de articulación de las fuerzas sociales •I un avance. En Brasil se tiende a situar el problema en las relaciones entre los tres poderes, con discusiones sobre el presidencialismo (más ejecutivo) o el parlamentarismo (más legislativo), o incluso sobre el control del poder Judicial por parte del resto de los poderes. La sociedad civil suele canalizarse

través de los partidos políticos y busca la legitimidad política perdida •n el voto de los distritos, en la regeneración moral de la financiación de las Campañas y de otros modos similares. Como las cosas no funcionan, siempre NO acaba diciendo que los

brasileños no saben votar. En cuanto al sector privado, disfraza su poder político organizado y sólo aparece con contribuciones (importantes aunque discretas) a las campañas, y con los *lobbies*, como llaman en Brasil eufemísticamente a la corrupción del sistema. El *trípode social* nos sitúa en otro nivel. Se trata de reconocer formalmente el poder político (real) de las empresas y el poder político (necesario) de la sociedad civil organizada. Se trata de rescatar la capacidad del Estado de organizar el nuevo pacto social que la nación necesita, reforzándolo. Se trata de sacar a las grandes empresas del interior de los ministerios, del Congreso y del poder judicial, desprivatizando así el Estado. Por último, se trata de dinamizar la organización de la sociedad civil para que pueda ejercer de manera efectiva su papel de control del Estado, de contención o de compensación de los abusos del sector privado y de recuperación de un mínimo de cultura de la solidaridad social sin la cual ni la economía ni la sociedad serán viables. Con esto, la discusión obsesiva sobre si es mejor que el poder esté en manos de oligarquías empresariales o políticas deja de ser el centro del debate, y el problema se localiza en torno a la relación entre el poder económico, el poder político y la sociedad civil.

De la sociedad manipulada a la sociedad informada

Decir que vivimos en una democracia es, desde luego, un acto de bondad. Como a lo largo de su historia, Brasil ha atravesado largas épocas de dictadura, los brasileños nos comportamos como el pobre al que han] obligado a convivir con un chivo en su chabola: cuando se llevan al chivo, siente un gran alivio. Pero el pobre sigue siendo pobre y la casa sigue siendo una chabola. Para pasar de la política del chivo a la política de progreso social organizado y para garantizar un mínimo de equilibrio entre Estado, empresas y sociedad civil, la sociedad necesita estar debidamente informada. Esto a su vez, implica una democratización del control de los medios públicos de comunicación. En este sentido, parece importante, especialmente para las fuerzas democráticas que centran sus objetivos en las alternativas económicas, reconocer el papel central de los procesos culturales y de comunicación. Los pilares tradicionales del poder de las oligarquías, las armas y los recursos económicos serán relativamente menos importantes que la nueva posibilidad que tienen aquellos que controlan los medios de .j comunicación de entrar en todas las casas, salas de espera y dormitorios con el mensaje incesante de qué debemos pensar de cada cosa, de cómo tener éxito

pasando por encima de los demás y dominándolos. Se orientan, así, en general de forma implícita, los rumbos y valores de la inmensa mayoría de la población, formando un tipo de inercia intelectual que pesará como un molusco gigantesco e informe sobre cualquier idea nueva, cualquier impulso de generosidad y cualquier forma de pensar diferente. Así acabamos queriendo lo que se quiere de nosotros. Hoy, discutir cómo se reduce el monopolio sobre los medios de comunicación es mucho más importante que discutir el control de una siderúrgica y los monopolios del Estado. Evidentemente, no se trata de estatizar los medios de comunicación y sustituir un monopolio por otro. Se trata de garantizar una multiplicidad y riqueza de fuentes diversificadas y descentralizadas de información, en la línea de las redes donde Internet ya nos señala paradigmas renovados de organización social. La información, la comunicación, la transparencia que ambas hacen posible, constituyen los instrumentos por excelencia de la sociedad civil en el proceso político y el elemento esencial de la coherencia del conjunto. El Informe *World Information Report* 1997/1998 de la UNESCO recuerda, de forma acertada, que la información constituye uno de los derechos fundamentales del ciudadano, – sobre todo, porque, sin la información necesaria, el ciudadano no tiene cómo ejercer el resto de sus derechos – por lo que debe garantizarse de manera pública y gratuita.

De la filosofía de la pirámide a la filosofía de la red

Nuestra visión de la organización social todavía se basa en la estructura piramidal, en el sistema que heredamos del Vaticano y las legiones romanas, según el cual uno manda sobre dos, que a su vez mandan sobre cuatro y así sucesivamente, y cuya complejidad creciente se afronta con la multiplicación de los niveles. Sabemos que, a partir de cierto número de niveles jerárquicos, la parte superior de la pirámide acaba viviendo bajo su ilusión de que alguien ejecuta lo que se decide, mientras la base acaba viviendo bajo la ilusión de que alguien manda racionalmente en el proceso, fin realidad, nada funciona. Conseguir que funcione la sanidad, un servicio básico que, como tal, debe llegar a los ciudadanos de los cuatro extremos del país con una dirección centralizada en Brasilia, que tiene decenas de niveles y las correspondientes dificultades, constituye simplemente una Imposibilidad

administrativa. En Brasil, tenemos la oligarquía que tenemos no necesariamente porque el pueblo no sepa votar ni porque sean más Corruptos. La complejidad, el ritmo del cambio y la diversidad de situaciones de una sociedad moderna hacen que la vieja verticalidad romana o prusiana sea inviable. La multiplicación de los niveles y la centralización de las decisiones en un sistema jerárquico excluyen naturalmente a la base. Al estar privado del control de la base, o sea, de la población interesada en las decisiones, el sistema acaba funcionando literalmente desgobernado. Por otro lado, la urbanización de la población brasileña, que ha formado espacios articulados que pueden organizarse en la base de la sociedad, ofrece perspectivas de alcanzar una descentralización y una democratización radicales de la forma en la que nos gestionamos. En otra época, esto habría desorganizado el sistema político general. Hoy en día, los nuevos sistemas de información y comunicación permiten que el sistema se descentralice y funcione en red, lo que permite sustituir, en gran parte, la jerarquía por la coordinación horizontal. Se trata de un cambio de paradigma que ya ha penetrado en una serie de áreas empresariales y que constituye la filosofía de trabajo de muchas organizaciones de la sociedad civil, mientras apenas da sus primeros pasos en nuestra visión de la organización del Estado.

La variedad de soluciones institucionales

Una sociedad organizada en red, con un ambiente rico en información, tiene la suficiente flexibilidad para encontrar soluciones institucionales siempre renovadas, y así evitar la solución estandarizada que pretende encajar a la fuerza situaciones diferentes en el mismo formato institucional. Se trata de articular diversas soluciones organizativas y no de optar por la simplificación radical Estado/empresa. Es natural que el sector de actividades productivas se apoye en el importante mecanismo regulador que constituye el mercado, aunque resulta esencial el control sobre las actividades productivas que afectan a los bienes naturales que pueden agotarse y otros que caen fácilmente en manos de cárteles. El sector de las infraestructuras, y en concreto de la energía, el agua y los transportes, exige una participación estatal fuerte, porque necesita grandes inversiones con retorno a largo plazo y efectos económicos difusos, además de una planificación para asegurar la coherencia del sistema a largo plazo. El área social, como la educación, la salud, la cultura, la comunicación, los deportes y otros, funciona mal con la burocracia tradicional del Estado, y peor con la

comercialización y burocratización privadas: basta con observar la catástrofe que representan las aseguradoras privadas de salud, la explosión de la medicina curativa en detrimento de la prevención y otras tendencias que afectan directamente a nuestra calidad de vida. En esta área, ni la burocracia estatal ni el beneficio privado pueden garantizar el funcionamiento adecuado; en cambio sí, puede hacerlo una fuerte presencia de la comunidad organizada. Por tanto, el problema no consiste en elegir entre la estatalización o la privatización según las opciones ideológicas, sino en construir las articulaciones adecuadas entre el Estado, las empresas y la comunidad por un lado, y los diversos niveles del Estado poder central, estatal y municipal por otro. A esto se suma que no basta con privatizar o estatalizar, pues un hospital puede ser de propiedad privada, con *gestión* de una organización comunitaria sin ánimo de lucro, y *control* de un consejo de ciudadanos en el marco de una *reglamentación* del gobierno del Estado. O puede ser un hospital del Estado, dirigido por un grupo privado bajo el control de un consejo municipal. Este tipo de organizaciones no siempre encajan en nuestras simplificaciones ideológicas, pero, seguramente, es el sentido en el que tendremos que evolucionar para rescatar la utilidad social de nuestros esfuerzos. El potencial de las nuevas tecnologías consiste, precisamente, en que nos ofrecen la posibilidad de una gestión mucho más flexible y adaptada a diferentes condiciones. Nos dirigimos hacia una organización de mecanismos de regulación diversificados. La privatización generalizada que preconizan los neoliberales es tan extrema como la estatalización generalizada que intentaron los comunistas. La búsqueda de la privatización es comprensible por los beneficios que genera, pero no es defendible desde una visión moderna.

La urbanización y la dimensión espacial de los objetivos sociales

Si las soluciones son diversificadas y la realidad moderna es más compleja y fluida (por el propio ritmo de las transformaciones que vivimos), de algún modo, las diferentes iniciativas deben conjugarse en función de lo que se ha denominado la calidad de vida, que es el objetivo que constituye en última instancia la razón de todos esos esfuerzos. La ciudad que, nos guste o no, se ha convertido en la célula básica de la estructura institucional y de nuestra vida social tiene que asumir su función de

integradora de las diferentes iniciativas, ya sean privadas, estatales o de organizaciones de la sociedad civil. No tiene sentido que el Estado plante árboles en las calles, embellezca la ciudad y sanee los ríos mientras las industrias vierten residuos químicos y las empresas ocupan las vegas y deforestan las riberas. Las iniciativas procedentes de instituciones que obedecen a objetivos totalmente diferentes no contribuirán a la construcción sinérgica de objetivos sociales a no ser que existan instituciones que permitan crear las convergencias y las sinergias. La empresa privada en el área productiva alcanza una gran eficiencia, aunque sólo sea a escala microeconómica, porque si no es eficiente cierra: de alguna forma tiene que adaptarse a un control externo que es la sanción del beneficio. Una ciudad, en cambio, tiene que buscar un mínimo de eficiencia, a la que podríamos llamar *productividad social*, para evitar, por ejemplo, el absurdo de que una ciudad como São Paulo se paralice por un exceso de medios de transporte. Llegar a la modernidad para ir a una media de 14 kilómetros por hora a bordo de máquinas que cuestan decenas de miles de dólares y que se construyeron para ir a más de 150 kilómetros por hora, sobre todo cuando se conocen las soluciones técnicas para resolver el problema, nos obliga a replantearnos el modo en que no gestionamos. Dejando aparte monstruos del tamaño de São Paulo, que constituyen una realidad aparte, lo cierto es que la ciudad constituye una unidad básica donde la economía privada, las políticas sociales del Estado en sus diversos niveles o de la sociedad civil, los objetivos ambientales, las redes de liberación de pobreza crítica, las políticas integradas de empleo y otros objetivos pueden articularse en torno a una propuesta con pies y cabeza. Y entendemos cada vez mejor que, a medida que el mundo entre en la órbita surrealista de la denominada «economía global», necesitaremos! reforzar el ancla que tenemos bajo nuestros pies: el poder local.

La «desintermediación» del Estado

Sudáfrica, país que acumuló problemas económicos y sociales extremadamente parecidos a los de Brasil, ha puesto en práctica experiencias interesantes, como se ha visto. La dinámica se observa claramente en el funcionamiento del principal foro de negociación de consensos en el país, el *National Economic Development and Labor Council*, o Nedlac. Este consejo reúne a los grandes del movimiento sindical, las empresas, las finanzas y el movimiento comunitario con el fin de discutir soluciones!

concretas a los problemas claves del país. Una vez se alcanzan acuerdos y compromisos formales por parte de los actores que mueven la máquina económica y social del país, las decisiones se envían al Congreso para garantizar la legislación correspondiente. De algún modo, en vez de hacéis política a través de terceros, son los interesados los que toman directamente te las decisiones, y los diputados, cuya función es legislar, legislan. E realidad, lo que está haciendo el Gobierno es enriquecer el tejido de control! de la sociedad civil sobre el Estado y el propio sector económico, con lo que supera la absurda alternativa que se nos ofrece de ser controlados por los monopolios públicos o por los monopolios privados. Ove Pedersen nos ofrece los estudios sobre lo que llama «economía negociada» en el sistema que emerge en los países escandinavos:

«El sistema de cooperación política generalizada es mucho más que un instrumento de toma de decisiones y de coordinación de un conjunto de varios centros y varios niveles de instituciones. El sistema en su conjunto puede concebirse como un requisito institucional previo para una economía negociada. Por tanto, una economía negociada puede definirse como un instrumento de estructuración de la sociedad en la que una parte esencial de la atribución de recursos se realiza a través de un sistema generalizado de cooperación política entre centros independientes de toma de decisiones en el Estado, en las organizaciones y en las instituciones financieras.»

Los brasileños ya hemos ensayado soluciones similares con las *câmaras setoriais* (cámaras sectoriales) y contamos con resultados excelentes ya institucionalizados como en el municipio de Porto Alegre, y otros con presupuestos participativos. La resistencia de algunos sectores es comprensible, dada la composición: y el atraso de las oligarquías privadas y estatales de Brasil. No obstante, está emergiendo de forma gradual una llueva cultura político-administrativa, una nueva comprensión de la ciudadanía y de la propia función de la política, que probablemente tendrá poco que ver con los modelos puros de corte estatalista o liberal. No se trata ya una «victoria» de un modelo sobre el otro, sino de la aparición de un modelo híbrido que toma un poco de cada uno, pero construye algo nuevo. V la realidad es que el sector de las grandes empresas privadas, a base de declararse victorioso ante una situación cada vez más caótica en términos económicos, sociales y ambientales, se arriesga, en caso de no participar en una construcción política más equilibrada, a ser el primero en sufrir la

resaca del proceso.

De las clases redentoras a la visión de actores sociales y de ciudadanía

Esta visión implica revisar los conceptos que utilizamos para definir a los actores sociales. Corto o largo, nuestro siglo se vio marcado por la Visión mesiánica de clases redentoras, burguesa en la visión capitalista, proletaria en la visión socialista. Como la condición de cada clase depende de su posición en los procesos productivos, todo giraba en torno a la oposición entre el dueño de la fábrica y quien la hace producir, entre quien se lleva el beneficio y quien gana un salario. El papel central de la fábrica en los procesos productivos se está desvaneciendo con extremada rapidez de la misma forma que varió el peso específico de la agricultura hace unas décadas. Y la complejidad de los subsistemas económicos que se han formado en la economía realmente existente es tal, que hablar de macrocategorías de este tipo es ya demasiado simplista. La forma de inserción en los procesos productivos sigue siendo importante para configurar las posiciones políticas, pero ya no tiene el papel central que solía tener. Hoy se combinan con más riqueza y mayor complejidad las tradicionales divisiones de clase con actitudes que proceden de corporativismos profesionales más o menos estrechos y con raíces regionales (pertenecer a un barrio, a una comunidad, a una ciudad, a una minoría lingüística, y otras influencias que proceden no ya del entorno de trabajo, sino del entorno de residencia, en el marco de lo que John Friedmann denominó *Ufe space*). Éstos y otros elementos de definición ideológica a menudo crean la incómoda sensación de que no es suficiente definirnos como personas de izquierda o de derechas, pues las diversas instancias de definición ideológica se entrecruzan de distintas maneras. Tiende a emerger con fuerza, una vez más, el concepto de *ciudadanía* y de *universalidad de los derechos humanos* conjugada con expresiones individuales y sociales diferenciadas.

«Nosotros» y «ellos»: la nueva importancia de la división ética

Estas nuevas divisiones nos obligan, como es natural, a un ejercicio ambiguo de

definición de los grupos con los que nos identificamos. Al hablar de una sociedad que deberá gestionarse articulando combinaciones más complejas de integración social, actores sociales diferenciados y derechos universales, quedamos convencidos racionalmente de la nueva complejidad. Mientras, cuando abrimos el periódico y vemos un retrato del ex presidente Collor, la sonrisa al estilo ACM (Associações Cristãs de Moços) oí al estilo del ex alcalde de São Paulo Maluf, sabemos perfectamente donde *no* estamos, la visión del mundo con la que no nos identificamos. De algún modo, el mundo vuelve a ser simple ¿Dónde radica esta frontera que no representa rigurosamente una comprensión racional de clases diferenciadas, sino que se corresponde rigurosamente a una *gestalt* intuitiva que nos dice que *sabemos* de qué lado estamos? A mi parecer, Jordi Borja define con bastante claridad esta divisoria de aguas: hay políticos, empresarios, periodistas, jefes de las más variadas iglesias, animadores de programas de televisión, juristas y otros actores cuya fuerza política resulta de una apelación organizada a aquello que enfrenta a los seres humanos, como la competición desenfrenada, el racismo, la justicia ejercida como venganza, la xenofobia, el machismo, la ostentación de la riqueza, el abuso y el desprecio de los más frágiles y así sucesivamente; y existen proyectos políticos que buscan revalorizar la generosidad del ser humano y basan su discurso en la solidaridad, la tolerancia, el respeto y la valoración de las diferencias, y en la justicia social. Una persona puede sentirse valorada cuando se valora su lado más oscuro. Es la política, la economía, los medios de comunicación y la cultura de la ambición. Las nuevas tecnologías hacen que estas propuestas sean extremadamente poderosas, véase el éxito ¿el Obispo Macedo, de Le Pen, de Gingrich, de un pro-nazi elegido en Austria, del propio Collor.

Es asombroso cómo, a pesar de la sofisticación de nuestra capacidad intelectual, conseguimos simplificar nuestras posiciones políticas. El cínico Valora el cinismo y explica que el ser humano no da más de sí, de modo que aquél da un barniz de respetabilidad filosófica a su poca vergüenza. El idealista tiende a buscar la esencia del ser humano decente y sufre frecuentes recaídas en la más absoluta desilusión. La realidad prosaica es que hay formas de organización social que valoran las dimensiones positivas de la persona y otras, como observamos incluso en la proliferación de los fascismos y las dictaduras militares, que hacen aflorar la bestia y que buscan ella su fortaleza política.

Una vez leí en el *Sunday Times* un artículo lleno de falsedades aberrantes sobre un

país africano que casualmente conozco bien: me impresionó Con la cantidad de personas que quedaron extasiadas, que repetían con satisfacción el tradicional «es justamente esto» sin pararse a pensar en las Obvias falsedades del artículo. Confirmar los prejuicios de las personas hace de un periodista un buen periodista, más que poner sobre el papel los verdaderos problemas. Lo esencial es que, para nosotros, esta divisoria de figuras puede ser compleja. Puede dividir sindicatos, partidos, asociaciones o redacciones de periódico; en cualquier caso, esta divisoria no se reduce a la tradicional división entre izquierda y derecha ni entre clases, y no depende únicamente del modo de inserción en el proceso productivo. Y comprender esta división ha pasado a ser esencial, ya que cuestiones como la supervivencia del planeta o el prosaico sentimiento de felicidad cotidiano exigen una nueva ética social. Ésta, por su parte, no podrá materializarse si los actores sociales capaces de sustentarla no buscan un acercamiento. La reinención de un humanismo social, que ya se ha presentado como manifestación de un idealismo impotente, constituye en la actualidad un poderoso eje de acción.

Un ejemplo de esta tendencia puede verse en la elaboración anual del *Informe sobre el desarrollo humano* de Naciones Unidas, que se basa en indicadores de calidad de vida en contraposición con el más antiguo *World Development Report* del Banco Mundial, que se basa en el PIB y en las actividades financieras. La tendencia se refleja también en el movimiento ambientalista empresarial, en los nuevos conceptos de *responsabilidad social* de las actividades económicas y otros conceptos. La vileza de los ediles corruptos de São Paulo, que se ríen con descaro de sus iniquidades, puede generar un desánimo general respecto a la política, pero también puede hacer entender que las instituciones sin control de la sociedad civil degeneran, y puede poner de manifiesto la necesidad de una búsqueda' constructiva de formas más democráticas de organización institucional.

De la división ética a la cultura del poder

En lo que atañe a la sociedad civil, la división ética se materializa en el amplio sentimiento de indignación e impotencia con el que ha comenzado este siglo. No se trata de suspiros moralistas, sino de una perplejidad o indefinición sobre cómo hacer frente a los sistemas de corrupción tan extremadamente sofisticados que dominan el entorno político, económico y judicial, y de los propios medios de comunicación que

nos informan sobre ellos. Todos albergamos la sensación de que existe un amplio espacio viscoso y oscuro en los núcleos de poder, privados y públicos, espacio que coincide, en general, con la *derecha*, pero que no coincide con los intereses; organizados de las denominadas clases productoras.

En otras palabras, es natural que haya intereses diferenciados o contradictorios en los diversos polos de la sociedad. Estamos aprendiendo que los trabajadores, los empresarios, los pequeños productores y otros tienen intereses que divergen y coinciden según las cuestiones y es legítimo, e incluso necesario, conjugarlos. Pero esto no es lo que se cuestiona actualmente. Lo que se cuestiona es la forma mafiosa de canalizar los intereses, no siempre relacionada con el capitalismo y el mercado, que hace que cualquier organización o negociación real se vuelva extremadamente difícil, lo que impide la construcción de una cultura social y política diferente en Brasil, que es ya ardua *per se*.

De hecho, esta cuestión se trata de manera muy discreta en el país. Lo cierto es que hablamos de una corrupción del sistema que implica a buena parte de las cúpulas del poder político y empresarial. No nos referimos a algunos corruptos que perturbarían el funcionamiento normal de la política. Nos referimos a la misma actividad política y empresarial, organizada de una forma que permite desviar los recursos públicos y apropiarse de ellos, recursos que, a su vez, se utilizarán para financiar contratos privados que luego permitirán realizar mayores contribuciones a las campañas y costear el acceso a nuevos espacios de poder. Es la fuerza política de un sistema que, por ejemplo, infla los precios de las grandes obras públicas de manera escandalosa, que aportan fabulosos beneficios a las adjudicatarias, que a su vez financian las campañas millonarias de los candidatos corruptos, que aprobarán nuevas obras con precios inflados. Son préstamos que se conceden a megapropietarios rurales, que después se transformarán en subsidios millonarios. Es el chantaje del banquero que realiza operaciones multimillonarias con amigos y espera tranquilamente que el Gobierno acuda al rescate, pues un país no puede permitirse que el sistema quiebre. Sobre todo porque los banqueros hacen estas operaciones con el dinero de la población y no con su propio dinero. Y, por supuesto, es el escandaloso reparto del acceso a las concesiones de radio y televisión que permite a estos mismos políticos y empresarios exponer a diario su punto de vista a una población completamente desorientada a la que además se acusará de no saber votar.

Este punto es sumamente importante en Brasil, pues una cosa es debatir si la visión neoliberal es o no adecuada para el país; otra cosa es cuando los argumentos teóricos son un mero cebo de un sistema permanente de organización de las decisiones de gobierno o de empresas en torno a intereses Corruptos. No se dan las condiciones para organizar y articular las diferencias políticas ni para institucionalizar las prácticas de gobierno, cuando las diferencias ni siquiera han llegado al ámbito político y cuando los grupos dominantes conciben el espacio político como un instrumento de promoción de sus propios intereses. A diario vemos en los periódicos los miles de millones que esto nos cuesta. No obstante, más grave que el coste directo de los recursos desviados es la corrupción de los procesos políticos y la erosión de la legitimidad democrática que se genera en el proceso.

En el sentido técnico del término, se trata de un sistema mañoso en el que la solidaridad y la corresponsabilidad entre corruptos y corruptores generan redes de poder que se articulan en las jerarquías del poder legislativo, ejecutivo y judicial y que desarticulan cualquier capacidad formal de gobierno. Las ciudades, estados y amplios segmentos de la Unión Federal de Brasil se gestionan a través de sólidas articulaciones de adjudicatarias, políticos corruptos, especuladores inmobiliarios y medios de comunicación de apoyo, además de un poder judicial escandalosamente connivente. La red de solidaridad en las actividades ilegales genera, como es natural, un comportamiento corporativo y garantiza el silencio. Es importante recordar que, en cualquier sociedad, es casi inevitable que existan actos de bandidaje político ocasional con una repercusión marginal en el conjunto. Este tipo de actividad acaba detectándose y denunciándose cuando están implicadas minorías que perjudican al conjunto de los profesionales de una institución. Cuando la corrupción afecta al sistema, las minorías profesionales se ven atraídas o expulsadas por la mafia. ¿Cómo esperar que los ediles de São Paulo, por ejemplo, censuren las actividades delictivas de sus compañeros cuando la mayoría son delincuentes?

Es importante recordar que, a pesar de libros hermosos como *Os donos do poder* y otros ensayos sociológicos sobre el carácter general de la clase dominante brasileña, no contamos con ningún estudio sobre la estructura familiar concreta del macropoder político-económico del país, ni sobre las articulaciones que lo renuevan y reproducen. En el Brasil, realmente existente son las mismas estructuras paralelas de poder, cuando no las mismas familias, que nos gobernaron bajo la fachada de la UDN (União Democrática Nacional) en la década de 1950, de

Arena en la época de 4a dictadura, y en la actualidad de diversos grupos en las órbitas *malufista* y *aceemista*. Éstos se perpetúan en el poder real amenazando al empresariado con el absurdo pero eficaz chantaje de una posibilidad de gobierno progresista, garantizando a los dueños de las tierras que ellos son los únicos que tienen la suficiente ferocidad para protegerlos de la reforma agraria, jugando con el eterno pánico de las elites a que un día las masas vendrán a cobrarse la opresión y las humillaciones vividas. Así, la propia miseria generada en el país por esas mismas elites mantiene en torno a ellas a amplios sectores moderados e impide que se abra un espacio para una visión más renovadora.

Esta alianza de intereses empresariales moderados con una estructura mañosa de poder se encuentra en la base del hecho de que Brasil sea el país con la distribución de renta más injusta del planeta, de que no consiga alimentar al pueblo en una tierra tan dotada de recursos naturales, y de que se vea zarandeado por esquemas de especulación financiera como una república bananera cualquiera. Lo cierto es que la estructura mañosa de poder y corrupción del sistema que la sustenta hace inviables todos los esfuerzos para reformar el Estado, modernizar las instituciones y evolucionar hacia una sociedad civilizada.

Aquí, como en otros sectores, necesitamos una fuerte dosis de realismo. Aunque tengamos una democracia formal, estamos dominados por sistemas corruptos que tienen poco de democráticos. De algún modo, antes de discutir las diversas facetas del liberalismo, de la social-democracia o del socialismo, tenemos ante nosotros la tarea más ardua de rescatar la propia capacidad de construir opciones políticas. Esta tarea exige la participación de un abanico político más amplio que los partidos de izquierda del país.

Proyecto político y mecanismos económicos

A esta dificultad interna se suma el cambio de contexto internacional. Por bonita que sea, la visión que organiza al Estado, las empresas y la sociedad civil, que busca una sociedad económicamente viable, socialmente justa y medioambientalmente sostenible, choca con la evidencia de que la economía se ha vuelto global en gran medida, mientras que los instrumentos políticos siguen siendo nacionales. Y los gobiernos, como ya hemos visto, aunque hayan sido elegidos por partidos de orientaciones diferentes, comparten la propuesta fundamental de cumplir con las exigencias del sistema financiero mundial por la mera necesidad de sobrevivir, de que el sistema global no les lleve a la *quiebra*. Resulta extraño ver hasta qué

punto es difusa la división entre personas y actores sociales que defienden posiciones más nacionalistas y a quienes fascina la globalización. En este caso también hay personas que defienden argumentos semejantes, personas que jamás se sentarían unas al lado de otras. Y es inevitable recordar la paradoja de una izquierda que fue acusada de internacionalista, materialista, atea, contraria a los valores morales y familiares y que ve cómo las fuerzas económicas y culturales dominantes construyen vigorosamente estos pretendidos objetivos en nombre de ideales varios.

Anthony Giddens explica bien de qué modo esta paradoja alcanza ya al universo conservador: los valores tradicionales, la familia, el trabajo, la nación, la propiedad, la ética social se basaban en la visión conservadora, en la visión de la libertad empresarial y en el mercado. Hoy, la globalización erosiona la nación, el mercado acaba con la propiedad y los ahorros de las personas, y los medios de comunicación desarticulan los valores, el gigantismo empresarial capitalista liquida el espacio de la iniciativa individual, y así sucesivamente. De esta manera, la coherencia de la visión liberal se desarticula y genera, en estas esferas políticas, una perplejidad creciente. Impresiona que el antiguo primer ministro de Francia, Raymond Barre, uno de los más tradicionales profesores de economía de la Sorbona y gran exponente de la teoría del liberalismo económico, se permita la siguiente valoración: «Definitivamente, ya no es posible dejar el mundo en manos de una panda de treintañeros irresponsables que sólo piensan en ganar dinero».

Entre el capitalismo global y la legitimidad interna

La definición del propio espacio de construcción de la economía social y medioambientalmente viable se convierte así en un problema clave. ¿Cómo construir proyectos políticos nacionales, regionales y locales dentro del marco económico y político gestionado por actores que trabajan en un ámbito global, divorciados de los controles sociales y políticos? ¿Cómo promover las transformaciones necesarias con una estructura de poder que articula grandes empresas y esferas políticas y judiciales en un universo de corrupción del

sistema? Así pues, al tiempo que los objetivos ambientales, sociales, económicos se vuelven más claros, también se hace más evidente la fragilidad de su construcción. Para los países desarrollados, el problema se plantea de un modo más atenuado al disfrutar de las ventajas económicas de una división mundial desequilibrada. En los llamados países en vías de desarrollo se acumula una doble fragilidad: son demasiado débiles para participar de una economía, global o siquiera para tener un poco de espacio de maniobra; por otro lado a tratarse de oligarquías privilegiadas en un mar de miseria, la legitimidad política interna es limitada, y los propios intereses de las oligarquías las vinculan más al espacio global que al espacio nacional. El elemento esencial de las limitaciones no depende por tanto de las personas, sino de una situación que no permite a los gobiernos enfrentar simultáneamente la tensión interna – directamente vinculada al *apartheid* social en el que se basa su poder – y los enfrentamientos externos indispensables para una negociación firme de su espacio político en la economía global, donde la cohesión interna de la nación y la legitimidad de un gobierno constituyen factores fundamentales. Se llega así a una situación en la que la única forma en la que un gobierno puede recuperar su capacidad de maniobra en la economía global es enfrentarse de forma real al *apartheid* social interno. Contrariamente a lo que afirmaban los dogmas liberales, actualmente hacer una buena política social significa hacer una buena política económica y puede significar hacer una buena política internacional.

De la explotación del trabajo a la miseria global

Los problemas han aumentado de tal manera en este cambio de siglo, que una opción sólida (no ya retórica) que abogue por un equilibrio social puede incluso aumentar la legitimidad internacional, tan importante hoy en día. Del proceso económico esperamos que genere bienes y servicios, o sea, productos que puedan comprarse y trabajo para todos, porque sin trabajo no hay renta ni ciudadanía. En el centro del debate político continúa la principal debilidad del capitalismo: es un óptimo

organizador de la producción, especialmente si la empresa es libre de organizarse sin trabas burocráticas, pero es un pésimo distribuidor de rentas y, cada vez más, un mediocre generador de empleos. Como el ciclo de producción implica tanto la producción como la distribución, ante la posibilidad de que el conjunto no funcione, el capitalismo es estructuralmente incompleto. Abolir la organización empresarial consiste en tirar por el desagüe al niño con el agua de la bañera. No afrontar de forma institucionalmente organizada el problema de la renta y del empleo es una irresponsabilidad. Discursos cosméticos aparte, la realidad es que estamos alcanzando los límites económicos y políticos de la estabilidad social. El Banco Mundial sitúa a casi 3.500 millones de habitantes de este planeta, cerca de dos tercios del total, en la franja de renta media de 350 dólares (de 1991) per cápita. Más de 150 millones de niños pasan hambre en el mundo. Los analfabetos son más de 800 millones y el número va en aumento. El mundo produce más de 5.000 dólares de bienes y servicios por habitante, suficiente para que todos vivan cómoda y dignamente, si hubiera un mínimo de sentido común en los procesos distributivos. Frente a los inmensos medios económicos y tecnológicos de que disponemos, esta situación es tan absurda y anacrónica históricamente como la esclavitud y el colonialismo. Un informe de las Naciones Unidas (1997) resume bien la cuestión: *«No siendo más inevitable, la pobreza debería quedar relegada a la historia, como la esclavitud, el colonialismo y la guerra nuclear»*. El informe califica de «obscena» la riqueza de 447 personas en el mundo, que tienen una fortuna personal mayor que la renta de la mitad más pobre de la población mundial. La comprensión de este drama ha dejado de ser privilegio de los partidos de izquierda y reúne a personas de los más variados sectores sociales y políticos.

Del crecimiento ilimitado a los recursos finitos

Este inicio del cambio de los valores del «todo vale» liberal también se ve fortalecido por las dinámicas medioambientales. El caso de los mares puede servirnos como ejemplo: con el GPS (posicionamiento global por satélite), los sistemas modernos de sonar y la parafernalia constituida por gigantescas redes, arpones de descarga eléctrica y otras tecnologías de los barcos de pesca industrial, pescar es hoy más una actividad de

matadero que una actividad pesquera propiamente dicha. Con el aumento del volumen de la pesca, se podría pensar que han bajado los precios y, en consecuencia, se ha reducido el volumen de capturas, lo que equilibraría de nuevo el proceso. Pero ésta es la dinámica antigua. Hoy, como el volumen global de capturas está reduciendo a un ritmo trepidante la biomasa, la oferta está bajando vertiginosamente, cosa que comporta una subida de los precios. En otras palabras, el coste de captura baja a causa de las nuevas tecnologías, pero los precios de venta aumentan por la creciente escasez de producto. Con esto sube el margen y en lugar de restringirse la pesca para asegurar la supervivencia de la materia prima, las grandes empresas pesqueras lanzan al mar todos los equipos de los que disponen. El argumento de que están destruyendo su propio futuro recibe una respuesta lacónica: «si río lo hacemos nosotros, lo harán otros». En otras palabras, las tradicionales curvas de oferta y demanda no se cruzarán hasta que no se destruyan las reservas. El mecanismo de mercado en las áreas que no producen propiamente, sino que explotan las reservas acumuladas por la naturaleza supone, con las nuevas tecnologías, un suicidio. Siguiendo la misma lógica que llevó a la extinción del bisonte de las llanuras norteamericanas, se está eliminando con avionetas y con las tecnologías más avanzadas los millones de renos y otros animales de Siberia, básicamente para producir comida para perros en los países desarrollados. Obedecen a una lógica semejante los llamados *vertidos*, pues sale más barato en términos de mercado producir vertiendo residuos tóxicos en los ríos, con lo que se destruyen las limitadas reservas de lo que ya se ha dado en llamar el «oro azul», que costear los gastos de reciclaje o de sistemas de producción menos agresivos. Los dramas que se están generando suponen una amenaza tal, que el abanico de actores sociales dispuestos a poner freno al proceso aumenta rápidamente, lo que hace que se amplíen los espacios donde surgen nuevas propuestas. No se trata de un *wishful thinking*. Hace diez años se veía a los defensores del medio ambiente como una curiosidad, como amantes de tortugas y ballenas. Hoy, la preocupación se ha generalizado.

De las relaciones de producción al contenido de la producción

Las relaciones de producción creaban indignación por las injusticias sociales que

generaban. Hoy se gana dinero vendiendo armas a todos los lugares del planeta, blanqueando en bancos prestigiosos el dinero procedente de las drogas, comerciando con órganos humanos, organizando turismo sexual, vendiendo mercurio para envenenar los ríos, inundando a los agricultores sin experiencia – e incluso a los expertos – con pesticidas agrícolas, practicando la pesca de forma que destruye los mares, quemando bosques milenarios para expandir pastos, explotando las facetas más sórdidas de sufrimiento humano en los programas de los medios de comunicación, facturando por encima de su valor real las obras públicas a través de adjudicatarias cuya mayor habilidad económica consiste en comprar espacio político y vender como servicio de seguridad a los mismos agentes que cometen los delitos, prestando servicios militares privados a gobiernos debilitados, etcétera. Una lista preliminar de empresas que producen material de tortura identificó a 42 empresas en Estados Unidos, 13 en Alemania, 7 en Francia, 6 en Taiwán y 5 en Israel, entre otros países. Hoy ya no basta con saber si la empresa paga bien o mal, si respeta la regulación laboral, si crea o no empleos, si respeta las formas legales de organización empresarial. Se ha vuelto indispensable divulgar y discutir a través de los medios de comunicación, los sindicatos, los partidos, las ONG y las propias asociaciones empresariales, los objetivos sociales de los procesos productivos. Las empresas vinculadas a actividades socialmente útiles serán las primeras en pagar la solidaridad pasiva – como miembros de la misma clase, por así decirlo – con aquellos que, de forma impune, se aprovechan de las fragilidades jurídicas, políticas o sociales. ¿Qué legitimidad tiene Estados Unidos para protestar contra los productores de drogas de Colombia si multiplicó por cuatro, en pocos años, la exportación de armas a países africanos? ¿Acaso es más ético inundar a los pobres países africanos de armas?

De la calidad total a la jerarquizaron del trabajo

Todas las publicaciones modernas sobre gestión tratan de los *show cases*. Si se leyeran los nuevos manuales de administración de empresas o las revistas correspondientes, el mundo empresarial se vería invadido por una ola de humanización interna, con la reducción del abanico jerárquico, la promoción de la *knowledge organization*, el reciclaje, la calidad total, la reorganización, el Kan Ban, el Kaizen y otras propuestas de

la nueva sopa de letras global. En general, las propuestas son positivas. No obstante, se aplican solamente en un grupo de empresas modernas. Es esencial recordar que las empresas transnacionales emplean a 12 millones de personas en todo el Tercer Mundo. La OIT, que presenta estas cifras, considera que un empleo directo genera otro indirecto, con lo que llegaríamos a 24 millones, lo que supone casi un 1% de la población económicamente activa del mundo sub-desarrollado. Pero esta dinámica ocupa casi el cien por cien del espacio de nuestras publicaciones científicas. En realidad, el sector minoritario de elite genera otra masa de empleos, los empleos precarios (los *precarious jobs* en los estudios americanos): Nike emplea a ocho mil personas en Estados Unidos como *organizadores*, en la línea de los productos *intangibles* que caracterizan la economía moderna, mientras que las propias zapatillas se producen mediante sistemas de *outsourcing* en países asiáticos, con los famosos 15 o 20 centavos por hora, con lo que genera empleos precarios así como desempleo, por ejemplo, en la industria del calzado en Francia o en el interior del estado de São Paulo. Como las limitaciones de generación de empleo del sector oficial son cada vez mayores, se crea de manera gradual un inmenso sector oficioso, en el que las personas buscan sobrevivir por medio de microactividades industriales y artesanatos, de pequeño comercio y otras similares. En último lugar, se genera un sector ilegal que crece rápidamente: venta de coches robados y sus piezas, blanqueo de dinero, producción y tráfico de drogas, deforestación pesca ilegales, tráfico de órganos, comercio de sangre, entre otros.

Así, nuestro mundo del trabajo se va dividiendo poco a poco en subsistemas socioeconómicos, con el sector de elite próspero y *moderno*, los que hacen el trabajo duro en el sector precario, el sector oficioso y el sector ilegal, jerarquía que puede encontrarse en la industria, en la agricultura, en el comercio y en cualquier otro sector. Lo que no podemos permitir es que los avances de Bill Gates o de la General Motors nos hipnoticen, y olvidar la inmensa desorganización de los sistemas de inserción laboral de la mayoría de la población mundial. En este sentido, devolver el equilibrio al caos, generado por el dominio aplastante de las grandes empresas, el debilitamiento del Estado y una sociedad civil que es todavía el socio menor del proceso, tiene que afrontarse con una búsqueda sistemática que refuerce la densidad organizativa de la sociedad. Entre tanto, es útil observar de qué modo nuestra sociedad se halla inmersa en una transición: los mecanismos de mercado han dejado

de funcionar en una serie de sectores, lo que ha dado lugar a procesos articulados de *managed market* – cuando no de simple monopolización y manipulación organizada de mercados – mientras que los instrumentos sociales de gestión todavía son incipientes.

De la fábrica a la producción de intangibles

La revolución tecnológica hizo viable la gestión a distancia y dio lugar a monumentales sistemas de articulación de miles de unidades productivas. Pese a esto, la actividad productiva sigue siendo importante, pero el poder sobre los sistemas productivos se ha trasladado a formas articuladas de organización de la financiación, distribución, publicidad, presión política organizada, servicios de abogacía y otros elementos del conjunto de «intangibles» que hoy representan *grosso modo* el 75% del precio que pagamos por un producto. Este poder se ha trasladado especialmente al ámbito transnacional, navega en la segmentación de las políticas nacionales y forma, por medio de gigantescas campañas, la visión popular y la imagen de una empresa, de un producto o de un grupo económico. Hoy, una empresa poderosa muchas veces no produce nada, pero controla, regula, crea peajes que le confieren un inmenso poder de intermediación. Esto tiene aspectos positivos y negativos, pero sobre todo altera los datos de la transformación social. En particular, el amplio poder de la gran empresa no se ejerce en el espacio concreto de una fábrica, ni en el barrio donde viven los trabajadores, ni en el sistema tradicional que gestionaba gran parte de nuestro tejido urbano. La gran empresa es hoy sólo un nombre que martillea a diario con su imagen a través de los medios de comunicación, cuya existencia concreta reconocemos sólo en las estanterías de los supermercados. La *gran empresa* se ha convertido, en el sentido estricto de la palabra, en una sociedad anónima. Y la facultad de control de las actividades intangibles comporta una apropiación cualitativa de los valores que la sociedad produce. En el primer semestre de 1998, Peugeot obtuvo beneficios por importe de 330 millones de dólares, algo que los ciento cuarenta mil trabajadores que producen bienes concretos celebraron como una hazaña. En el mismo período, durante el primer semestre de 1997, City Bank obtuvo, con 350 operadores de especulación con divisas, 552 millones de dólares de beneficios. El empresario tradicional, que

innova en los procesos productivos y cree en la destrucción creativa de Schumpeter, se siente cada vez más como el tonto de la historia al ver adonde van a parar los beneficios. Es importante recordar la perversidad con que se gestiona hoy en día el aumento mundial de beneficios y la reducción de las tasas de inversión. El informe de 1997 de la UNCTAD, el *World Trade Report*, resume bien el problema: «Esta asociación de aumento de beneficios con el estancamiento de las inversiones, el desempleo creciente y la caída de los salarios constituye la verdadera causa de preocupación».

De la producción fabril a los servicios sociales

Un sector de gran potencial organizador de la sociedad civil son los servicios sociales. Algunos cambios más obvios se refieren al desplazamiento de los grandes ejes de actividades económicas a este sector. Todavía es una sorpresa para muchos que hoy el mayor sector económico de Estados Unidos no sea la industria automovilística o el complejo militar, sino la salud, que representa actualmente un 14% del PIB norteamericano, mucho más que el PIB de Brasil. Otro gigante que ha superado a los grandes sectores industriales es el que los norteamericanos llaman «industria del entretenimiento». Mientras, cuando hablamos de modelos de gestión todavía hablamos de taylorismo, fordismo o toyotismo. Toda nuestra visión de organización económica continúa centrada en el automóvil. ¿Cómo se pone en práctica *éljust in time* en un hospital o en una escuela? Los nuevos grandes sectores oscilan entre el burocratismo estatal y los impresionantes abusos que el sector privado comete cuando se apropia, de las áreas sociales. Los miles de jóvenes que ostentan las profundas cicatrices de los riñones extraídos en la India o el 52% de los partos con cesárea en el estado de São Paulo nos recuerdan la facilidad con que las empresas juegan para conseguir otro objetivo: el beneficio. ¿Qué libertad de elección tiene un ciudadano al que un médico le recomienda que una persona de confianza fuera de la seguridad social opere a su hijo? ¿Qué clase de mercado es éste? Los sectores más significativos de nuestro desarrollo son aquellos en los que no se aplica el paradigma burocrático estatal, ni los paradigmas de la organización fabril. Un análisis de las organizaciones de la sociedad civil en Estados Unidos demuestra que casi un 50% de las actividades

se generaron en torno a la problemática de la salud. Los 200.000 millones de dólares que el Gobierno norteamericano gasta en el tercer sector no son subvenciones sociales, sino el resultado de los concursos que las organizaciones no gubernamentales y no empresariales ganan simplemente porque son más eficientes. Una nueva formación, las *empresas sociales* son objeto de estudio en Italia, pero se están desarrollando en todo el mundo. ¿Quién ha dicho que organizarse para ser creativo sólo puede hacerse en el marco del «todo vale» capitalista? La realidad es que lo esencial de las actividades humanas se está desplazando hacia sectores en los que la macroburocracia estatal y el macropoder empresarial funcionan mal, por lo que se abre una inmensa vía de organización capilar de la sociedad en torno a los nuevos grandes sectores económicos.

De la manufactura a la economía del conocimiento

Todos aceptamos como un axioma que el aumento de la productividad es el resultado de la intensidad de la competencia. Con esta visión se nos martillea de forma constante a través de todos los medios de comunicación y de los cursos a los que asistimos. La competencia está sin duda presente, pero es cada vez menor por los mecanismos del «mercado». La guerra económica por la supervivencia no significa necesariamente que las empresas estén siguiendo las reglas del juego de lo que llamamos mercado, esto es, introduciendo productos en el mercado y permitiendo que sea el cliente quien decida. Hoy el mercado «se hace», la iniciativa es de los *market-makers*.

La función de los mecanismos de mercado se está reduciendo rápidamente, cuando en general media docena de gigantes controlan todas las cadenas productivas gestionando el sector a través de acuerdos estratégicos inter-empresariales. La mano invisible también está perdiendo fuerza a medida que el poder económico se traslada de la producción material a la producción de los llamados intangibles (contabilidad, marketing, servicios jurídicos...) y que el contenido de la producción se desplaza a los servicios sociales. Pero si retrocedemos un poco, comprobamos que el denominador común de este cambio es que el contenido del conocimiento de cuanto hacemos está aumentando con rapidez a medida que evolucionamos hacia lo que se ha denominado la sociedad de la información. Esto significa que tenemos que afrontar las implicaciones institucionales de la economía del conocimiento.

Para tener valor económico, las cosas que producimos tienen que ser útiles para las personas. Pero para que una empresa gane dinero, las cosas también deben ser escasas. El aire es útil, pero se puede disponer de él libremente, y en consecuencia no tiene valor económico. Hay muchas playas, pero sólo tendrán valor económico si una empresa o una urbanización consigue cerrarlas y restringir el acceso obligando a las personas a pagar entrada de diversas formas.

El conocimiento es útil, cierto, pero circula con facilidad. La diferencia entre los bienes manufacturados y el conocimiento es que el conocimiento, como el aire, fluye. Para generar beneficios, debe ser propiedad privada, lo que lo convierte en un bien escaso. Una sociedad que busca que el conocimiento sea un bien escaso no es una sociedad inteligente. La cuestión clave, como Alvin Toffler señaló en su momento, es que el conocimiento tiene una naturaleza económica diferente a la de los bienes físicos o los servicios prestados: cuando entregamos un bien a otra persona dejamos de poseerlo; el tiempo que pasamos prestando un servicio no lo recuperamos. Pero si compartimos el conocimiento, seguimos teniéndolo. Compartir el conocimiento hace que la suma del conocimiento disponible en la sociedad sea mayor y, al compartir, que la riqueza social aumente.

Así, el paradigma dominante basado en la propiedad privada y no en la competencia se está convirtiendo en un factor de escasez y no de enriquecimiento en la economía del conocimiento. El paradigma de la colaboración funciona simplemente porque hace más accesible el conocimiento. La propiedad privada y la competencia, que ya en su momento fue un factor de adelanto productivo, se está transformando en un factor de atraso, del mismo modo que la fragmentación en feudos se había convertido en una limitación para la expansión de los mercados al comienzo de la era industrial.

Un artículo de cubierta del *Business Week* ponía un ejemplo interesante: ¿cómo puede ser que Linux, desarrollado y perfeccionado de forma constante por miles de contribuciones voluntarias, ofrezca un producto superior a Microsoft, con sus ríos de dinero, su ejército de abogados, su ambiente de secretismo y sus patentes? Sencillamente, porque conocimiento aumenta cuando se comparte. Lo asombroso es que: las personas contribuyen no sólo de forma gratuita, sino por placer, por sentimiento agradable de hacer algo útil por la sociedad, por el reconocimiento de la comunidad que trabaja con el mismo objetivo.

No es de extrañar que las grandes empresas estén promoviendo una batalla en la OMC para garantizar el control de la propiedad intelectual de cualquier cosa que se

parezca a una idea/creativa. Las tentativas de Amazon de patentar el *one-click* son un monumento al absurdo de aplicar a la economía del conocimiento las reglas del juego de la era de la manufactura. Genentech patentó en 1989 la tecnología básica necesaria para la síntesis artificial de anticuerpos. Jugando con pequeños cambios, la empresa ha conseguido una prórroga de los derechos hasta 2018, lo que significa que controlará un sector tecnológico durante 29 años percibiendo el pago de *royalties* de cualquier laboratorio o universidad interesados en investigar en el campo. Es lo que se ha denominado la economía del peaje (nota al pie en este punto: Lawrence Lessig, en su libro *O Futuro das Idéias*, presenta de forma sistemática la búsqueda del equilibrio entre la remuneración justa por la investigación realizada y la necesidad de libre circulación de las ideas.)

Del espacio global a los espacios locales

Estos servicios, por su parte, tienen en el espacio local una esfera privilegiada de acción. Por tanto, si en el conjunto, el equilibrio que debe construirse entre el mercado, el estado y la sociedad civil debe reforzar los polos debilitados del Estado y de la sociedad civil, el municipio, el poder local, desempeña una función importante, pues en él, la colaboración entre la Administración Pública y las organizaciones de la sociedad civil puede estructurarse con mayor facilidad. Es en el plano local donde las políticas de salud, educación, deportes, cultura y demás pueden organizarse en dinámicas sinérgicas en torno a la calidad de vida del ciudadano. En el plano local pueden cruzarse los registros de desempleados y los estudios sobre infrautilización de recursos para crear políticas de empleo. También es en el plano local donde se conocen los diversos actores sociales y en el que las asociaciones pueden organizarse de forma más flexible. No insistiremos más en este punto, que ya hemos analizado en otros textos. Lo importante es recordar que se trata de una dinámica que ya se ha aplicado en numerosos países, en particular en el grupo de países escandinavos, Canadá, Holanda y otros, pero también en regiones muy pobres como el estado de Kerala (India), en el que se experimentó una fuerte evolución de la democracia participativa mucho más próxima al ciudadano. Basta recordar que, en los países desarrollados, las administraciones locales gestionan entre el 40% y el 60% de los

recursos públicos, mientras que en los países subdesarrollados este porcentaje se sitúa normalmente por debajo del 10%. En Suecia, son el 72%, en Brasil probablemente cerca del 17%. De algún modo, se trata de situar al Estado en el nivel en el que su relación con las necesidades sociales y con las organizaciones de la sociedad civil pueda hacerlo más fuerte. No se trata de visiones milagrosas. Siendo como es la política brasileña, puede ocurrir que la descentralización de los recursos acabe reforzando el caciquismo. Pero, en conjunto, es mucho más fácil desviar algunas decenas de miles de millones de dólares a través de los *lobbies* ministeriales de Brasilia que enfrentarse a la presión social por acciones concretas en los más de cinco millones de municipios del país.

Poder empresarial y poder del ciudadano

Siempre se ha estudiado recuperar las relaciones sociales más democráticas y equilibradas y contener el poder empresarial desde la perspectiva de la democratización del control de la empresa, lo que implicaba unas veces la idea de la socialización pura y dura de los medios de producción y otras la visión del contrapeso sindical en las unidades de producción. La primera solución tiene límites evidentes, la segunda sigue siendo un objetivo de gran importancia. Pero surge con fuerza la alternativa de que el ciudadano vote con el bolsillo, por así decirlo, al rechazar productos que son perjudiciales para el medio ambiente, que emplean trabajo infantil, o al penalizar a empresas con un comportamiento social inaceptable. Dicho de otro modo, la influencia sobre los procesos productivos puede darse en diversos momentos del ciclo y de forma más compleja que en la visión simplificada de transformación de las relaciones de propiedad. El desmoronamiento de las caídas de ventas de Shell en Alemania, después de que se denunciara su comportamiento medioambiental negativo es muy significativo. En la Cumbre de Lyon de 1998, que organizaron las Naciones Unidas, «Asociados para el desarrollo», se presentaron durante varios días las alternativas que numerosos países, regiones y comunidades están adoptando para recuperar el control social sobre el ahorro, para escapar a los esquemas que comportan la apropiación de ese ahorro por el sistema financiero globalizado. Los sistemas locales de comunicación se desarrollan rápidamente frente a la

pasteurización mundial que imponen los monopolios de los medios de comunicación y generan nuevos instrumentos de integración cultural local. Una vez más, la evidente consecuencia es la necesidad de democratizar los medios de información, en el sentido más amplio, a fin de que la población tenga acceso a la información, e incluso a la información sobre el comportamiento empresarial.

La nueva dimensión del tiempo social

Por último, hay un punto que nos parece importante destacar: la dramática aceleración de las transformaciones en el planeta nos obliga a revisar el concepto de *tiempo*. Creemos que es prometedora la evolución de un conjunto de empresas hacia una gestión de calidad, una reducción del abanico jerárquico, mayor democracia interna y otras medidas. Pero, ¿cómo tratar con la fractura que esto supone respecto al resto de la sociedad que evoluciona a otro ritmo? Este tipo de empresa representa como máximo el 5% del empleo mundial, poco más del 1% en los países del Tercer Mundo. La mitad de la población mundial todavía cocina con leña. ¿Qué pasa con los dos tercios de la población excluidos de la modernidad en un planeta de dimensiones cada vez menores? El problema que queremos plantear es que no basta pensar que *posiblemente* la elite moderna del proceso irá transformando gradualmente el conjunto de los procesos sociales: los desequilibrios sociales y ambientales están aumentando y el plazo de tiempo que tenemos para reestablecer ciertos equilibrios estructurales es limitado. Las *asincronías* o *arritmias* de los procesos de cambio son tan profundas, pues alcanzan a un ritmo distinto el tiempo tecnológico, el tiempo cultural, el tiempo institucional y el tiempo jurídico, por mencionar sólo algunas instancias básicas, que la amenaza de articulaciones desastrosas, en la línea de lo que se ha llamado *slow motion catastrophe*, o catástrofe a cámara lenta, es cada vez más palpable.

Como ejemplo de esta tensión, que se da en diversos niveles, en São Paulo aumentó el número de empresas que ostentan las certificaciones ISO-9000, ISO-14000 y otras certificaciones de modernidad en esta era de medallas tecnológicas; por otro lado, hay treinta asesinatos diarios y el número de coches robados alcanza los 420 por día, lo que marca el rápido crecimiento de una economía ilegal, no ya como una manifestación esporádica de la marginalidad social, sino como sector económico y proceso sistemático de desarticulación social por la base. Las nuevas tendencias de la *modernidad* captan toda nuestra atención y casi toda la de las publicaciones científicas.

Sin duda, nos hace felices pensar que las pequeñas empresas hacen grandes negocios. Sin embargo, si el tiempo de reestructuración de la sociedad en torno a las nuevas actividades no acompaña el ritmo de la desagregación social por la base, el resultado será la barbarie. El tiempo que tenemos por delante para una sólida rearticulación y la recuperación del equilibrio de la sociedad es cada vez menor.

El foco de acción: construir la inserción de los excluidos

Muchos califican las tragedias que vivimos como dificultades naturales del parto de un nuevo mundo. Todos miramos al horizonte brillante en el que despuntan fantásticas tecnologías. Es fácil creer que el proyecto de futuro es el universo dorado que auguran estas tecnologías. Alvin Toffler señalaba en su *Powershift* que la economía basada en el conocimiento es en esencia distinta a una sociedad basada en el control de la riqueza material: el conocimiento que se transmite a otra persona es *compartido* mientras que los bienes materiales pertenecen a una persona determinada. En este sentido, se abre la posibilidad de construir una sociedad democrática cuya estructura sea más igualitaria. Pierre Lévy muestra en su libro *Inteligencia colectiva* de qué modo la conectividad horizontal que los nuevos sistemas de comunicación e información permiten abre espacio a una organización social innovadora.

En otras palabras, podemos analizar diversas manifestaciones de las nuevas tendencias: Rikfin señala el fin del empleo, Castells la sociedad en red, De Masi una sociedad de ocio activo, y un sinfín de autores optimistas dibujan diversos tipos de *nirvanas* de futuro, en el que nos entregaremos al ocio y al placer mientras los robots trabajan para nosotros. Los autores más pesimistas anuncian un ser humano devorado por el Gran Hermano, con toda la gama de posibilidades intermedias. Estos estudios son importantes, pues apuntan los rumbos, las macrotendencias. Pero lo que nos parece esencial es entender los procesos inmediatos sobre los que podemos intervenir.

Lo inmediato es la caótica transición que se inicia. Si miramos con un poco de perspectiva la revolución industrial, su nacimiento se vio acompañado de la desruralización, de la formación de guetos urbanos, de gigantescas migraciones al nuevo mundo, de inmensa miseria, de trabajo infantil y tantas otras manifestaciones hoy olvidadas, pero que traumatizaron al siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. La propia fuerza del comunismo y la expropiación radical de las propiedades de los capitalistas surgió de estos dramas sociales, que nos legaron la guerra fría y el clima de

conflicto planetario.

En este sentido, el problema no es la aparición de los fantásticos horizontes que nos traen las nuevas tecnologías. Producir más con menos esfuerzo no debería ser motivo de preocupación: la amenaza es la sustitución del trabajador sin que avance la correspondiente reorganización del trabajo. ¿Cómo redistribuir el trabajo, cómo reducir la angustia que se generaliza? ¿Cómo incluir en el proceso de la transformación a las tres cuartas partes de la humanidad excluida?

¿Las llamadas fuerzas del mercado resolverán el problema? Sería lo ideal. En realidad mejor que discutir si las teorías liberales o neoliberales son una respuesta es proponer una alternativa práctica: mientras el mercado no resuelve el problema, afrontemos de forma organizada, comunidad por comunidad, región por región, el problema de millones de niños que pasan hambre o que no están escolarizados, creemos programas de renta mínima, involucremos a las poblaciones en los procesos de toma de decisión sobre los recursos públicos, controlemos la proliferación de armas, detengamos la destrucción ambiental, recuperemos el control de la población sobre sus ahorros, votemos con el bolsillo a empresas social y medioambientalmente responsables, elijamos políticos honestos, dinamicemos los sistemas de comunicación locales y comunitarios, fomentemos la responsabilidad.

La transición a la sociedad industrial estuvo sembrada de grandes tragedias. El terremoto de mayor intensidad que prepara la sociedad del conocimiento puede transformarse tanto en un proceso de liberación, como en un universo de terror. Cristovam Buarque llama acertadamente la atención sobre el hecho de que el conjunto de nuestra sociedad empieza a cansarse de la polarización de la renta, la violencia y la corrupción, y sobre el hecho de que la abolición de la miseria, para la que contamos con los medios técnicos y económicos necesarios, es hoy tan prioritaria como lo fue la abolición de la esclavitud a finales del siglo XIX. No podemos continuar construyendo privilegios y cerrando los ojos a las consecuencias. En la economía, como en la política, no funcionan las fantasías.

Volvamos al principio. Un enfoque que nos parece esencial es que estamos jugando a un juego nuevo con reglas obsoletas. Es necesario reconstruir los conceptos. Entre las cartas que componen un nuevo juego, concedemos prioridad a algunas. Esta visión supera el enfoque dicotómico estatalización-privatización para concentrarse en la estructuración

equilibrada Estado-empresa-sociedad civil que busca superar la prioridad de lo económico, según la visión liberal de que el beneficio de los ricos revertirá, por la magia del *irickling down*, en beneficios sociales y ambientales para el conjunto de la sociedad: el propio proceso de reproducción social debe ser una combinación permanente de los objetivos económicos, sociales y ambientales. Este enfoque de *sociedad organizada* se vuelve particularmente relevante frente al capitalismo de los grandes grupos de peso global, que hoy escapan a cualquier control nacional por el debilitamiento de los instrumentos de política económica del Estado, mientras que todavía no se han creado controles globales. Este *capitalismo total* ejerce hoy en día un poder inmenso en el sector político y controla los medios de comunicación, lo cual le permite difundir una imagen positiva de sí mismo y ocultar los dramas que van a más. Como el sistema financiero global ya no está bajo el control nacional, se genera un desequilibrio extremadamente profundo entre el Estado, el mercado y la sociedad civil. En el centro, se sitúa por tanto el problema de recuperar la función reguladora del Estado, y de reforzar la organización de la sociedad civil.

No basta con tener la esperanza de que las cosas encuentren su lógica «de forma natural». La marea capitalista empuja a los grandes yates, no a todos los barcos. La polarización económica entre ricos y pobres se ve como una tendencia acentuada en todos los informes internacionales, tanto dentro de los países como en el plano internacional, y alcanza hoy con especial fuerza incluso a Estados Unidos. La capacidad de generación de empleos está cambiando rápidamente en el sector puntero de la economía. No resuelve gran cosa centrar la visión del desarrollo en la «atracción», con todos los países y regiones compitiendo para ver quién se doblega más, quién ofrece condiciones más atractivas, en lo que las Naciones Unidas actualmente llaman *race to the bottom*, o «carrera hacia el fondo». En realidad, lo que funciona es el proceso inverso, la promoción de los equilibrios internos, la dinamización de los empleos en torno a las necesidades básicas de higiene, vivienda, alimentación, entre otras, la redistribución de la tierra productiva, el acceso más democrático a la renta, las relaciones exteriores como dinámica importante pero complementaria de la dinámica interna. Con medio siglo de retraso con respecto a los países desarrollados, hoy debemos centrarnos en las políticas de reequilibrio social y en la conjugación de las relaciones con la economía global.

La formación de un megapoder formado por las 500 o 600 corporaciones transnacionales dislocó los espacios políticos. El propio empresariado, especialmente

en el ámbito de la pequeña y mediana empresa, que no tiene el tamaño suficiente para controlar segmentos de la esfera política y que no participa del casino global, ve con creciente perplejidad cómo el sistema en el que produce de forma adecuada no le garantiza ventaja alguna frente a quien practica la especulación financiera, manipula al Estado o establece peajes comerciales sobre las más variadas actividades.

Por otro lado, la urbanización generalizada que se ha desarrollado en el planeta, y en particular en el Brasil de las últimas décadas, abre nuevas perspectivas para reconstruir la articulación Estado-sociedad civil en el espacio de la ciudad, lo que permite (pero no garantiza) la creación de un ancla económica y social que resulta más necesaria cuanto más avanza la globalización.

El gran dilema, entre tantos otros, sigue siendo esta estructura extraña a la que llamamos clase dirigente. Su adaptación ideológica a la era de la globalización es relativamente simple, en la medida en que siempre fue una clase que ha buscado maximizar sus intereses intermediando intereses externos, ya fueran coloniales, ingleses, americanos o transnacionales en esta era de la globalización. Fuimos el último país en abolir la esclavitud, hoy somos el último país del planeta en términos de distribución de renta.

Uno de los textos recientes de Darcy Ribeiro, extraído de *O povo brasileiro* (el pueblo brasileño) es, en este sentido, elocuente:

«Nada ha tenido más continuidad, ni más permanencia a lo largo de estos cinco siglos, que esa clase dirigente exógena e infiel a su pueblo... A lo largo de estos siglos, todo ha sufrido un cambio constante. Sólo la clase dirigente sigue siendo como era, ejerciendo su interminable hegemonía... Aquí no son capaces ni de realizar la hazaña de generar una riqueza que pueda extenderse a la clase trabajadora, tal como se ha conseguido bajo los mismos regímenes en otras regiones. Menos éxito ha tenido todavía en sus esfuerzos por integrarse en la civilización industrial. Hoy, su designio es forzarnos a quedar marginados de la civilización emergente».

Pensar en que la clase dirigente pueda tener intenciones tan perversas tal vez sea una exageración. Según un dicho, antes de imaginar la perversidad hay que agotar las inmensas posibilidades de la mera estupidez. Pero la realidad es que, frente a los inmensos avances de las tecnologías y la amplitud de los cambios en todos los aspectos, nuestros bancos sostenidos por las financiaciones estatales y aplicando tipos impositivos surrealistas; los patronos de las fábricas de azúcar y los latifundistas se concentran más en lo que creen que es la política – buscar subvenciones a través de

los procesos de presión más ilícitos – e inmovilizan la tierra, que ni cultivan ni dejan cultivar; las concesionarias que siguen apoyando a los políticos a cambio de contratos públicos; las familias de los medios de comunicación que siguen fielmente las tradiciones truculentas del *Chato* y se reparten el propio espacio de la información para perpetuar feudos políticos y económicos; y las formas de hacer política propias de clanes constituyen hoy una superestructura medieval, mal disimulada por los teléfonos móviles, los ordenadores y los coches de lujo que usan. El capitalismo brasileño en este punto consigue una proeza impresionante: no ha cambiado nada.

Es fácil acabar un análisis de situación con una crítica a la clase dominante, apuntando a un culpable. La verdadera realidad es que la visión conservadora del mundo ha colapsado. Según hemos visto, el mercado y la globalización ya no garantizan el espacio de realización individual, ni el contexto social que hace viable a la familia, además de haber acabado con la soberanía nacional y otros valores tradicionales. Es decir, la visión liberal de la economía se ha vuelto incompatible con los valores con los que se la asociaba. Ya no sorprende ver corrientes conservadoras fustigando un día el capitalismo salvaje, y al día siguiente pidiendo el regreso de Pinochet. La visión conservadora se ha convertido en una contradicción en sus propios términos y ha perdido el norte.

Por el contrario, la visión progresista, estancada durante mucho tiempo en la visión estatista de la sociedad, está abriendo espacios renovados en el conjunto de la sociedad. El concepto de una *democracia participativa*, anclada en sistemas descentralizados de gestión social, abre camino a un sistema políticamente coherente, porque se basa en la organización equilibrada de las fuerzas sociales realmente existentes. La visión de las asociaciones entre la Administración Pública, el sector privado y la sociedad civil constituye un avance que está demostrando su eficacia en numerosos países, aunque en Brasil sólo se haya desarrollado de forma efectiva en el espacio local de gestión. La búsqueda de la democratización de los medios de comunicación, que pretende una sociedad transparente en el uso de los recursos estatales o empresariales, constituye un refuerzo para una sociedad ciudadana. Y no sorprende que las alternativas concretas estén surgiendo mayoritariamente del poder local; es el espacio donde las instancias política, económica, social y cultural pueden articularse para formar un conjunto con pies y cabeza. Esto no significa que la sociedad tenga que reducir su lógica a lo local. Significa que una sociedad articulada de

forma democrática en la base puede influir mejor en la racionalización del conjunto.

Con frecuencia orientamos nuestras actitudes más en función del universo ideológico al que pertenecen que en función de su utilidad social. En mi opinión, los dramas sociales, políticos, económicos y ambientales son de una dimensión tal que discutir en estos términos, se está convirtiendo en algo inocente. No debemos buscar el matiz ideológico de cada idea, sino valorar si las nuevas articulaciones que gradualmente se diseñan abren los nuevos caminos que necesitamos.

Parte III**El mosaico reconstruido**

«Sólo los que pueden son capaces de concebir la competencia especializada y el éxito»

Alan Bloom, The Closing of the American Mind

Según los comentarios de algunos amigos y amigas, el texto escrito hasta ahora se lee de la siguiente forma: con vivo interés en la parte novelada, con tendencia al bostezo en la parte científica, y con interés divertido en la parte de los comentarios éticos, del tipo «pequeñas lecciones que la vida nos enseña». En realidad, todos intentamos vivir, nos apasionamos con nuestras pasiones, y así componemos el mosaico de nuestros valores. Y construimos por obligación, a veces con la angustia de la incomprensión, forzados por la necesidad de entender el mundo, los esbozos de construcciones científicas. Lo más útil no es siempre lo más agradable.

Pese a la importancia de la sistematización científica, ésta no parece suficiente. Un problema más amplio se plantea a la hora de reconstruir la unidad del mosaico. ¿Es natural que nuestra vida se componga de segmentos partidos, de segmentos faltos de un gesto de cariño, de las prisas del tráfico, de gruñir como perros rabiosos en enfrentamientos profesionales?

De algún modo, podemos invertir el razonamiento y plantear una pregunta más sencilla: ¿qué es lo importante? Y en función de esta pregunta, revisar el amor, los amigos, la sociabilidad, el trabajo, la creatividad y también, por qué no, la economía.

La unidad del mosaico recompuesto, de la figura entera, se da sin duda por el amor, la amistad, las innumerables facetas de la afectividad que nos transforman en familia, en sociedad, en cultura; que transforma el tiempo fragmentado de nuestro cotidiano en un espacio de arte y trabajo y que, por ejemplo, pueden encontrar su campo común en el trabajo creativo, en lugar de estar colocados en compartimentos estancos, diversión el primero, sacrificio el segundo.

.. Este concepto puede parecer utópico. Paulo Freire, que no tenía miedo de soñar,

decía que buscaba una sociedad menos malvada. Personalmente, creo que esta sociedad, centrada en el dinero a toda costa, en la que los ricos no duermen por miedo, y los pobres porque los ricos no les dejan, y en la que todos vivimos bajo la angustia del mañana, cuando el mundo produce riqueza y domina técnicas que permitirían sosiego y comodidades a todos si hubiera un mínimo de decencia en la distribución, tiene que revisar su rumbo. La combinación de una estructura de poder desequilibrada, de mecanismos de mercado deformados y manipulados, de una ideología estúpida del *éxito* y de un consumismo materialista desenfrenado crean dificultades de *vida*, de cotidianidad, de felicidad personal.

Y no se trata de visiones teóricas. Cuando el liberalismo busca la pureza de sus principios y olvida las reglas humanas, acaba prevaleciendo simplemente la ley del más fuerte. Y todos acabamos, de algún modo, condenados a entrar en el juego. Cuando los recursos son finitos y el producto social es del primero que lo coge, degeneramos hacia la barbarie.

La esquizofrenia institucionalizada

Volvamos a Eilat, al golfo de Akaba, en la frontera entre Jordania e Israel. Pauline, con 17 años, trabajaba en el Maar Ka Shva, o Reina de Saba, un lujoso hotel internacional. Vendía joyas en una tienda del hotel. Las cartas que llegaban de Brasil venían abiertas. Pero el hotel estaba lleno de personas de éxito, como vemos en todas las fotos de hoteles Pauline ofrecía una sonrisa deslumbrante, porque las personas que delante eran clientes, y no gente como ella con alegrías y tristezas. Y las instrucciones eran claras: el salario es proporcional a las ventas, así que la sonrisa tenía que ser deslumbrante. A veces, cuando veo la sonrisa deslumbrante de las presentadoras de televisión, mujeres de éxito, siento angustia al pensar que, en algún momento, van a sufrir espasmos faciales de tanto mantenerla. ¿Acaso no es económico ser personas y no personajes?

No hace mucho vi un reportaje sobre Cuba, en concreto sobre el resurgimiento del turismo en el país, un turismo completamente diferente: las personas van allí, no porque la piscina sea deslumbrante o porque el camarero vaya vestido con trajes típicos, sino porque hablan como personas diferentes de ella, como cubanos, y no como franceses ni americanos. Pero son personas con las que se puede hablar de igual a igual,

en una relación que no está definida por una función en el hotel de éxito: de un lado, una fuente de dinero, llamada cliente, y del otro lado, una persona que recibe dinero. ¿Por qué será que prefiero que el camarero aparezca con cara larga si tiene problemas y poder preguntarle, sintiendo que tengo una persona delante, «¿qué pasa, Manolo?». Que poco profesionales dejar traslucir los problemas personales... Tenemos que *separar* las cosas, crear personajes distintos y ajenos a nosotros mismos. El inmenso éxito de *Buena Vista Social Club* no se debe al hecho de que transformara a personas comunes en artistas, sino a que presentaba a artistas en su dimensión de gente real.

Parece secundario, de tan acostumbrados como estamos. Pero ¿cuál es el precio de dividir a una persona, de separar su dimensión profesional y personal? El que se pinta en carnaval sabe que, cubierto de arriba abajo de pintura, el cuerpo no respira, se asfixia; Así funciona esta pintura formal que nos ponemos todos los días al salir de casa, este monumento de artificialismo que desentona cada vez: más con lo que realmente somos, y que nos acaba llevando al diván de un psicoanalista, porque le pagamos y tiene que escuchar cómo somos. ¿Tres horas de autenticidad por semana compradas a precio de oro?

El pasado sigue vivo dentro de nosotros, aunque no siempre nos acordemos. Cuando me encontré de nuevo a Pauline, me quedé sorprendido por su inmensa sonrisa, que tenía el mismo tamaño que la inmensa infelicidad que había acumulado durante este año de soledad y artificialismo en el que había vivido. La chiquilla que yo había conocido en Brasil con sus deslumbrantes 16 años sonreía en aquella época con una espontaneidad arrasadora sin reflejar preocupaciones. Era una sonrisa. Ahora, lo que tenía enfrente era una sonrisa enorme cargada de un mar de tristeza. Hoy, casi 40 años después, siento a flor de piel toda la crueldad de un proceso social que domó, educó y encerró dentro de los límites debidos la espontaneidad y la explosión de vida.

En la primera parte de este texto he pasado de puntillas por este episodio. En realidad, Pauline buscaba en mí una ayuda que no podía obtener por sí misma. Era como una persona rota que no conseguía reconstruir la espontaneidad y la intensidad de lo que habíamos vivido, que no conseguía reconstruir la relación a partir de sus recuerdos, cada vez más inanimados, en las noches de soledad. Éramos dos solitarios que se miraban el uno al otro, con un abismo en los ojos, porque no era una relación a la que le bastara el disimulo, y la espontaneidad se había visto barrida por el conjunto de expectativas que se habían sobrepuesto a la relación.

Con el paso de los días, pensé en ir a Tel-Aviv para intentar encontrar una manera

de salvar lo nuestro. Me volví a mitad de camino y llegué antes por casualidad. Pauline estaba en coma, no había soportado la tristeza y había intentado suicidarse. Me pasé tres días con ella en el hospital, y en la lenta y penosa vuelta a la vida sus primeras palabras, todavía inconsciente, estaban llenas de desesperación: no quiero volver, no quiero...

Éramos unos críos y, sin embargo, mucho más adultos. ¿Qué nos importaban los ejecutivos con sus maletas de ejecutivos, rebosando éxito, y las mujeres con pechos de silicona? ¿Qué importancia tienen los éxitos frente a una niña que tiene miedo a volver a la vida? Conseguimos superarlo y reconstruir nuestras vidas. Yo sobreviví, ella moriría años más tarde a manos de la dictadura. Pero a ambos se nos quedó grabada una sensibilidad arriesgada, una conciencia del absurdo de las cosas, un ansia de solidaridad humana.

La crítica al modelo de civilización en el que vivimos (disculpen el nombre pomposo) no es fácil. En algún lugar nos desviamos, perdemos completamente el sentido de lo que es importante, nos enzarzamos en una guerra de éxitos e importancias que no pueden definirse de ninguna manera salvo como una inmensa estupidez. Impotentes socialmente frente a nosotros mismos, recubrimos con barnices de distintos tipos, con símbolos externos y ridículos de éxito nuestra trágica pérdida de humanidad y la inmensa soledad que acumulamos.

El problema de la economía puede ser la tasa de crecimiento del PIB, pero el problema de la sociedad es que el PIB no basta. El problema más importante es la sociedad, somos nosotros, no la economía. La economía tiene que volver a ser lo que era: sólo un medio, no un fin.

Es indiscutible que las grandes empresas mundiales que nos dirigen son competentes en términos técnicos, pero son una tragedia en términos de sensibilidad humana y de aportación cultural y política a la sociedad. Por una razón muy simple: todos los gerentes y los directores de empresa quieren demostrar que son eficientes, y el denominador común es el dinero. Si un director consigue que se venda un medicamento más caro porque la publicidad lo ha hecho más atractivo, va a poder brillar en una reunión del consejo de administración y mostrar la curva ascendente del beneficio. La curva descendente de personas que tienen acceso al remedio no se presentará y, lo que es más importante, no influirá en el éxito del director. El sistema opera una selección natural negativa.

Una vez más, el ser humano técnico se separa del ser humano ético, se crean, a

costa de millones de estímulos repetidos, cubículos aislados dentro de nosotros mismos. Dormimos con personajes paralelos de nosotros mismos dentro de nosotros, personajes que intentan obviarse los unos a los otros, pues son contradictorios. Nos volvemos, en el sentido más riguroso del término, esquizofrénicos. ¿Quién no ha visto declaraciones indignadas de un fabricante de armas de calibre corto, diseñadas para no ser vistas, en las que afirmaba: «pero yo no soy el que aprieta el gatillo»...?

Ante este proceso estamos impotentes. Fue patético asistir al juramento de los ejecutivos de las grandes, tabacaleras. Uno a uno afirmaban con gesto grave y la mano sobre la Biblia ante el Senado americano, estar convencidos de que el cigarro no es adictivo. Gunnar Myrdal, en un bellissimo libro ya en los años cuarenta, *Un dilema norteamericano*, libro que, de hecho, le valió el Premio Nobel, se pregunta cómo; pueden convivir en partes separadas del consciente americano un universo de valores que ensalza la libertad, *dejad que los oprimidos del mundo se acerquem a mí*, de autoafirmación individual, de derechos humanos y un universo que permite que el mismo americano salga por la noche quemando casas de gente de otro color. Hoy ya no queman casas, pero las fracturas siguen vigentes.

La pérdida de ética en la corporación moderna, y en nuestro comportamiento cotidiano, es mucho más que una barbaridad macroeconómica. Significa una pérdida del rumbo como civilización, una corrupción íntima de nosotros mismos, de nuestras familias, de nuestros hijos. Al fin y al cabo, cuando preferimos la felicidad social en provecho del éxito individual dentro de un microcosmos corporativo, nos estamos traicionando a nosotros mismos, y volviéndonos infelices. Porque el sentimiento del absurdo que vivimos está dentro de nosotros, como una carcoma que nos corroe.

La vida se vive por entero. Y las dimensiones sociales de la felicidad individual son esenciales. Lo asombroso es que cuando nos sentimos infelices, dilacerados por motivaciones, incapaces de articular vidas coherentes en un contexto absurdo, logramos convencernos de que los culpables somos nosotros. Un eventual analista, con honrosas excepciones, no se va a hacer de rogar para explicarnos las razones profundas, naturalmente individuales. Porque si hablara de las sociales, ¿a dónde iríamos a parar?

Identidades

Israel es, sin duda, una economía eficiente. Está hundido en un mar de odio. Los odios constituyen procesos sociales, pero se materializan en actitudes individuales. El padre de Pauline prefería que se muriese a verla en contacto con un miserable *goi*. Estamos hablando de gente con educación, títulos universitarios, dinero, idiomas, que saben cuál es la copa del vino y cuál la del agua.

Esto es lo que dicta el sentido común: es trágica la persecución de los judíos por parte de los europeos que resolvieron el problema encontrándoles otro lugar, que por casualidad era un espacio geográfico ya habitado. Es trágica la situación de expulsión de los palestinos por parte de los judíos. Los dos pueblos han vivido allí desde hace miles de años y, si se trata de prelación de este tipo, deberíamos expulsar a los americanos y a los brasileños y devolverles la tierra a los indios. Es un escenario fantástico.

Al huir del imperio soviético, el ministro de Asuntos Exteriores ruso dijo bromeando al presidente americano: vamos a darles un golpe atroz, vamos a privarles de un enemigo. No los privarían. Sucesivos presidentes alzaron otras amenazas, otros demonios, ante los telespectadores hipnotizados: Hussein fue un demonio memorable con su bigotazo negro; Fidel también con su barba, aunque ya no convence tanto como enemigo amenazador de la humanidad; los serbios fueron buenísimos, aunque fuera difícil esconder la reciprocidad en las masacres y en la violencia. Las masacres atroces en Chechenia, que una década antes habrían generado una histeria mundial, pues Chechenia era víctima de los soviéticos, ni siquiera aparecían en los telediarios, pues quien perpetraba la masacre había pasado a ser amigo.

Pertenecer a un grupo, nación, civilización, religión, raza o lo que sea, es un sentimiento que florece admirablemente si tenemos un polo opuesto, el espejo negativo, la imagen detestable del que *no pertenece*. En la obra *1984* de Orwell aparece la figura detestable de Goldstein. En las religiones, unos se balancean de pie, otros se arrodillan, otros se agachan y todos creen que son los *elegidos*. Mucha gente lamenta que nadie, que ningún extraterrestre nos haya invadido, pues sería la única manera de hacernos poner los pies en el suelo, y recordarnos que somos simplemente seres humanos perdidos en una pequeña bola azul en medio del espacio.

Este sentimiento es natural, como ya he dicho antes. Cuando mandamos a un hijo al colegio, pensamos que va bien vestido. Sonreímos al ver el pánico del niño si el pantalón no es de su talla, si el calzado no es una zapatilla de un tipo determinado, o si por casualidad la camisa tiene botones o no tiene, según la escuela, según el ambiente. Esto es significativo porque

muestra la inmensa necesidad que tenemos de afirmar nuestra identidad y el inmenso pavor que tenemos, desde pequeños, a ser *diferentes*. El aparente desaliño de la ropa de una adolescente se construye de forma rigurosa. Cuando voy a la universidad, puedo adivinar a mucha distancia, si un alumno es de Derecho, aunque los atuendos sean aparentemente distintos.

El *tono* que da la ropa es tan idéntico, incluso en las mujeres, como un uniforme militar. No estoy tirando la primera piedra: muchas gafas de economista podrían patentarse.

La genialidad del sistema de la gran empresa es que no necesita ya a las personas. Exige simplemente personas socialmente dóciles e individualmente ambiciosas. Exige personas donde la construcción de la identidad no se da en torno a la identidad – por definición, identificación con los demás – sino a la superioridad. Mi coche es más grande que el tuyo, mi casa es mayor que la tuya, mi salario es mayor que el tuyo. El juego de identidad, convivencia y solidaridad se ha transformado en una lucha de vencedores y vencidos que no satisface ni a los unos ni a los otros.

La atracción del poder

La manía de un pueblo que se considera superior a los demás es una plaga. Los alemanes querían ser *über alies*, superiores a todos. Los israelíes se consideran el pueblo elegido. Los americanos han conseguido convencerse de que la dominación mundial forma parte de su «destino manifiesto». Esto no ha cambiado nada, pese a que los historiadores han demostrado que los elegidos terminan democráticamente volviendo a ser sólo humanos. Parece que la tentación es demasiado grande.

La realidad es que, en términos de geopolítica, Estados Unidos se ha convencido de que tiene ante sí una época particularmente favorable, una oportunidad única. Con el derrocamiento de la Unión Soviética, Estados Unidos acabó siendo la única potencia militar de alcance planetario. La segunda potencia económica mundial, Alemania, no tiene ejército, como resultado de la Segunda Guerra Mundial. La tercera potencia económica, Japón, tampoco tiene ejército por la misma razón. China se está convirtiendo en una potencia, pero su base económica todavía es insuficiente para estar en igualdad de condiciones. Rusia se está organizando, y también necesitará algunas décadas. Europa se está uniendo, y toma conciencia de que necesita adoptar cierta distancia con respecto a Estados Unidos. La decisión de realizar una inversión inmensa en el proyecto *Galileo*, que consiste en un sistema de satélites para garantizar

el equivalente europeo del GPS norteamericano, demuestra claramente que la unidad construida en los tiempos de la guerra fría en el marco de la OTAN ya no constituye la referencia central.

Y otro hecho de igual importancia es que el euro garantiza por primera vez una alternativa al dólar. Con la adhesión de naciones como Polonia, la República Checa y otros países de la región, la Unión Europea se convierte en la principal potencia económica mundial.

En otras palabras, dentro de algunas décadas tendremos una China con una visión y un poder de primer orden, Rusia volverá a ser una potencia, la Unión Europea deberá garantizar la dimensión militar de su fuerza económica. La supremacía norteamericana constituye un momento extraño de dominio absoluto y, según lo que parece, el Gobierno americano, con la fuerza de los grupos financieros de la tradicional derecha republicana y de la red de empresas transnacionales, entiende que es el momento y la ocasión de ejercer de imperio.

El día 11 de septiembre de 2001, me encontraba en Guatemala realizando un estudio para Naciones Unidas. Quedé conmocionado, como todos, con la tragedia. Pero era inevitable hacer una comparación extraña: la víspera había mantenido reuniones con organizaciones comunitarias locales. Los líderes sociales eran todos sorprendentemente jóvenes. La razón era muy sencilla: durante los años anteriores, doscientas mil personas habían muerto, la mayoría miembros de movimientos sociales, y treinta y cinco mil seguían desaparecidas. Una masacre sistemática y organizada con un fortísimo apoyo financiero y militar de Estados Unidos, y aconsejada por las empresas de comercialización de plátanos como la *United Fruit*. El mundo sigue ajeno a esta masacre, que sólo conocen aquellos que leen los folletos de denuncia que van de mano en mano, o los informes de las Naciones Unidas. Las masacres de Guatemala comenzaron cuando Estados Unidos derrocó a su presidente legalmente elegido, Jacobo Arbenz. Hoy el país tiene un gobierno elegido, de extrema derecha, pues las milicias paramilitares que se crearon siguen estando organizadas y las elecciones son libres en el sentido de libertad acompañada.

Esto no es una novedad. En 1952, la CIA derrocó a Mossadegh, dirigente iraní que estaba dispuesto a que el petróleo de su país sirviera a los intereses de su propio país. Se inventaron a un Reza Pahlevi, que modernizó el país, especialmente las fuerzas armadas y una equipadísima policía secreta llamada Savak. La occidentalización impuesta desde el poder condujo a un aislamiento político gradual del régimen y la

vuelta del país a un tipo de medievalismo religioso con el Ayatolá Joméini. Entonces, Estados Unidos equipó a Irak en su guerra contra Irán. Cuando Irak utilizó el gas mostaza, Estados Unidos le siguió prestando su apoyo. Los informes del Pentágono de agosto de 2002 confirman que en aquella época los americanos ya lo sabían, pero que, como el blanco era militar, lo consideraron adecuado.

Durante la guerra de Vietnam, los americanos se molestaron con el régimen moderado de Norodom Sihanouk, de la vecina Camboya. Querían un régimen situado más a la derecha del espectro político. Derrocaron al príncipe dando una serie de golpes y contragolpes de Estado, tras los que cada nuevo gobierno masacraba a aquellos que podían estar vinculados con el gobierno anterior. Los muertos se cuentan por millones. Los americanos no querían masacres, sólo querían un gobierno aliado.

Sukarno, en Indonesia, era otro personaje que quería dar prioridad a los intereses internos del país. Fue derrocado con la participación ostensible de los americanos y sustituido por Suharto, uno de los dictadores más violentos y corruptos que se hayan conocido, según los análisis de los propios americanos. Los americanos no querían que hubiera violencia o corrupción, querían un gobierno aliado.

No queremos construir el equivalente literario del Muro de las Lamentaciones de Jerusalén. Pero lo cierto es que si Estados Unidos no extendiera sobre Israel su manto de protección financiera y su ayuda militar, éste no se atrevería a anexionarse los territorios de los países vecinos. Aquí, el problema no es contar con un gobierno aliado, sino contar con la amistad de la inmensa e influyente colonia judía norteamericana, que además controla buena parte de los medios de comunicación y, en consecuencia, de la opinión pública. No es posible elegir a un presidente americano sin esta colonia. Todo tiene un motivo.

Estos pocos ejemplos suelen; olvidarse. Con las políticas de información actuales, en las que los periódicos publican a diario grandes novedades desvinculadas del pasado, se pierde la perspectiva. La realidad de ayer parece sumida en un gran agujero negro, tragada por las novedades de cada día. En esta curiosa deformación, el tiempo parece perder su profundidad, y la historia su sentido.

Pero merece la pena recordar, aunque sea rápidamente la persecución al Congreso Nacional Africano, hoy en el poder en Sudáfrica, y anteriormente calificado como terrorista; la creación, de cabo a rabo, del llamado Frente Roberto Holden, y el apoyo militar a las fuerzas del *apartheid* de la Unita, en Angola, que generó una guerra que sólo acabó en 2001; el apoyo al dictador Somoza, de Nicaragua, y a la organización

militar de los sandinistas, que ha desembocado en el caos actual; el asesinato de Patrice Lumumba; el apoyo a Moise Tschombe y a Mobutu, los sucesivos dictadores del Congo, otros gigantes de la represión y la corrupción; la organización del golpe militar que derrocó a Salvador Allende, presidente electo de Chile, curiosamente también un 11 de septiembre; el apoyo a la dictadura militar de Argentina, cuyas secuelas todavía hoy notamos, por la destrucción de las estructuras organizadas de la sociedad civil; el apoyo al golpe militar en Brasil. La lista es larga y abarca todo el siglo xx. El apoyo al intento de golpe de Estado contra el presidente electo de Venezuela fue en 2002, y la subversión de su régimen está en curso. Como está en curso la intervención en Colombia, mientras que la intervención en Irak está mostrando su dimensión trágica.

Uno de los libros más importantes sobre Estados Unidos es el estudio de Gunnar Myrdal, *Un dilema norteamericano*, escrito allá por la década de 1940. El mensaje central de Myrdal es una pregunta: ¿cómo cabe en la cabeza del americano simultáneamente su creencia en la libertad, la democracia, el respeto al individuo, etc., y el racismo, la discriminación y el tratamiento truculento, de los pobres?

Paulo Freire se encontró un día en Estados Unidos a una viejecita sentada en la calzada: curioso y solidario como siempre, le preguntó si era americana: «No, respondió la viejecita, soy pobre». No es posible eludir una conclusión tan simple, cuyas implicaciones son, al mismo tiempo, tan importantes: el poder en Estados Unidos se asienta sobre una inmensa base de hipocresía.

Mantener una guerra entre Irak e Irán se vería como un gran negocio, y Estados Unidos apoyaría a Irak de forma generosa, incluso a Sadddam Hussein. La democracia nunca ha sido el punto fuerte de los países islámicos, y mucho menos de Turquía, a la que tanto han apoyado los países ricos, o de Arabia Saudí. En cambio, Hussein aparece como el único bandido. Irak tiene la segunda base de reservas de petróleo del mundo. No es posible admitir que este país no sea un aliado.

La familia Bush, como se sabe, tiene a las empresas petrolíferas como principal apoyo político. Afganistán no tiene mucha importancia. No obstante, la expansión militar norteamericana en la región continúa de forma acelerada. Con el pretexto de combatir el terrorismo, se instalarán bases en los países limítrofes: en Kirguistán, Uzbekistán, Kazajistán y otras ex repúblicas soviéticas. Al sur, está Afganistán. Al norte, las grandes reservas de la región del Caspio, que Hitler quería alcanzar librando

la dura batalla de Estalingrado. El *Business Week* del 27 de mayo de 2002 presenta como artículo de cubierta el inmenso avance que significa la entrada en la región para los intereses petrolíferos de Estados Unidos: bajo el título «La próxima frontera del petróleo», el estudio comenta «cómo los soldados, aquellos que se dedican al petróleo y los diplomáticos americanos están abriendo una nueva esfera de influencia en las fronteras de Rusia»¹. «Las armas», explica el artículo, «servirán también, claro está, para proteger el petróleo; un petróleo que Washington espera que disminuya la dependencia de Occidente del Golfo Pérsico, y también para sacar a las naciones del Cáucaso y de Asia Central de una severa pobreza». El final del párrafo es casi poético.

Entre los grandes grupos que intervienen con los americanos en la región se incluyen ChevronTexaco, Exxon Mobil, BP, PLC y Halliburton. El mayor inversor es *British Petroleum*, lo que en buena parte explica el entusiasmo de Blair a la hora de hacer que los militares ingleses luchen contra Bin Laden y sobre todo que acompañen las incursiones norteamericanas en la región. El dossier publicado por *Business Week* muestra, país por país, los intereses militares y los intereses energéticos.

¿Le suena al lector? Mientras las embestidas continúan en la zona del petróleo, los medios de comunicación internacionales nos bombardean con imágenes de los distintos personajes a los que debemos odiar: Jomeini, Gadafi, Castro, Bin Laden, Saddam Hussein, las amenazas para el mundo. ¿Qué haríamos sin la protección norteamericana? El general Shephard, en una entrevista a la CNN en Estados Unidos, lo deja bien claro: «*We are the world peace keepers, like it or «oí»*. Somos los guardianes de la paz, les guste o no...².

Si no existiera Bin Laden, habría que inventarlo. Lo cierto es que Estados Unidos se está dotando de instrumentos internos y externos de control que preocupan/Internamente, se está construyendo una inmensa red nacional que consiste en que cada americano debe ser un vigilante de sus vecinos, y el proyecto es llegar a que uno de cada veinte americanos sea un informador. En las universidades, el

¹ «American soldiers, oilmen and diplomáis are rapidly getting to know this remote córner of the world, the oíd underbelly of the Soviet Union and a región that has been almost untouched by Western armies since the time of Alexander the Great. The game the Americans are playing has some of the highest stakes going. What they are attempting is nothing less than the biggest carve-out of a new U.S. sphere of influence since the U.S. became engaged in the Mideast years ago», *Business Week*, May 27,2002, p. 43

² Entrevista en el canal de televisión CNN, 7 de junio de 2002 — En inglés, el «like it or not» puede referirse tanto al público no americano (les guste o no), como al público americano (nos guste o no). Stephen Kinzer, en su libro *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawai to Iraq*, recorre un siglo de golpes de Estado organizados por los grupos dominantes de Estados Unidos.

Pentágono está negociando un proyecto con tres vertientes: control de los estudiantes extranjeros, control de la investigación científica y autorización previa de las publicaciones³. Las iniciativas son muchísimas, y asustan.

En el ámbito externo, la patada que Estados Unidos ha dado sin ceremonia alguna a los acuerdos de Kyoto lleva implícita un mensaje a la comunidad internacional. La «censura» al diplomático brasileño Bustani, que osó sugerir que Estados Unidos también debería someterse a controles, sirvió para recordar a todos los funcionarios de las organizaciones internacionales que hay naciones más *Unidas* que otras. Además de no adherirse al tribunal penal internacional, de enorme importancia para la construcción gradual del gobierno planetario, Estados Unidos está amenazando con retirar su apoyo militar a cualquier gobierno que no reconsidere su adhesión.

Aisladamente, estas iniciativas preocupan, y mucho. En conjunto, señalan una voluntad clara de empleo de la fuerza militar, económica y mediática en todo el planeta, sin que haya una fuerza que pueda ejercer de contrapeso. Y el freno interno, la oposición democrática de los propios americanos, puede llegar a ser simbólico frente a la intensidad con la que se agita, al mismo tiempo, la bandera americana en los distintos espantajos externos.

Gobierno corporativo

Las nuevas tecnologías están permitiendo una concentración real de poder jamás vista. Y una excesiva concentración de poder no es saludable para la sociedad. En este sentido, sin duda, es importante preocuparse por la asimetría de poder que se ha generado en el caso norteamericano, un poder basado en una organización de segmentos religiosos particularmente conservadores, de sectores militaristas tradicionales y de grandes empresas transnacionales. Es fácil ser antiamericano, como es fácil ser pro americano. Hoy, en cambio, cuando el planeta se hace pequeño y asistimos a la globalización, tenemos que ser pro humanidad, y entender los desequilibrios que pueden amenazarnos.

Un factor clave en estos desequilibrios es la empresa. No nos referimos a la iniciativa empresarial en general, sino al mega poder económico de las grandes empresas que controlan actualmente la política, dominan los medios de

3. ³ Véase el artículo de Daniel G. Dupont, «Staying Open: universities worry about the strain on academic freedom in the face of classified research», *Scientific American*, septiembre de 2002, página 10.

comunicación, pero no rinden cuentas a nadie salvo a sus accionistas, que a su vez sólo se fijan en los resultados económicos, la «bottom line», el beneficio a cualquier coste.

El caso Enron es emblemático en este sentido, pues además del gigantesco poder económico y político que concentraba, tenía como único control a una empresa de auditoría financiada por sus consultoras. Antiguamente, el dueño de una empresa se cuidaba mucho de que su nombre no se viese mancillado por prácticas ilícitas. Hoy, con el gigantismo empresarial y la separación de la propiedad y de la administración, casi se han diluido las responsabilidades, lo que conduce a un «todo vale» empresarial que no podemos seguir ignorando. Enron, festejada como empresa-modelo por la *Harvard Business Review*, que se presentaba como ejemplo de «responsabilidad social», tenía en el momento de su quiebra una red de 1.800 empresas fantasma para llevar a cabo manipulaciones y fraudes financieros. No es casualidad que Paul Krugman considere que la implosión de Enron constituye un hecho históricamente más importante que el drama de las torres de Nueva York.

Las grandes empresas de especulación financiera – los llamados «inversores institucionales» – gestionan cientos de miles de millones de dólares, no propios, sino de millones de ahorradores. Esto confiere a los especuladores una palanca de poder financiero sin precedentes en la historia. Consideremos el caso de Argentina: una gran empresa financiera americana solicita préstamos en pesos a bancos argentinos que abren generosamente sus arcas, pues no se niegan préstamos a una gran empresa financiera americana. Con los miles de millones prestados, la empresa compra dólares en el mercado local. Argentina (un país) tiene reservas en dólares del orden de quince mil millones de dólares. El inversor institucional (una empresa) tiene ciento ochenta mil millones de dólares. Se crea en el mercado argentino una carrera por el dólar, se agotan las reservas, el sistema bancario se ve obligado a cerrar. Cuando vuelve a abrir, el dólar que estaba 1 a 1 con el peso argentino, está a 3,5 pesos por dólar. El inversor revende una parte de sus dólares a 3,5, paga los préstamos en pesos argentinos, con los impuestos y todo, pues es una empresa honesta, y se lleva por cada mil millones invertidos un beneficio de unos seiscientos millones de dólares sin haber producido un solo par de zapatos. Es un casino global. El responsable de la empresa, el señor El-Erian, explica el mecanismo en una entrevista que concede a la prensa, para mostrar que se han servido bien los intereses de los accionistas norteamericanos.

El detalle de los mecanismos puede leerse en el libro del premio Nobel de economía,

Joseph Stiglitz, que en calidad de economista-jefe de la Casa Blanca y después del Banco Mundial seguía este tipo de operaciones en detalle (especialmente en Asia) y que dimitió y escribió un libro demoledor: *El malestar en la globalización*. Stiglitz no es una persona de izquierdas, es una persona consciente de que no quiere participar en un mecanismo que descoyunta las economías, perjudica los procesos productivos y genera inestabilidad internacional.

Es importante señalar la aparición de una serie de teóricos de primera línea que han adoptado una visión muy crítica, pero que no tienen su origen en la izquierda tradicional. Es el caso del propio Stiglitz, pero también de David Korten, con su excelente estudio «When Corporations Rule the World». Korten tiene como origen el movimiento social, y la experiencia en Usaid, y también acabó denunciando el sistema de poder generado por las grandes empresas. Jeremy Rifkin, con su *La era del acceso*, donde analiza el control de la cultura por las grandes empresas, o el comportamiento ambiental de empresas como Monsanto, tampoco forma parte de la izquierda en el sentido tradicional. Lawrence Lessig, que estudia en su *The Future of Ideas* el proceso de control sobre el conocimiento, Hazel Henderson con sus estudios sobre la necesidad de superar la competencia y buscar procesos cooperativos, y Juliet Schor con sus estudios sobre «The Overworked American», todos ellos se encuadran en una corriente que no se interesa mucho por las visiones tradicionales estatistas o privatistas, y tienen conciencia de la necesidad de construir dinámicas sociales y económicas innovadoras.

Joel Bakan escribió un libro especialmente interesante llamado *The Corporation*. Bakan es un pragmático, que corrobora que la empresa «tiende a ser más rentable, hasta el extremo de ser capaz de hacer pagar sus costes al pueblo por sus repercusiones en la sociedad». El resultado es por ejemplo la obesidad que hoy afecta al 30% de los niños norteamericanos, mientras las empresas de comida rápida luchan para que se instalen puntos de venta dentro de las propias escuelas. Lester Brown, en una visión amplia, confirma que «el modelo occidental de desarrollo industrial, es decir, la economía basada en combustibles fósiles y que gira en torno a la cultura del automóvil» lleva a un callejón sin salida: «We are over-consuming the Earth's natural capital, forests are shrinking, fisheries are collapsing, water-tables are falling, soils are eroding, grasslands are deteriorating from over-grazing. This over-consumption of natural capital artificially inflates economic output, including good output. We are developing a bubble economy»⁴

⁴ Lester Brown — World in Balance: Voices of Concern — www.pbs.org/wbgh/nova/worldbalance/voice-

Las grandes empresas, al acumular el poder económico, el control político y la manipulación de la información, se han convertido por tanto en una amenaza de primer orden. Como las empresas gastan un billón de dólares por año en publicidad, con lo que son artífices del sostenimiento económico de los medios de información, lo que pasa realmente en el mundo empresarial rara vez llega a los medios de comunicación de masas. El proceso tiene una faceta irónica, pues somos nosotros los que pagamos esta publicidad, cuyo coste va incluido en el precio que pagamos por los productos. En cierto modo, pagamos para que nos engañen.

Dos reflexiones se imponen en este punto. La primera es que no podemos descartar la ola crítica que se alza como si procediera de izquierdistas frustrados, de gente del pasado. Se trata de un movimiento profundo de indignación que se alza de forma progresiva desde las más variadas áreas científicas y empresariales. La segunda es que todo eso no se resuelve con la tradicional división del universo entre buenos y malos: tenemos que entender las dinámicas, separar la cizaña del trigo, y buscar soluciones diversificadas en una sociedad cada vez más compleja.

Gobierno global

El planeta está maduro para ciertos tipos de gobierno global. Los sistemas de especulación financiera, la actividad que se globaliza tan fácilmente con las nuevas tecnologías, están simplemente desarticulando el proceso básico de desarrollo económico, que consistía en el circuito trabajo-producción-beneficio-inversión-salarios-consumo-producción, y así sucesivamente. Y no existe un banco central mundial, lo que lleva a un caos en el que el beneficio se lo queda el más fuerte y no el más productivo, y que conduce a las economías frágiles a la quiebra, y éstas son precisamente las que más necesitan evolucionar para equilibrar el sistema mundial. El hecho de que un Soros o un Gates den millones de dólares aquí y allá para los pobres no cambia nada en el sistema.

El control de los medios de comunicación, que está hoy en manos de media docena de magnates, constituye otro problema clave, pues un planeta desinformado genera únicamente ciudadanos impotentes y la pérdida de la capacidad de organización social. Así es como reina

Estados Unidos. La India y China representan un 40% de la población del planeta, y lo que pasa en estos países nos interesa a todos. Prácticamente, nunca aparece nada en los medios de comunicación sobre ellos. Perdemos hasta la noción de lo desinformados que estamos. Lo más trágico cuando no sabemos algo es que se trata de dimensiones de la realidad que simplemente desconocemos, por lo que no tenemos conciencia del vacío.

El crimen organizado ha alcanzado dimensiones planetarias. Incluye desde traficantes de droga, que destruyen cientos de millones de vidas, hasta bancos que blanquean dinero – entre los que se enfrentan actualmente a procesos por este motivo se encuentran American Express, CityGroup y empresas de este calibre – y fabricantes de armas de pequeñas dimensiones, que alegan ser honestos productores y comerciantes – «we don't pull the trigger», dicen indignados –, y aquellos que venden materiales radioactivos. Estados Unidos es responsable del 48% de las exportaciones de armas en el mundo. ¿Qué se recoge cuando se siembra esto? Un análisis del *Business Week* sobre el uso del comercio electrónico en Estados Unidos reflejaba que el 70% de las transacciones tienen que ver con actividades antisociales o delictivas. Organizar redes delictivas mundiales se ha convertido en algo tan práctico...⁵

La lista es larga. No es posible salvar los mares sin una política mundial, ni hay modo de prevenir el calentamiento global, proteger el agua, o controlar determinadas enfermedades. El hecho es que la globalización de los problemas ha alcanzado tal nivel que no permite postergar el desarrollo de instrumentos de gobierno planetario.

Existen algunas filosofías básicas de construcción de gobierno planetario. La Unión Europea ha creado una visión de aproximaciones negociadas entre países, con consultas democráticas que permiten por ejemplo que hoy Dinamarca e Inglaterra participen de la Unión pero no acepten la moneda común. Se trata de un proceso de articulaciones horizontales. Surgió, es necesario decirlo, de condiciones específicas, y en particular de las inmensas masacres de la Primera y Segunda Guerras Mundiales, que generaron una dinámica que exigía decir «basta».

En los últimos años, ha surgido otra visión que busca revisar las organizaciones

⁵ Datos de la prensa internacional. El 48% referente a las exportaciones de armas puede encontrarse en los anuarios de Naciones Unidas. Sobre el uso delictivo de Internet, véase el artículo de cubierta del *Business Week* del 2 de septiembre de 2002: «North of 70% of all e-commerce is based on some socially unacceptable if not outright illegal activity». El artículo menciona fraudes financieros, explotación infantil, recetas médicas ilegales, producción de pasaportes y documentos de identidad, piratería, etc. Curiosamente, el asedio comercial que llena de basura nuestros buzones (reales y virtuales) no se menciona entre las actividades ilegales. En relación con el comportamiento de las propias empresas, una excelente lectura es el libro de John Perkins, *Confessions of an Economic Hitman* (confesiones de un sicario económico). Perkins, que fue economista-jefe de Maine, simplemente describe cómo se negocian los contratos internacionales de infraestructuras y cómo se organiza el puente entre la economía y la política en la gran empresa.

multilaterales en el sentido de garantizar el gobierno global. En esencia, la propuesta consiste en reformular el Consejo de Seguridad de la ONU ampliándolo para formar una suerte de ejecutivo mundial. Las grandes agencias financieras internacionales, el FMI, el Banco Mundial y el BIS (Banco Internacional de Compensaciones, con sede en Basilea), formarían una especie de banco central mundial. La Asamblea General de la ONU, modificada para asegurar una mayor representatividad, formaría una especie de parlamento mundial. Y las agencias especializadas, como la FAO, la UNESCO, la UNICEF, etc., formarían ministerios especializados en agricultura, educación y así sucesivamente.

¿Una mega-burocracia mundial resolvería los problemas? Los más de 50 años de funcionamiento de la ONU, e incluso anteriormente los veinte años de la SDN (Sociedad de Naciones), demostraron que una burocracia de este tipo depende de las fuerzas políticas, económicas y militares reales que están detrás de la toma de decisiones.

Otra tradición más antigua se remonta a Bismarck, que para transformar las provincias alemanas en un país comenzó en 1866 con un mercado común – el *Zollverein*, un tipo de *Alca* de la época – para luego, al provocar una guerra con Francia, unir a todos bajo las alas de Prusia *contra el enemigo común*. Así, la mayor potencia absorbe a las demás en un proceso económico, político y militar a un tiempo, en el que el más fuerte impone la lógica.

Los americanos, por lo que todo indica, conocen a Bismarck, y ya tienen la respuesta. En un largo artículo, la revista *Time* plantea de forma clara la vocación de Estados Unidos de liderar el mundo. La razón invocada es simple: *we have earned it*, nos lo hemos ganado. ¿Estados Unidos será lo suficientemente fuerte? ¿Basta con ser más fuerte? ¿Hasta qué punto la visión simplista del mundo de los americanos podría convertirse en un modelo patrón para el planeta, con sus inmensas diferencias culturales y sus altibajos económicos?

El análisis del mundo realmente existente sugiere otras vías. En una recopilación de estudios sobre la «democracia cosmopolita», titulada *Re-imagining Political Community*, se confirma: que, prácticamente, todas las organizaciones del planeta, grandes o pequeñas, políticas o económicas, privadas o públicas, y en particular las organizaciones de la sociedad civil, están tejiendo un impresionante entramado de relaciones planetarias. Al revisar los acuerdos internacionales de la PUC de São Paulo, corroboramos que, en el 2.000, esta universidad había realizado cerca de mil quinientas acciones de cooperación internacional. Hoy, cualquier ONG tiene un sistema cada vez más rico de relaciones internacionales. Cualquier hospital desarrollado tiene una red de intercambio de médicos, de intercambio tecnológico y de otros tipos. La recopilación sistematiza este tipo

de transformaciones y diseña lo que se ha llamado *the proliferating networks of an ever more interdependent world*, la proliferación de redes en un mundo cada vez más interdependiente.

Según este concepto, «para adquirir la legitimidad y el apoyo que necesitan para mantenerse, los mecanismos de gobierno que produzcan resultados evolucionarán probablemente a partir de un proceso desde abajo hacia arriba en lugar de un proceso desde arriba hacia abajo»⁶.

En otras palabras, lo que se plantea es la construcción de la democracia planetaria y de la articulación en red de los más diversos actores sociales, y no sólo de una visión internacional o multilateral. Las organizaciones de la sociedad civil han avanzado rápidamente en este aspecto, como se constata en las reuniones del Foro Social Mundial y en la idea de que «otro mundo es posible».

Pero la realidad es, en general, que la construcción de una capacidad de gobierno planetario, de organización del proceso caótico y destructivo que preside nuestras transformaciones y que los fundamentalistas tecnocráticos llaman, educadamente, «neoliberalismo», apremia cada vez más, y nuestra impotencia institucional es cada vez más preocupante.

Los desafíos del planeta son dramáticos. La economía se ha globalizado en gran medida, mientras que las políticas económicas siguen estando segmentadas por naciones. Los sistemas internacionales heredados de Bretton Woods se propusieron para estructurar y afrontar con cierto orden las diferencias entre *naciones*, y no funcionan en los contextos globales. Las polarizaciones entre ricos y pobres son cada vez mayores sumando la exclusión digital a la exclusión económica. La vida en los mares se está destruyendo. Ya no hay dudas sobre el calentamiento global, pero no se consigue tomar medidas. Frente al caos que gradualmente se instala, la cuestión no es denunciar a Estados Unidos. La cuestión es que el planeta no puede prescindir de un Estados Unidos democrático, que contribuya de manera activa al gobierno global. Como mínimo, puede decirse que, en este comienzo de milenio, no está contribuyendo.

⁶ James Rosenau, *Governance and Democracy in a Globalizing World*, p. 33; en Daniele Archibligi, David Held & Martin Kohler, *Re-imagining Political Community*, Stanford University Press, California 1998. En el texto original, el texto de Rosenau es: «In order to acquire the legitimacy and support they need to endure, successful mechanisms of governance are more likely to evolve out of bottom-up than top-down processes».

Identidad y cultura

Somos seres culturales, y la cultura es un proceso social. En los procesos culturales, las dinámicas racionales intervienen relativamente poco. O, en todo caso, mucho menos de lo que pensamos. Y la cultura es también mucho más poderosa de lo que pensamos en general. Vamos todos corriendo y matándolos a trabajar y nadie se para a preguntar: ¿hacia dónde corremos?

Andrés Duany, un urbanista que mandó a «freír espárragos» a las grandes constructoras y concesionarias de obras públicas (¿se acuerdan de *El show de Truman!* Se rodó en *Panamá City*, que él mismo diseñó), ha empezado a desarrollar barrios donde se mezclan residencias y servicios, donde no necesitamos ser esclavos del volante, con pequeños espacios agradables para la convivencia diaria, y distancias a pie (*pedestrian-friendly neighbourhoods*), donde no se busca tanto demostrar el éxito individual del propietario, como reforzar el ambiente comunitario. «El éxito – comenta Duany – no sólo consiste en decir "mi casa demuestra que tengo buen gusto", sino "mi hija tiene más amigos que antes"».

Estamos todos cada vez más cansados de una vida llena de coches, violencia, desperdicio y contaminación. Mientras, las megaempresas que dirigen la política y las orientaciones económicas mundiales también han acabado por controlar los medios de comunicación, y orientan sistemáticamente nuestros comportamientos hacia una civilización de competencia, pillaje, dominación, éxito y consumismo desenfrenado. Es mucho más fácil manipular al consumidor que innovar en los procesos y los contenidos de la producción...

La lógica del proceso no nos lleva a ponernos contra las empresas, contra las actividades económicas, sino que hace evidente que las actividades económicas no pueden orientarse únicamente hacia el beneficio. Sin un sólido contrapeso de sociedad civil organizada que haga predominar el interés prosaico de nuestra felicidad interna bruta, nos encaminamos hacia una catástrofe en el plano social, ambiental y económico.

Las formas de organización de nuestra vida cotidiana se nos presentan como opciones *propias* y los mensajes de publicidad insisten directamente en que son nuestras opciones, que son *naturales*. Si fuesen tan naturales, no serían necesarios tantos miles de millones de dólares de publicidad para inducirnos a hacerlas propias. Y si no funcionasen, estos mensajes no contarían con la financiación de las empresas que impulsan sus productos, su visión del mundo. Es muy curioso el modo en que se

trata de sustituir pulsiones naturales por productos comprables: la imagen del coche aparece deslizándose suavemente por una carretera pequeña en el campo, con ríos, cataratas, paisajes verdes, cosas que las empresas de manipulación saben de sobra que son poderosas y auténticas. Pero el resultado será un coche y millones de idiotas sentados uno detrás de otros en un atasco.

A mi parecer, subestimamos de forma dramática el peso que tiene en nuestra vida cotidiana la individualización a la hora de cubrir nuestras necesidades y el proceso de atomización social. La familia, en la visión corporativa, es una unidad básica de consumo. La comunidad es un desperdicio. En el universo social atomizado que se ha ido creando, la comunidad se ha compartimentado en familias aisladas. La familia ampliada, llena de tíos, abuelos, primas inolvidables, aquel alboroto que todavía encontramos en universos menos «capitalizados», se ha visto sustituida por la familia nuclear, que sólo incluye a padres e hijos. Como nadie puede aguantar el universo claustrofóbico que se ha ido creando, los matrimonios se separan. En Estados Unidos, sólo una cuarta parte de las casas tienen padres e hijos: la mayoría ya alberga a individuos aislados, madres cabeza de familia y similares. En cada apartamento o casa de las afueras encontramos la misma prosperidad del coche, la nevera, la televisión y el ordenador. Y la misma soledad.

Como nos bombardean al mismo tiempo con una imagen social de éxito, los que aguantan mantienen entre marido y mujer y entre padres e hijos un semblante civilizado de convivencia, repleto de hipocresías que no se deben a que las personas sean hipócritas por naturaleza, sino simplemente al poder de la imagen idílica que nos presentan en cada novela, en cada anuncio, en cada película, de padres jóvenes y rubios que se quieren mucho y quieren mucho a sus dos hijos rubitos, pintando su casa con aquella pintura que deja la casa más blanca. Todo esto genera un profundo sentimiento de artificialidad y da lugar a una humanidad solitaria e infeliz. La película *American Beauty*, aunque es exagerada y simplista, refleja bien este universo absurdo.

El ser humano no puede ser feliz si limita su convivencia social a la familia nuclear – que termina colapsándose – y a las relaciones funcionales y a menudo artificiales del mundo profesional. Lo que refleja *American Beauty* es un enorme sentimiento de asfixia social que nos ha sido impuesto literalmente por un sistema de acumulación consumista grotesco y sin sentido.

En los solitarios vibradores electrónicos a los que se nos pretende reducir, ya no hay

espacio para el deporte, la música, ni para otras mil formas de convivencia social. Una generación entera entra en el mundo de la imagen, en el que el libro ya no tiene ninguna función. El deporte no es ya el rato de ocio en el que un gordito puede permitirse quitarse la ropa *buena* y correr torpemente detrás de una pelota con los amigos del barrio: el deporte es una cosa que la gente ve, sentada en el sofá, comiendo frutos secos, y en la que atletas musculosos y maravillosos hacen cosas maravillosas.

La música no es ya un grupo afinado o desafinado que toca alrededor de una cerveza en la esquina: es un CD con los maravillosos cantos de Pavarotti, o las tonterías de la MTV, que un solitario corredor de *footing*, que camina solo y silencioso por los parques, *ejercitándose*, escucha por unos auriculares. El deporte se ha convertido en un verbo pasivo, como sellan vuelto pasivos la música y el sexo. La plaza ya no es un espacio donde se convive y, si nos sentamos un rato en un banco, puede que nos tomen un desempleado y seguramente alguien vendrá a pedirnos la documentación. El baile del barrio ya no existe, pues tenemos diariamente, un plato lleno de mujeres neumáticas que bailan para nosotros y creen que son lo mejor por agitar con pericia el culo delante de la cámara, La propia iglesia, a la que íbamos para hacer honor a la verdad, para ver a las niñas arregladas más que por los sacramentos, pero que constituía un entono importante de construcción de valores, de expresión espiritual, se ha transformado en un proceso de manipulación electrónica, porque se ha alejado del bario, de la comunidad, de la vida cotidiana de las personas.

Millones de hombres y mujeres ven a diario las novelas que les tan poco de vida a falta de una vida propia. En vez de buscar un compañero suena con las proezas de sus ídolos electrónicos. No se trata ya de una novela, es tu vida, *tú decides*. Es una vida presta da, la vida que se ve, en vez de vivirse. La dimensión es muy amplia. Millones de pósteres esparcidos por el mundo, en cada esquina, en cada establecimiento comercial, nos bombardean de forma incesante con mujeres más o menos desnudas para sugerirnos que compremos un nuevo electrodoméstico. ¿Es inocente para nuestra felicidad cotidiana este permanente desvío de las pulsiones afectivas hacia comportamientos consumistas?

Esta visión de un cambio radical cualitativo, que implica una nueva cultura del desarrollo y de la actividad económica, es esencial. Hasta ahora, las fuerzas progresistas se han concentrado en dotar de mayor eficiencia a su propuesta o de mayor justicia redistributiva. Es muy difícil redistribuir cuando la cultura de la desigualdad ha calado hasta en el propio contenido de la producción. Si las

megaempresas erigen un mundo idiota, ¿debemos socializar la idiotez?

Cuando los procesos culturales se convierten en la dinámica determinante de los procesos económicos, es probable que tengamos que reflexionar sobre las alternativas propias a la cultura que se ha generado. En realidad, lo que estamos buscando es una alternativa de civilización.

Vientos de cambio

La vida no tiene por qué ser absurda. Además, las empresas, el mercado y los intereses privados sólo tienen sentido si están al servicio de una vida mejor y no si ponen nuestras vidas al servicio de sus necesidades de acumulación insinuándonos, además, que debemos estar agradecidos por tener trabajo.

Sabemos que, ante un campo en medio de la ciudad, un empresario se indignará porque a nadie se le haya ocurrido hacer un centro comercial. Otro imaginará un aparcamiento, mientras que un publicista pensará que es simplemente ridículo que los que están en el parque no se marchen a casa donde podrían, instalados cómodamente en el sofá, ver imágenes lindísimas de parques distantes entre un anuncio y otro. No hay maldad en ello. Sólo buscan maximizar su dinero con mucha competencia técnica y sin inteligencia vital alguna. Nosotros, como sociedad, debemos organizarnos para recuperar las riendas del proceso, para dejar a nuestros hijos un universo menos violento, menos bárbaro y más humano.

No hace mucho fui a dar un curso a Recife. El mismo centro de la ciudad donde trabajé en 1963 ha sufrido una transformación radical: se han restaurado los edificios con todo el esplendor de su antigua arquitectura. Las plazas están limpias, iluminadas y arboladas. El puerto se ha abierto al público y se ha transformado en un espacio de ocio. Las estrechas calles del barrio antiguo son hoy una sucesión de bares y restaurantes con mesas en anchas aceras, y el tráfico ha sido desviado. Una orquesta toca música en directo en medio de la calle, un gran baile popular mueve a los matrimonios que redescubren sorprendidos el ritmo, la agitación, la carcajada y el interés por los demás. Y eso, toda la semana, no una vez al año por carnaval. Un carnaval que, de hecho, se ha convertido más en una industria televisiva, una cosa a la que se *asiste*, y ha dejado de ser una oportunidad de fiesta generalizada. En Recife, la gente ya no espera a verse en la cadena Globo.

Pese a las grandes empresas mediáticas, miles de comunidades del planeta están

creando radios y televisiones comunitarias que permiten la promoción de actuaciones y eventos locales, que sirven para articular las iniciativas de grupos diversos haciendo programas con los propios niños del barrio a los que sus familias asisten gustosamente al reconocer a los suyos. ¿Es tan indispensable Xuxa? Los magnates de los medios de comunicación y de la política que controlan la comunicación en Brasil conocen bien el peligro de esta tendencia y por eso denuncian a diario a las «radios pirata» sugiriendo que son las comunidades que se dotan de instrumentos de integración comunicativa las que causan la caída de aviones... En el mundo del *todo vale por dinero*, realmente vale todo.

Millones de personas en el mundo están dejando de confiar su dinero a los bancos privados, que sirven a mecanismos mundiales de especulación, y están acudiendo a los bancos comunitarios de diversos tipos, como el Grameen en Asia o el banco Portosol de Porto Alegre, que están surgiendo con tanta rapidez en todo el planeta. Un banco oficial como el *Banco do Nordeste* está generalizando los créditos a micro productores, crédito garantizado únicamente por la palabra de quien lo toma, y organizado por centenares de agentes de crédito comunitario que operan en los municipios más recónditos del nordeste de Brasil. Los pobres tienen palabra y el impago es inferior al 2%. La empresa, en compensación, tiene abogados e intereses.

Millones de personas en el planeta comienzan a consumir siguiendo criterios de responsabilidad social y ambiental, evitando comprar en los supermercados y las tiendas productos asociados al trabajo infantil o a los tóxicos agrícolas. El fenómeno es lo bastante poderoso como para que miles de empresas traten de reconstruir su reputación luchando por el derecho al «sello verde» en sus productos, al sello de empresas amigas de la infancia de la fundación Abrinq y un sinfín de iniciativas semejantes.

Ya sé ha constituido un movimiento poderoso de personas que exigen a sus bancos y a las empresas de inversión en las que depositan sus ahorros que el dinero no se invierta en empresas que perjudican el medio ambiente, que comercian con armas y similares. El movimiento Transparencia Internacional, que hoy ya está presente en 77 países, ha conseguido la exclusión de decenas de grandes empresas de cualquier financiación que implica recursos del Banco Mundial, por obtener contratos por medios corruptos.

Millones de personas ancianas, miembros de la llamada tercera edad, confinadas a menudo en un tipo de *sala de espera* en los apartamentos o casas urbanas, están

descubriendo que pueden, individualmente o organizados en grupos y asociaciones, utilizar las décadas de vida útil que tienen por delante ayudando a gestionar la comunidad a la que pertenecen, animando espacios de ocio y cultura, organizando el asentamiento en la comunidad de la salud preventiva, contribuyendo a arbolar los barrios y de muchos otros modos. Puede (y sólo *puede*) que ellos no dominen las últimas tecnologías cibernéticas, pero tienen un inmenso conocimiento humano, que es lo que más falta, y un formidable capital de tiempo libre.

Las iniciativas de este tipo están permitiendo que resurjan iniciativas económicas locales. Cautivas durante mucho tiempo de la idea de que el empleo *surgiría* de una *General Motors* o de otra multinacional, o de un *tren de la alegría* de algún político corrupto, las comunidades están descubriendo el potencial de la autoorganización. Paul Singer, que tanto aportó en términos de análisis económicos, hoy se arremanga y ayuda en la formación de cooperativas en todo el país. Los alcaldes de los municipios del Gran ABC (formado por los municipios de São André, São Bernardo y São Caetano) en la periferia de São Paulo han organizado una cámara regional que permite dinamizar las actividades de las pequeñas y medianas empresas, combinando los esfuerzos de los municipios, las empresas, los sindicatos, el Servicio Brasileño de Apoyo a las Pequeñas y Medianas Empresas (Sebrae) y las diversas universidades con el fin de crear un entorno favorable para el desarrollo de los pequeños negocios. Y los pequeños negocios son algo distinto, pues no constituyen una empresa que así como llega se va y así como crea empleos los destruye, según los cambios en los tipos impositivos en algún país distante. Las pequeñas empresas tienen dueños, barrio, identidad, no son *sociedades anónimas*. También cierran, pero se abren otras, y es muy fácil crear contextos favorables para hacerlas viables.

Yo participé en una reunión internacional organizada por Unicef en el sur de Italia. Se presentaron centenares de experiencias de renovación urbana que tienen como eje a los niños, que también son ciudadanos. Muchas ciudades ya tienen consejos consultivos infantiles en los ayuntamientos, a los que deben consultarse sobre todos los proyectos arquitectónicos que repercuten en sus intereses. Los resultados son eminentemente prácticos: se descubrió que el 50% de los niños no entienden las señales de tráfico. Como consecuencia de ello, se están rediseñando las señales destinadas a los niños para que puedan entenderlas. Se marcan en las calzadas y las calles *trayectos seguros* para facilitar el movimiento autónomo de aquéllos. Bajo la presión de los movimientos infantiles, que con frecuencia cuentan con el apoyo de organizaciones de profesores, se

están recuperando las plazas invadidas por los coches y transformadas en aparcamientos sustituyéndolas por plazas de verdad, con bancos, espacios verdes, agua, espacios de socialización y de humanización.

No se trata de enumerar en este pequeño estudio el universo que se está revelando con el consiguiente descubrimiento por las personas de que son personas, son sociedad y tienen derechos. De que son ciudadanos y no sólo clientes. Quienes tengan interés y voluntad pueden asociarse a iniciativas que hoy existen prácticamente en todas partes. Quienes quieran saber más al respecto, encontrarán un gran número de estudios, páginas de Internet y publicaciones alternativas. El movimiento ya es planetario, aunque es un gran desconocido para aquellos que creen que la realidad está sólo en los grandes medios de comunicación.

Lo esencial para nosotros es mostrar que el ciudadano común no es necesariamente un ser impotente. Puede votar con su bolsillo a la hora de comprar, votar con sus ahorros a la hora de decidir su aplicación financiera o votar con su trabajo voluntario apoyando organizaciones de la sociedad civil que están surgiendo por todas partes. Es impresionante el número de personas que optan por un salario menor en organizaciones del tercer sector, socialmente útiles, que pasarse la vida intentando alcanzar un éxito individual vacío.

El malestar que sentimos no es necesariamente de izquierdas o derechas, no es necesariamente de ricos o de pobres, de países desarrollados o subdesarrollados. Es un malestar de civilización, un malestar cultural, en el sentido más amplio del término. El ser humano ha abierto la caja, ha liberado fantásticas tecnologías, inmensos potenciales científicos. Pero sus necesidades siguen siendo prosaicamente humanas. Conjugar las tecnologías y el potencial económico para que sirvan a las necesidades humanas es la tarea simple e inmensamente compleja a la que nos enfrentamos. Esta tarea no exige más productos, exige más iniciativa y organización, exige más inteligencia social. Y no depende, lo que resulta de muchísima importancia, de esperar que una clase llegue al poder o esperar a que llegue un personaje redentor. Incluso es probable que no surja un poder político diferente hasta que no construyamos desde la base una sociedad que se rearticule y vuelva a tomar las riendas de su desarrollo.

La verdad es que necesitamos volver a encontrar el equilibrio. El sistema ha conseguido generar una realidad monstruosa, a través de segmentaciones enfermizas. Hemos conseguido separar la actividad económica de sus efectos ambientales,

sociales y culturales. Hemos aislado la teoría económica de la filosofía y de las ciencias sociales y políticas. Hemos creado un personaje enfermizo, el tecnócrata monofásico concentrado en el lucro. Y este personaje, por su propia posición en las megaempresas del planeta, y por las tecnologías que emplea, dispone de un gran poder para aplicar el sistema, pero no siempre para cambiarlo.

El universo dominado por el dinero, por el beneficio, por la comercialización y la publicidad tiene que volver a encontrar su eje, a estar al servicio de la vida, y no a su propio servicio. Y la economía, como ciencia, tiene que dejar de ser un instrumento obscuro de manipulación y justificación de intereses absurdos para volver a ponerse al servicio de la humanidad.

Abrimos este capítulo con una cita de Allan Bloom, un profesor norteamericano nada extremista. Podemos cerrarlo con él:

«En definitiva, la vida se ha transformado en una fantasía onanista ininterrumpida, preempaquetada comercialmente. Esta descripción puede parecer exagerada, pero sólo porque algunos prefieren que así sea.»

No es el espectro del haz y el martillo el que hoy ronda a las empresas del dinero, de los medios de comunicación, de la especulación, de la manipulación, y a sus eternos apoyos políticos. Es un rechazo cultural, es el inmenso saco lleno de una sociedad que quiere otra cosa y que se está poniendo manos a la obra.

Epílogo

Es bonita la palabra epílogo. Casi ha caído en el olvido. Pero como este libro busca alborotar con irreverencia la objetividad exagerada de la ciencia introduciendo la subjetividad de las vivencias, me parece útil este comentario final. Es como una manera de revisar el pensamiento.

A mí me gusta el queso blanco, los distintos tipos de queso fresco como el ricota, entre otros. En el pequeño espacio de mi bolsa llevo orégano, romero, albahaca, cebolleta, perejil, pimienta, ese tipo de cosas. Siempre me ha gustado comer bien. Sobre una buena rebanada de pan italiano, pongo queso, un poco de orégano, albahaca y un poco de pimienta negra recién molida. No supone una gran inversión. No me cuesta muy caro. En cambio, el placer es muy grande.

Naturalmente, se trata de una actitud que debe causar profunda irritación al empresario centrado en las economías de escala, la eficiencia y la competitividad. Y de hecho, el supermercado me ofrece el mismo queso blanco con finas hierbas, ya preparado, empaquetado y dentro de un plástico, 140 gramos por unidad, por cuatro reales brasileños y cincuenta centavos. En primer lugar, como las grandes empresas de producción del queso fresco pagan algo así como diez centavos por litro de leche a los productores, el plástico debe contener más o menos cinco centavos de queso y hierbas. No me gusta pagar cuatro reales por eso. Y, lo que es más importante, no necesito que una empresa me bombardee con productos empaquetados para «ahorrarme tiempo». No quiero pasarme la vida corriendo para ganar dinero para comprar cosas que me ahorran tiempo.

No todo puede hacerse en casa, y los extremismos no llevan a ninguna parte. A veces me gusta poner unas gotas de aceite en el queso, aceite que viene embotellado de Portugal y que merece la pena. Pero, últimamente, estoy usando un aceite oloroso de Giovinazzo, del sur de Italia, de una región que conocí en los tiempos en los que trabajaba en los ferrocarriles. Me resulta agradable saber que este aceite es de una cooperativa, que detrás de él hay familias tradicionales que saben todo lo que se puede saber de aceite.

El absurdo de la filosofía que nos rige cabe en un párrafo. La dinámica del éxito sugiere que la cooperativa de las familias tradicionales sea adquirida por una gran empresa de oleaginosas, que introducirá el *just-in-time*, sustituirá el aroma

característico de la acetona de este lugar por un gusto más suave capaz de llegar al *consumidor medio*, despedirá a los viejos que defienden formas tradicionales de producción y montará una organización eficiente donde todos se matarán a trabajar en un clima permanente de inseguridad. Luego la misma empresa promocionará el nuevo producto con una gran campaña publicitaria en la que aparecerá el *típico* viejecito italiano con su gorra afirmando que todo lo que se está haciendo es muy tradicional. Porque el *Big Business* desmonta lo que existe, pero no es idiota.

La verdad es que con quesos, amores y trabajo, no necesariamente en este orden, voy reconstruyendo mi vida. Del trauma inicial que supuso en mi adolescencia ver a los niños miserables de Recife a la indignación que siento hoy ante los 12 millones de niños que mueren en el mundo anualmente por causas ridículas, ha habido un cambio profundo, o tal vez un giro. Ha sido un giro amplio, de una visión emocional y rabiosa por los caminos secos y estériles de los modelos macroeconómicos hasta llegar a articular hoy una visión más informada, pero sobre todo más humana. He mantenido la indignación, y hoy sostengo la convicción de que los complejos argumentos que justifican el aplazamiento de la consecución de un salario digno, de la ayuda a los niños que pasan hambre, de un servicio de salud decente, constituyen, en su esencia, una racionalización vergonzosa de intereses que tienen poco sentido y que nos complican la vida a todos.

Nuestra sociedad está organizada alrededor de la lucha, de la búsqueda vacía de ser un vencedor. Yo, francamente, me siento un vencedor cuando puedo pasar la mañana con mis hijos, con mi mujer, Fátima, firme y frágil. Mi propia mujer, como dicen hoy en día. Hace un tiempo, durante unas vacaciones en Toronto, donde vive mi hijo mayor, nos quedamos jugando a la pelota en el césped. Toronto tiene un campo de césped cada media docena de manzanas, sin que tenga que haber un centro comercial. Y se entra en el campo sin carné de socio, sin joyas, sin uniforme obligatorio. Es un campo donde los seres humanos – es para quedarse pasmado – tienen la misma libertad de acceso que los pájaros o los perros. Y no es ni siquiera el gentil ofrecimiento de las *Casas Toronto*. Es el campo y – para mayor pasmo – no se aprovecha para poner a inmensas mujeres de papel que nos digan lo que tenemos que comprar para ser felices. Está rodeado de árboles de verdad.

Yo, a mis cincuenta y muchos años, a pesar de mantener sólidas tradiciones de jugador de fútbol (hace *varias* décadas), tenía que recurrir a diversas mañas y tretas para derribar a mis pequeños que me driblaban sin el menor respeto. Al poco tiempo, sucio

y con la profunda convicción de estar en las últimas, me quedé tirado en el césped viendo el inmenso cielo sobre mí, sintiendo el césped fresco debajo, sufriendo en silencio los insultos de mis hijos frustrados por la interrupción del partido. Nadie puede quitarme estos momentos de felicidad, no son como el dinero. Forman parte de una cosa que estamos perdiendo de vista, algo llamado vida.

El mosaico reconstruido, para mí, no acaba con la indignación y el sufrimiento, pero le da sentido. Porque las emociones son buenas, la ética es esencial, y las técnicas sólo están a nuestro servicio. Porque al juntar las piezas que recogemos a lo largo del camino, aunque agrietado, el mosaico de la vida es sólo uno.

Lecturas recomendadas

Las bibliografías y las notas a pie de página son cosas notoriamente aburridas. Pero como puede que muchas personas, o al menos eso espero, se hayan interesado en saber más sobre algunos de los asuntos tratados, he decidido elaborar un breve texto para reseñar algunas lecturas que amplían horizontes, cosas que creo que merece la pena leer. En realidad, no hay tanto que leer. Hoy en día es más importante escoger lo que se lee que leer mucho.

Ante todo, creo que es bueno fijarse en los autores, en gente de carne y hueso que abren caminos. Leer a Galbraith, por ejemplo, con obras como *Una sociedad mejor*, es sumamente estimulante. *Un dilema norteamericano*, de Gunnar Myrdal, es otro hito de nuestra época, en el que confluye el análisis económico con una visión ética y cultural. Sigue siendo un gran libro *Nuestro futuro común*, estudio coordinado por Gro Brundtland, en el que se plantea con claridad el gran dilema de la supervivencia del planeta. Un autor que me ha estimulado mucho es David Korten, que escribió *When Corporations Rule the World* y *El mundo postempresarial: la vida después del capitalismo*, que traza el círculo completo entre el poder descontrolado de las megaempresas y las alternativas que surgen en el siglo que se inicia. Además hay una serie de autores que se han cansado de eslóganes superados y que construyen propuestas alternativas. Intentar dar una lista de ellos no tendría sentido, pero son excelentes puntos de partida los trabajos de Ignacy Sachs, que trabajó en particular el concepto de *eco-desarrollo*; de John Friedmann que desarrolla el análisis del *empowerment*; de Milton Santos que combina los conceptos esenciales de *espacio, tiempo y técnicas*; de Jeremy Rifkin sobre *La era del acceso: la revolución de la nueva economía*; y en concreto de Lawrence Lessig sobre *The future of ideas*, una brillante sistematización de la guerra planetaria por el control del conocimiento que se libra en la actualidad. Son muchos los autores, pero éstos me han inspirado particularmente.

Sin embargo, hay otras maneras de acceder a buenos estudios, como seguir los trabajos de instituciones que están abriendo nuevas vías. Quien quiera profundizar en sus conocimientos sobre el tercer sector, por ejemplo, puede consultar la John Hopkins University en Internet, dirección <http://jhu.edu>, o incluso la página <http://rits.org.br>, que constituye la red de información sobre el tercer sector (rits). El

instituto Polis, una ONG con sede en São Paulo, ha realizado muchos estudios sobre las alternativas que ganan nuevo protagonismo en la sociedad civil. La página es <http://www.polis.org.br>. La Fundación Abrinq ha desarrollado un trabajo inmenso en torno al problema de la infancia, pero en realidad está realizando aportaciones en lo que concierne a formas de organizar asociaciones para conseguir una sociedad más humana. En los últimos años han surgido organizaciones importantes de empresarios con visión ética y humanitaria: Cives, Ethos, Gife, PNBE que marcan caminos extremadamente interesantes en la línea de construir una nueva ciudadanía y un empresariado responsable. Los municipios de las más variadas regiones de Brasil están desarrollando formas renovadas, participativas y democráticas de gestión pública: se pueden consultar experiencias innovadoras en educación, salud, administración y otros campos en la página <http://web-brazil.com/gestaolocal> que reúne bases de datos del Cepam, Polis, Abrinq, Snai-pt, Gestão Pública y Cidadania de la FGV, entre otras. Un conjunto de personalidades e instituciones crearon en febrero de 2000 la sección brasileña del movimiento Transparencia Internacional, llamado *Transparência Brasil*, lo que permite reunir a personas que, con independencia del espectro político en el que se encuadren, quieren hacer frente a la corrupción política y empresarial de manera organizada. Es importante decir que la sociedad civil, por el mero hecho de organizarse desde la base y de forma mucho más descentralizada y dispersa, tiene una visibilidad relativamente pequeña, pero constituye un movimiento poderoso que permite a cualquier persona, en cualquier ciudad, comenzar a organizarse para cambiar las cosas. Mencionamos aquí algunas instituciones, no porque sean las únicas o las más importantes, sino para facilitar puntos para un primer contacto.

Un tercer eje que debe explorarse lo constituyen los distintos informes internacionales. Antiguamente se escribían libros más o menos definitivos sobre la situación internacional. Ahora, con el ritmo de cambio, una serie de instituciones han pasado a publicar informes anuales que constituyen un instrumento privilegiado para seguir las transformaciones del planeta. En primer lugar, debe mencionarse el excelente *Informe para el desarrollo humano*, publicado anualmente por el PNUD, y que puede conseguirse en cualquier oficina de las Naciones Unidas o en la página <http://www.pnud.org/hdro>. El *Informe para el desarrollo humano en Brasil*, publicado hace algunos años, constituye también un instrumento excelente para estudiar las dinámicas sociales en Brasil, en particular el de 1996, que constituye un marco metodológico; puede

encontrarse en <http://www.ipea.gov.br>. La Unesco publica cada dos años el *World Information and Communications Report*, con excelentes estudios sobre las transformaciones mundiales en el campo de las tecnologías de la información y la educación. El *World Trade Report* de la Unctad presenta anualmente excelentes análisis de las tendencias económicas internacionales, con una visión mucho más abierta que los informes del Banco Mundial, los ya tradicionales *World Development Reports*. Desde hace poco contamos con la versión brasileña de *Le Monde Diplomatique*, www.diplo.com.br, publicación mensual que constituye sin duda alguna la mejor fuente de información internacional de la que se dispone hoy día.

Me gustaría mencionar también un libro muy inteligente: *History of the World*, de J.M. Roberts. Actualmente, la realidad cambia con tanta velocidad, los medios de comunicación nos acosan con tantas novedades sin pasado ni futuro, que se ha vuelto esencial rescatar una perspectiva histórica, una especie de visión realista e informada. El libro de Roberts, además de ser una lectura agradable, es genial.

Y no vamos a olvidar al autor de estas líneas, que ha acumulado varios estudios en su vida profesional. Estos estudios están disponibles en la página <http://dowbor.org>, organizados por artículos, libros, líneas de investigación y notas de lectura. Hay además un mural que permite al lector expresar su irritación de una forma bastante democrática.